



GANGSTERS EN BORNEO

peter debry

GANGSTERS EN BORNEO

PETER DEBRY

GANGSTERS EN BORNEO

Col. SERVICIO SECRETO n.º [illegible]
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 19.302-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: OCTUBRE - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2905/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:
517. — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
685. — Seis testigos sentenciados.

En Colección BUFALO:
229. — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:
77. — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:
93. — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:
28. — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:
67. — F. F. ha sido secuestrada.

GANGSTERS EN BORNEO

POR PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

En el patio del campamento ondulaban las oscilantes reverberaciones que el ardiente sol mañanero arrancaba del asfalto. La grava y la tierra roja de los pasadizos laterales despedían fulgores. Las capas de fuego que superponían en la atmósfera los rayos solares mustiaban las flores silvestres, que se encogían resecándose en lenta agonía sedienta.

En el cobertizo que alojaba al recién llegado destacamento de Fusileros de Gales, pertenecientes a las fuerzas coloniales, la tropa vestía únicamente el corto calzón *caki*. Y en el techo, las hileras de palmas abanicaban con vaivén de impulso mecánico.

La compañía de guarnición del campamento instalado en Anduky, en las cercanías del puerto del territorio de Brunei, se había reforzado también con el envío de gurkas, que, pese al bochorno reinante, no abandonaban sus clásicos turbantes y blancos uniformes, aunque por sus negras barbas resbalaba el sudor que manaba de sus atezados rostros.

En aquel campamento, y en época normal, solo había dos edificios de sólido cemento. Los cobertizos habían sido construidos provisionalmente para instalar en ellos las fuerzas que eran enviadas con urgencia, ante la amenaza de una incipiente rebelión.

El edificio central y permanente era la casa-cuartel que albergaba la compañía colonial británica, relevada por años, y la oficina de policía militar.

Él otro edificio era de una sola planta y sus estrechas ventanas estaban enrejadas. Era la prisión civil.

En su entrada, y custodiando el rastrillo, estaba el Cuerpo de guardia ocupado por cuatro soldados y un cabo. Tras el rastrillo, una ancha galería tenía a cada lado tres celdas. Las de la izquierda eran comunes y podían encerrar hasta seis presos, acusados de delitos «menos graves», cuya penalidad solía consistir en una temporada de trabajo obligatorio en las carreteras en construcción.

Las tres celdas de la derecha se destinaban a los presos acusados de grave delito y segura sentencia de muerte. La Justicia era expeditiva en la isla. El tribunal que dictaminaba en sumarísimo, estaba compuesto por un juez civil colonial, un oficial de la guarnición y el comandante de la policía militar.

Al fondo de la galería se erguía un estrado con tres peldaños laterales. Sobre el estrado, dos recias vigas de madera formaban una escuadra y en el remate del madero horizontal colgaba el grueso anillo por el cual pasaba la soga finalizando en un nudo corredizo.

En el centro del estrado, una plataforma basculante cedía bajo el peso del condenado a muerte, cuando el verdugo oficial movía la palanca que hacía descender bruscamente la plataforma.

En el centro de la galería, sentado tras una mesa, montaba guardia el celador de turno.

Las celdas de la izquierda estaban vacías; sus recientes ocupantes se beneficiaban del ambiente precursor de rebelión y habían sido enviados a los campamentos de construcciones ruteras.

De las tres celdas de la derecha, la del centro estaba desocupada. En la más cercana al rastrillo, Michael Burton, ceñido el sucio pantalón blanco a las musculosas piernas y al estrecho talle, había colocado su camiseta y sus sandalias bajo el cabezal del camastro.

Desnudo el nudoso, torso, hacía movimientos gimnásticos. Dilatando los amplios pectorales, flexionaba alternativamente las piernas, en bruscos rodillazos.

En la celda más cercana al patíbulo, Edgar Wilding, impecable en su traje fresquísimo de lino irlandés, paseaba indolentemente en el corto trecho de pared a reja y de reja a pared. Se abanicaba con el casco blanco de corcho y de vez en cuando silbaba los compases del pegadizo tema de «El puente sobre el río Kwai».

Bajo el abovedado techo de la galería, a media altura, un gigantesco ventilador eléctrico giraba sus aspas en hélice removiente del calor. Su monótono zumbido daba somnolencia y el celador cabeceaba. Saltó en pie, cuando los barrotes del rastrillo tintinearon como un arpa, al ser pulsados por la culata del fusil empuñado por el cabo de guardia.

El celador había reconocido en el visitante que aguar daba a Conrad Nigel, el subteniente comandante en jefe de la policía militar de Anduky.

El celador abrió el rastrillo y saludó militarmente Devolvió Nigel el

saludo. Bajo su sobaco izquierdo sostenía una fusta. Vestía el atuendo colonial, de sahariana y calzón corto *cakis*, gorra plana de visera, medias blancas que llegaban bajo la rodilla y gruesas botas tobilleras.

En la manga llevaba el brazal «M. P.». (Military Police). Dijo secamente:

—Deme las llaves y vaya al Cuerpo de guardia.

El celador tendió el aro con las llaves y por fuera atrajo el rastrillo. Se internó en la habitación ocupada por el cabo y los dos soldados, relevados en la vigilancia exterior.

Conrad Nigel se detuvo ante la reja tras cuyos barrotes, Michael Burton hinchaba y ahuecaba el atlético busto, haciendo vibrar en cortos círculos los extendidos brazos de compacta solidez.

—Excúseme si interrumpo sus actividades, Burton. El gobernador residente requiere una ampliación de sus primeras y únicas declaraciones. Acudo en cumplimiento de esta solicitud.

La enjuta cara de Burton llamaba la atención por los fulgentes ojos felinos, los poderosos maxilares y el corto cabello crespo, de un rubio rojizo.

Un rictus amargo exhibió sus blancos dientes menudos, de agudos incisivos.

—Usted es una persona cortés y, por consiguiente, le escucho con cortesía, Nigel. ¿En qué puedo serle útil?

Conrad Nigel sacó del bolsillo de su sahariana de manga corta un block, y del bolsillo superior un lápiz-tinta. Pasó varias páginas escritas hasta leer el inicio de la hoja en blanco. Uno de los interrogantes inscritos en un cuestionario oficial por el gobernador.

—Las preguntas son copia de las escritas por el gobernador. La primera dice así: «¿Verdadero móvil en los asesinatos de Clara Bendix y Rufus Glencoe?»

Michael Burton, asido a los barrotes hacía flexiones, avanzando y retrocediendo el torso, ahincados los desnudos pies atrás e inclinado el cuerpo en ángulo. El sudor abrillantaba su recia anatomía. Al ritmo de sus flexiones, especificó:

—Móvil apabullante; las joyas de Clara Bendix y el cofre de dinero en efectivo de Rufus Glencoe.

—Esta fue su versión, cuando tras oponer seria resistencia le capturaron en el jardín de la casa de Glencoe y procedí a interrogarle. Pero el secretario del gobernador insiste en que usted mató a Clara Bendix y a Rufus Glencoe por motivos muy distintos.

—El secretario del gobernador es libre de tener su opinión, del mismo modo como yo hago uso de la última libertad que me queda, para afirmar que mi versión es legalmente más directa y, por consiguiente, más veraz. Supe que Clara Bendix iba a visitar a Glencoe, invitada a cenar, y que luciría sus mejores joyas. Me brindaron la oportunidad de matar dos

pájaros de un tiro, si se me tolera la burda expresión.

El rostro del prisionero y el del jefe de policía ostentaban idéntica impasibilidad. Rebatió Nigel:

—Dada su evidente fuerza, pudo usted inutilizar a sus víctimas sin convertirse en un asesino.

—Una verdad, aunque sea desagradable, sigue siendo verdad; ambos tenían que guardar silencio. Si hubiesen podido hablar, de nada me habría servido el botín. Ya declaré que mi propósito era alcanzar la costa sur y embarcar en un «tramp»{1}, con la sana intención de vivir de rentas en Australia. Me lo impidieron cuatro patrulleros inoportunos, que acudieron al verme salir tras los disparos.

—Persiste en querer encubrir bajo un falso cinismo, su verdadero móvil. La versión del secretario del gobernador es que Clara Bendix le prometió redimirle, hacer de usted otro hombre y alentarle, insinuando un futuro enlace matrimonial.

Se entornaron levemente los párpados de Burton, que procedió a remover las muñecas, colgantes los brazos.

—Por favor, Nigel, transmita al señor secretario mi deseo de que no se contagie con la audición de los seriales radiofónicos.

—Usted supo que Clara Bendix iba a casarse con Rufus Glencoe y que le consideraba a usted un fugaz pasatiempo. No son teorías, Burton. La propia Clara Bendix se lo explicó al secretario.

Michael Burton iba abriendo y cerrando repetidamente las manos. Su semblante adquirió una mayor inexpresividad.

—Acláreme una duda, Nigel. ¿A quién juzgan? ¿Al secretario o a mí? Debajo de la pregunta del gobernador y su títere, anote la única respuesta válida: móvil, robo. Frustrado.

—Entonces, anotaré también que usted mató gratuitamente.

—El doble asesinato fue circunstancial y obligatorio, complementario del robo. Vivos, me hubieran delatado. No quise pudrirme, picando piedras en compañía de apestosos «kulukais»{2}.

Pasó Nigel a otra hoja y leyó:

—«Si el robo de las joyas y del dinero era el móvil, ¿cómo, al ser capturado, no tenía en su poder ni las joyas ni el dinero?»

—Lo expliqué ya, Nigel. Disparé y surgió la patrulla. No me dieron tiempo a recoger el botín.

—¿Por qué no disparó contra la patrulla?

—Se encasquilló mi «Browning».

—Última pregunta. «¿Quién fue su cómplice y dónde están las joyas y el dinero?»

—No tuve cómplice, y dadas las actuales circunstancias, no tengo el menor interés en averiguar dónde puedan estar las joyas y el dinero.

—Mi teoría es la siguiente: mientras usted tumbaba a puñetazos a dos

patrulleros y pretendía huir de la persecución de los otros dos, que solamente pudieron capturarle, derribándole con el lanzamiento de un fusil que le golpeó en la nuca, alguien penetró en casa de Glencoe y se apoderó de las joyas y del dinero.

—Excelente deducción. Anótela y asunto terminado.

—Usted renunció a nombrar defensor y es su derecho. Esta tarde, a las cuatro, se reunirá el tribunal. La sentencia es única e inapelable, Burton. Será ejecutado mañana lunes, tras el toque de diana.

—Buen principio de semana, ¿no le parece?

—En el expediente consta que fue usted oficial, con buena hoja de servicios y que pidió ser licenciado por causas íntimas y familiares, según alegó. Es mi deber comunicarle que el asesinato con el robo por móvil supone su ejecución en la horca. Ahora bien, si declara la verdad, se tendrá en cuenta su pasado y el móvil pasional. No sufrirá el oprobio de la muerte por horca y tendrá derecho a morir con dignidad ante el piquete de fusilamiento.

Nuevamente exhibió Burton su rictus sardónico.

—Sea cáñamo o sea plomo, el resultado final es el mismo, subteniente. A mí no me importa ya la belleza del frasco, sino la realidad de su contenido. El cáñamo o el plomo será el frasco trivial. Lo que me importa es el contenido; la concesión de un descanso definitivo, un gran alivio, y un sueño largo y apacible. ¿Puedo rogarle que me prive del honor de su presencia, subteniente?

—Su actitud es pueril, Burton. Usted mató por rencor de hombre burlado. No es usted un asesino, sino un homicida. Es distinto.

—¿Distinto? Pregúntele algún día a Clara y a Glencoe si están de acuerdo con este matiz.

Y volviéndose de espaldas, Michael Burton inició ejercicios de equilibrio sobre una pierna. Preguntó Nigel:

—¿Puedo inquirir a qué se debe su concentración en esta gimnasia?

—Fatigando el músculo la mente se embota.

Conrad Nigel se guardó el block y el lápiz. Juntó los tacones y saludó militarmente al prisionero de espaldas.

Pasó a la tercera celda y deteniéndose ante ella, sonrió por vez primera. Una sonrisa despreciativa.

Edgar Wilding, guapo y atildado, se abanicaba con el casco de corcho. Sus ojos oscuros eran soñadores.

—Buenos días, subteniente. Me proporciona usted la ocasión que en vano solicité. Elevo mi más respetuosa e indignada protesta contra la brutalidad del procedimiento impropio de una autoridad civilizada. Saliendo de mi domicilio fui esposado y traído aquí, sin mención de cargo alguno. Llevo una larga hora sometido a un encierro injusto que me causa un gran perjuicio moral.

—¿Moral, dijo usted? —y el tono de Nigel era desdeñoso—. Su única moral estribó en que hasta ayer noche tuvo usted la suerte, o listeza, de poder borrar toda prueba que permitiera su detención. Hace tiempo que solicité su expulsión, pero la justicia de Su Graciosa Majestad es muy estricta. Se necesitan cargos concretos para proceder a la expulsión.

—Ignoraba que para expulsar, encerraban al candidato en una celda de condenado a muerte.

—Es que usted no será expulsado, mi querido amigo.

Edgar Wilding ladeó el rostro y frunció el ceño. Ya no tenía aspecto de amable y próspero comerciante. Alentó de pronto mucha dureza en sus oscuras pupilas.

—Su sentido del humor me escapa, Nigel. Exijo una aclaración.

—Las va a tener y en abundancia. Prescindamos de que sus almacenes de importación y exportación eran la pantalla para toda clase de contrabandos, desde el opio hasta el licor. Prescindamos de que su cabaret era el antro central de la trata de blancas por las islas. Prescindamos de que es usted un sujeto sin el menor escrúpulo y autor intelectual de varios asesinatos cometidos en las personas de traficantes rivales. Vamos a atenernos a un hecho positivo; varios testigos han declarado, en hora avanzada de esta madrugada, con respecto a las muertes violentas de un piloto mercante australiano y una cabaretera.

Edgar Wilding pestañeó y sus labios se convirtieron en una línea muy delgada, mientras su tez blanqueaba borrando el color de sus mejillas.

—¿En qué pueden afectarme a mí las mencionadas declaraciones?

—Un tripulante compañero del piloto muerto reconoció que el «tramp» matriculado en Adelaida, el «Vagabond», transportó cajas adquiridas por sus almacenes, Wilding. Las cajas contenían armas que eran destinadas al sultanato de Inkilain y que, desgraciadamente, llegaron a su destino. Estando proclamado el estado de alarma, el tráfico de armas tiene una penalidad única y sin indulto: la de muerte por horca.

—Siempre he sido víctima de envidias y calumnias, subteniente. Un marinero borracho no es un testigo legal.

—Dos ciudadanos británicos, sobrios, cuya presencia usted desconocía, le vieron entrar en el *bungalow* de la bailarina Joan Henley que era su «gancho» principal para sus fechorías ilegales. Dichos dos ciudadanos pensaban visitar a Joan Henley, cuya ausencia en el cabaret les incitó a ir a verla en su domicilio. Esperaron a que usted saliera. Encontraron a Joan Henley acuchillada. El cuchillo estaba en la diestra del piloto australiano, cuya cabeza estaba rota de un botellazo.

Arqueó Wilding las cejas con expresión apenada.

—En varias ocasiones previne a Joan para que se abstuviera de frecuentar gentuza de toda calaña. Es indudable que estaba predestinada a tener un mal fin, como le pronostiqué. Lamento haber acertado. Ella debió

exasperar al marinero y este la acuchilló. Ella, en su última reacción defensiva, asestó el botellazo.

—Cuando vio a la pareja muerta, debió denunciar el hecho, Wilding.

—Nunca he sido delator ni informador. Cada cual que viva su vida. Este es mi lema.

—Los dos ciudadanos le oyeron a usted reprocharle a Joan que pretendiera hacer negocio por su cuenta, tratando de conquistarse como socio al piloto. Oyeron a Joan contestarle y oyeron al piloto exigirle a usted que se fuera. Y tras unos ruidos como de objetos voluminosos cayendo al suelo, los dos ciudadanos le vieron salir. A usted, Wilding. Entraron y se hallaron ante dos cadáveres. Me satisface anunciarle que esta tarde, a las cuatro y media, le juzgarán y mañana tendré el placer, a primera hora, de verle suspendido por el cuello… ahí.

Y la fusta de Conrad Nigel señaló el adjunto patíbulo, muy visible desde la celda ocupada por Edgar Wilding.

El sudor perlaba en la frente de Wilding, que dijo:

—Exijo ser oído por el secretario del gobernador. Me debe favores y será mi defensor. Es abogado y pondrá…

Conrad Nigel se alejaba y desapareció de la visibilidad de Wilding, que esquinado, gritó:

—¡Dígale al secretario que le conviene visitarme lo antes posible!

El subteniente Nigel volvió a detenerse ante la celda de Michael Burton que, sentado en el suelo, adosado a la pared del fondo, hacía un ejercicio yoga de contracciones estomacales. Miró pensativo al jefe de la policía militar de Anduky.

—Hubo un tiempo, Burton, en que usted consideró indiscutible que el deber de un militar era vivir con honor y nunca alterar la verdad.

—Me licencié.

—Y trató de hallar remedio a su íntimo misterio bebiendo sin mesura, y bajando uno por uno los peldaños de la degradación.

—Usted es un militar, Nigel. No usurpe las funciones del capellán predicador.

—Le hablo prescindiendo de mi empleo y graduación. Le hablo como particular, Michael Burton. De la guarnición en la India, tras pedir ser licenciado, pasó a Singapur, empleándose como portero en un club nocturno. Le despidieron por borracho. En Java fue descargador en el puerto y fue expulsado por constantes reyertas, embriaguez y escándalo público. Vino a esta isla y se convirtió en un «beachcomber»{3}.

—Puede ahorrarse saliva, Nigel. Soy el más indicado para conocer mi biografía.

—Edgar Wilding, actualmente su vecino, le ofreció repetidamente un empleo bien pagado. Lo rechazó usted. ¿Por qué? ¿Porque alentaba todavía un resto de dignidad en usted? Siguió siendo un lamentable

borracho y conoció a Clara Bendix. Como un estúpido creyó posible la redención, pero ella se burló de usted, un lastimoso borrachín pretendiendo…

Muy elásticamente, como un felino abalanzándose, se proyectó Burton a la reja. Conrad Nigel, simultáneamente, retrocedió dos pasos. Las crispadas manos asomando por entre los barrotes se encogieron y se cerraron en torno a los hierros verticales.

—Considero incorrecta su injerencia en mis avatares, Nigel. Es ofensiva. Y lo que nunca podré, ni he podido perdonar, es que me ofendan. No se debe nunca ofender a nadie.

Nigel aguardaba la «revelación». Pero Burton añadió:

—Le felicito por sus buenos reflejos musculares, Nigel. Puedo jurarle con toda sinceridad, que si hubiese logrado atraparle el cuello, usted me precede en el viaje al infinito.

—No pongo en duda esta sinceridad —admitió gravemente Nigel—. Repito, ella se burló de usted y el propio Glencoe afirmaba, entre risotadas, que usted era un romántico aventurero sin valor para afrontar un trabajo decente.

Los fosforescentes ojos de Burton despidieron un destello sarcástico.

—Desista, subteniente. Acabo de adivinar su objetivó y su estrategia. Táctica de hostigamiento en intento de lograr una confesión surgiendo de la irritación exasperada. Por espíritu de cuerpo, señor, usted desea que un ex oficial no sea colgado por el pescuezo, sino que muera acribillado por el plomo purificador. Admítame mi mayor veteranía y desista. De todos modos, me place reconocer en usted a un honorable caballero. Y ahora, permítame mandarle al cuerno. ¡Media vuelta, subteniente! ¡De frente, marr…!

El subteniente Nigel taconeó, dio media vuelta y abandonó la galería.

CAPÍTULO II

A las diez y treinta de la mañana, los Fusileros de Gales partieron en sus camiones hacia la llanura de Rawasac, desde donde el telegrafista de la guarnición fortificada había comunicado que «grupos de insurrectos atacaban en profusión, provistos de armas ligeras y pesadas». «S. O. S.». Lo repitió cuatro veces y ya no volvió a transmitir.

Un cuarto de hora después, las dos compañías de gurkas abandonaron el campamento, distribuyéndose por la ciudad, y salió un escuadrón hacia las montañas lindantes con el sultanato de Inkilain, donde los nativos al mando de varios «extranjeros y líderes indonesios», efectuaban incursiones de exterminio por los poblados, incendiando y arrasando.

Pasaban unos minutos de las once de la mañana, cuando dos policías militares escoltaron a dos individuos esposados que, procedentes de la oficina del subteniente Nigel, ingresaron en una celda común.

Frente a la ocupada por Edgar Wilding, que daba cortos paseos nerviosos.

Los dos nuevos inquilinos contrastaban mucho entre sí. Red Nolan, corpulento y de bestiales facciones, caminaba con un bamboleo de simio. Sus numerosos enemigos le apodaban indiferentemente «Orangután» o «Chimpancé», en su ausencia.

Chic Gardoni, esbelto y de risueño semblante atractivo, se movía con ágil flexibilidad.

Los ojos, de un azul desvaído, de Red Nolan, se fijaban con detenimiento en el paseante de la celda de enfrente. Los negros y aterciopelados ojos de Chic Gardoni miraban con cierta aprensión el estrado con su escuadra y el colgante anillo.

—¡Eh, tú, Red! La gente de este puerto, ¿seguro que es de raza inglesa? —y el acento yanqui gangueaba cantarino—. Lo digo porque esto de colocar como adorno aquel trasto es impropio de gente decente. A mí me está oliendo que en esta isla los que mandan son caníbales, Red.

El acento norteamericano era aún más áspero en la ronca voz de Red Nolan.

—No hay caníbales, sino cortadores de cabezas, pero por el centro de la isla. Aquí mandan los hijos de la Gran Bretaña…

—Ah, bueno. De todos modos, esto de colocar aquel trasto…

—Mira también que es mala suerte —se quejó Nolan—. Les dio por registrar todo el barco y meterse a examinar a fondo la documentación de los pasajeros.

—*¡Porca miseria!* ¿Quién sería el chivato indecente?

—No hubo chivatería. Esto es lo peor. Ya oíste al jefe «M. P.». No nos buscaban a nosotros, sino a los tipos esos que llaman elementos agitadores. Esos que alborotan a los nativos y les traen herramientas y petardos. ¿De qué te ríes, muchacho?

—Me puse a pensar en el Congo. Les llevaron armas a los indígenas y les salió el tiro por la culata, porque cuando los congoleses se enfadaron, resolvieron la discusión por lo corto: se merendaron a los proveedores, ¡Está bueno!

—Mira también que es mala suerte —gruñó Nolan.

Se desabrochó otro botón de su camisa «hawaiana» y resoplando, meneaba la cabeza, apesadumbrado.

Chic Gardoni no apartaba la vista del cadalso.

Masculló Nolan:

—Cuéntate otro chistecito, anda. Olvídalo, chico —y con el mentón señaló Nolan el patíbulo—. No es para nosotros. Aquí, en este puerco lugar, no tenemos nada que temer de sus leyes. Ya oíste al jefe «M. P.». Figuramos en la lista de fugitivos reclamadas y van a pedir extradición. Nos vendrán a recoger para llevamos de nuevo a Frisco.

—*¡Mamma mía!* Y pensar que con unos días más de barco, estaríamos ya disfrutando de la gran vida en Australia, que dicen es el paraíso del hombre libre. Y por culpa de estos indecentes elementos agitadores… *¡mascalzone!*

Escupió Gardoni hacia el centro de la galería. Miró a su compañero, que asido a los barrotes plasmaba con gran parecido la imagen de un simio melancólico.

—Sí que es mala suerte, Red. Escapamos con bien de todos los sabuesos de California y por culpa de cuatro caníbales con ganas de trifulca, los «M. P.», se pusieron a registrar y escarbar. Lo malo es que llegando a Frisco, nos liquidan sin contemplaciones. ¿Qué es la contumacia? Lo leí en el periódico, el mismo día de zarpar, cuando estábamos en la bodega. Decía: «Red Nolan y Chic Gardoni condenados a muerte en contumacia». Eso de la contumacia no tiene nada que ver con lo que hicimos, digo yo.

—Significa que nos procesaron mientras nos buscaban y nos juzgaron sin estar nosotros presentes, condenándonos a respirar los gases. Añadieron que cuando nos pillasen, nos llevarían a la cámara de asfixia.

—¿Es decente esto? No estando presentes nosotros, no podíamos defendernos. Lo veo algo así abusivo —determinó Gardoni sinceramente.

—No te calientes la sesera, chico. Mientras hay vida hay confianza. Entre que llegue la extradición, entre que venga el barco por nosotros y entre esta isla y Frisco, pues no quedan días y noches… No te apures, pequeño. Red lo arreglará.

Chic Gardoni contempló con admiración a su compañero. Para él, Red era un tipo de pelo en pecho, astuto y eficaz. La Prensa podía decir que

Red era un criminal nato, que mataba por instinto sanguinario, casi por deleite de maníaco homicida. Lo cierto, para Gardoni, era que Red, aparte de ser todo un hombre, era un excelente maestro y un tipo con el que uno se sentía seguro.

La Prensa reiteró que en el atraco a los pagadores de la «Chemical», los dos *gangsters* pudieron haberse escapado con el saco de billetes, sin necesidad de matar a los dos pagadores y al cajero. Pero Red había vaciado su cargador, alegando después ante Gardoni, que el mejor modo de evitar persecuciones y fracasos era eliminar «a los posibles patosos».

Siguió pensando Gardoni, que los balazos que Red le incrustó al dueño del tugurio en que se escondían, tenían también una sólida justificación: el abusador quería la mitad del saco. Y Red afirmó que aquel tipo era peor que una sanguijuela: «quería ganar plata, sin exponer el físico».

Y era lógico que Red trufase con plomo al taxista; el muy imprudente dio señales de reconocer a sus dos pasajeros y les hubiera estropeado el viaje, sentenció Red.

—¡Eh, tú, Red! Aquel tipo parece un *dandy* de los que salen en las películas de la «alta».

—Olvídalo. Es un inglés remilgado. Se asa uno de calor y el fulano anda de corbata y americana. Hasta diría yo que luce encajes en los calzoncillos.

Edgar Wilding interrumpió sus paseos. Se detuvo tras los barrotes y contempló fríamente a los dos norteamericanos. Gruñó Nolan:

—Socorro, Chic. Aquel hombre me asusta. Dile que no me asuste. Chic.

Gardoni rio regocijado. Red era un tipo con salero.

El puro acento británico hacía más concisa la entonación de Wilding:

—Si no hubieran rejas de por medio, le haría yo lacitos en los encajes que tiene usted por seso, cretino.

—¿Oíste, Chic? El «sir» se siente muy valentón protegido tras su reja. Yo seré un cretino, compadre, pero a ti con solo verte, ya te puse el letrerito —y agudizando la voz, hizo Nolan un ademán lánguido—: Trae el té, James. Hoy estoy muy nervioso, nerviosísimo, querido.

Chic Gardoni se pegó palmadas en el muslo, riendo a mandíbula batiente. Red era un tipo chistoso…

De repente, interrumpiéndose en sus carcajadas, se irguió sobresaltado. El primer cañonazo de las baterías insurrectas acababa de reventar sobre un almacén del puerto de Anduky.

⋆ ⋆ ⋆

El Territorio central era uno de los tres en que se dividía la isla. En la ladera este de los Montes Rawasak, se extendía una ancha explanada entre dos colmas. En ella había un «Civil Post» llamado Wabuan.

Wabuan era considerado por la Administración colonial como una

avanzadilla británica en la jungla.

En la colina al oeste de Wabuan estaba la factoría petrolífera de la «Herzbloem». Rodeada de alambradas y con personal nocturno armado, montando guardia, sus empleados tenían sus hogares en la concesión petrolera.

En Wabuan había tres *bungalows* y dos cobertizos. El cobertizo mayor era la enfermería y puesto de asistencia médica. Un médico inglés, auxiliado por dos enfermeras de su nacionalidad y otras dos nativas, atendía incansablemente a los pacientes que la ambulancia iba a recoger en sus aldeas.

El otro cobertizo era la escuela, regentada por *miss* Parker. Acudían a sus clases la corta prole de los empleados de la factoría petrolera y los muy numerosos nativos, que lentamente habían sido captados por *miss* Parker.

Todos, desde el agresivo y brusco doctor Stanfield hasta el último empleado de la «Herzbloem» la llamaban siempre «miss Parker».

En un *bungalow* habitaban las cuatro enfermeras. En el otro, *miss* Parker y su perro «Asta», en compañía de diversos pájaros. El tercer *bungalow* estaba destinado a las visitas de jefes de tribu y sus consejeros, deseosos de conocer las «brujerías» de *miss* Parker.

Aquel mediodía dominical, el doctor Stanfield se recortaba ante el espejo de su sala, anexa a la enfermería, la canosa barba y el copioso mostacho de guías enhiestas, cuando oyó el peculiar saludo de *miss* Parker:

—*¡Cherryoooo!*

El médico se pegó un tijeretazo de más en la barba. Rezongó palabrotas entre dientes. Le crispaba los nervios aquel saludo significando: «Arriba el ánimo». Y la solterona le inspiraba a veces vehementes deseos de chillar barbaridades.

Miss Parker, envarada y delgada, tensos los rubios cabellos anudados en moño bajo, vestía siempre rigurosamente de gris. Un gris opaco y modelos cosidos por ella misma.

Su inseparable sombrilla rosa, al filtrar los rayos del sol, parecía incendiarla. Empujando con la mano enguantada la puerta, siempre abierta, preguntó:

—¿Puedo entrar, doctor?

—¡Por Júpiter! Me canso de repetirle que usted no es una mujer, sino un manual ambulante de Urbanidad y Costumbres adocenadas —refunfuñó Stanfield—. Todos los domingos a la doce en punto viene a lanzar su agudo berrido, que siempre me coge de sorpresa, y me pregunta luego que si puede entrar. Llevamos así más de dos años, maestra.

Sonriendo dulcemente, porque no sabía sonreír de otro modo, ella se instaló en una mecedora de mimbre. Stanfield siguió tijereteando los resaltes hirsutos de su luenga barba patriarcal, que impresionaba mucho a los nativos.

—Hoy es un domingo especial, doctor.

—Y tanto —gruñó, Stanfield.

—Ah… ¿lo sabe ya?

—Depende —dijo prudentemente el médico.

—He recibido noticias ayer tarde, de que pronto tendremos un templo y un clérigo.

—Lo que faltaba para acabar de embrutecer a los nativos. Escuche, maestra, hay que ir poco a poco. Primero enseñarles higiene. Después, ya que usted se empeña en que ha de serles útil, que aprendan a leer y escribir.

—La cultura los redimirá de su salvajismo, doctor.

—¿Y usted qué sabe si ellos no están más contentos viviendo como han vivido siempre? De gente sin preocupaciones mentales, los convierte usted en pensadores atormentados. Hasta aquí, tiene pase. Pero un clérigo puritano, viniendo a atontar a golpes de sermones a los habitantes de la jungla, ya es el colmo.

—Usted es un ateo —sonrió ella dulcemente—. Confío en que un día no muy lejano, la luz divina iluminará sus tinieblas.

—Ojalá, porque admito que no poder creer, es aburrido. Usted se las promete magníficas Allá Arriba. Yo, en cambio… Bien, pasemos a lo grave, sin místicas. Le doy una hora a lo más para recoger su petate, el chucho y las cotorritas. Antes de las dos hemos de estar en Anduky, y ya regresará cuando sea oportuno.

Tras los lentes de cerco metálico, los claros y miopes ojos azules de *miss* Parker, se dilataron sorprendidos:

—No hablará en serio, doctor.

—Como que estoy para rebuznos, maestra. Las dos enfermeras nativas han desertado. Usted sin enterarse, como siempre, porque vive en el Limbo. Sí, huyeron esta noche. Los enfermos, ayudándose los unos a los otros, se fueron con ellas. No les hace falta leer periódicos ni oír radios. Tienen sus fuentes de información, primitivas, pero más fidedignas. Una de las enfermeras, antes de irse, dejó una nota. Clara y amistosa. Nos agradece nuestra bondad y enseñanzas, y nos aconseja que antes del atardecer estemos lo más lejos posible y en sitio seguro. No, en la factoría petrolera no, porque es lo primero que quiere arrasar el cabecilla Murko.

—Murko es un infeliz que grita mucho, pero es inofensivo y bondadoso.

El doctor Stanfield clavó una furibunda mirada en la maestra.

—Baje de las nubes y afronte la realidad por una vez, si es que puede. Usted se ha empollado muchas bibliotecas, pero sigue dueña de un seso de criatura jugando al aro. Murko gritaba, dice usted, y era inofensivo. Porque no podía degollar ni incendiar. Ahora, sí. Ya tiene armas, asesores militares y ha reunido un millar de guerreros.

—Pero… ¿por qué ha de querer Murko hacernos daño?

—¡Porque le sobra la razón, maestra! Tampoco aguantaría yo que vinieran amarillos a mí terruño a enseñarme a comer con tenedor. Ellos han tenido que aguantar que vengamos nosotros a… Bien, esto es filosofía barata. Entre el millar de guerreros de Murko hay dos centenares de dyaks.

Stanfield se pasó el índice por el cuello en movimiento semicircular, al añadir:

—Los dyaks serán unos inofensivos infelices, pero cuando se reúnen para atacar, cortan cabezas como segadores de mieses.

—Nunca nos atacaron.

—Porque en las dos rutas que nos flanquean había «jeeps» ametralladores y tanques patrulleros. Pero esta misma mañana, el oficial al mando me comunicó que debía trasladarse, en intento de penetración, hacia los poblados nativos. Por tanto, afirmó que debíamos irnos lo antes posible. Por unos días, hasta que la rebelión que está incubándose, fuera sofocada. ¿Va comprendiendo la situación, maestra?

—Comprendo, pero yo no me moveré de mi escuela.

—Cuando se la reduzcan a cenizas ya le construiremos otra. Conste que me tiene muy sin cuidado que la carbonicen a usted, pero así como es fácil reconstruir una escuela, es imposible reconstruirla a usted ni remplazaría. No abundan ejemplares de su plumaje.

—Nadie es malvado, y el peor de los seres humanos, el asesino más desalmado atiende a buenas palabras, doctor.

—Cuando se le eche encima Murko, machete en alto, dígale que no sea malo y que se dejé de bromas. ¡Por Júpiter! Si no supiera que usted vive en un mundo aparte, creería que es tonta de remate. ¡Son dyaks, cortadores de cabezas! ¡Son guerreros salvajes! ¡Son gente que quiere vivir sin civilización!

—Yo educo a sus hijos, y me quieren.

Stanfield se mesó la barba, se atusó el mostacho y suspirando, buscó el argumento final, decisivo. Su voz se hizo insidiosa:

—Helga Gaylor y Luana Kingdom son dos enfermeras valientes, ¿no es así, maestra?

—Unas muchachas magníficas, sí, señor —aprobó ella con entusiasmo.

—¿No tienen nada de ratitas temerosas, verdad?

—¡No admito que las llame ratitas, doctor! —reprochó ella severamente.

—O sea que no son ratitas huyendo del barco hundiéndose, ¿verdad? Han pasado la mañana recogiendo el instrumental y la farmacopea, ordenándolo en sus cajas y cargando la ambulancia. Ambulancia que yo conduciré, teniéndola a mí lado, y atrás irán Helga y Luana.

—Es justo que ellas le acompañen, doctor.

—Gracias. Pero, ¿sabe por qué se van? Se van las dos muchachas magníficas, porque una cosa es morir y otra es sufrir la peor vejación que

una mujer pueda padecer. ¿Me comprende, maestra?

—Pues, no.

—¡Violación! ¡Salvajes turnándose, maestra! Bien, ruborícese, recoja su falda y su sombrilla y vaya a hacer la maleta.

Erguida, sonrojadas las mejillas, dijo ella con voz trémula:

—Hacen muy bien las dos niñas en irse.

—¿Qué niñas ni ocho cuartos? Tienen cumplidos los veinte hace años. Y usted no se haga el vejestorio. Tiene treinta y pico, y si vistiera como una mujer, aún estaría potable. Pero los dyaks y los guerreros de otras tribus, azuzados, no diferencian entre una enfermera tiernecita y una maestra amojamada. Sacian su rencor hacia la mujer blanca, torturándola en prolongadas violaciones.

—Le suplico que cambie de tema. Diga lo que diga, me quedo.

—Bueno, bueno, bueno… Ya cambiará de idea cuando la ambulancia se ponga en marcha. Pero entonces no me pararé para recoger sus tordillos y su canelo. Por cierto, los dyaks adoran los perros fritos y se comen crudos los pajaritos. Dentro de media hora salimos, maestra.

—Les deseo un feliz viaje y un buen regreso. Hasta pronto —y levantándose, recogió ella su larga falda y su sombrilla, con modales anticuados, preciosistas.

El doctor Stanfield pasó a la sala contigua y de ahí, a la siguiente. Las dos enfermeras iban cerrando dos cajas. Terminaban ya su tarea.

—Usted, Helga, lleve el volante. Usted, Luana, irá a su lado. Salgan ahora mismo.

Helga Gaylor se volvió, redondeados los hermosos ojos. Luana Kingdom la imitó. Dos guapas criaturas, meditó el doctor, antes de refunfuñar:

—Miss Parker y yo hemos decidido quedarnos. Ella opina que los nativos respetarán el Magisterio y la Medicina… Nada de lloriqueos ni despedidas. Carguen ya y aprieten a fondo. Nos veremos al regreso.

—Pero… si usted se queda, no queremos irnos —aseguró Helga Gaylor.

—¡Dioses del Olimpo! ¿Qué habré hecho yo para merecer este castigo? Me quise aislar en la jungla y me mandaron mujeres, mujeres charlatanas y estúpidas. Ustedes dos vinieron para ascender a matronas directoras. Soy yo el que tiene que firmar el expediente. Y no hay ascenso, si escribo que son indisciplinadas. Les ordeno que se vayan. ¡Vamos, activen!

El doctor Stanfield salió a la explanada. Miró hacia el cobertizo-escuela. Miss Parker esparcía migajas de pan, emitiendo gorgojeos para llamar a las palomas torcaces que acudían confiadamente.

Acariciándose la barba, masculló Stanfield:

—Leda jugaba con el cisne, pero por lo menos le sacaba partido al juego. Esta chiflada haciendo gorgoritos ahora… Mira, viejo, no seas imbécil y déjate de heroicidades. Te acercas a esta terca maestrilla y le atizas un golpe seco en el cogote. La embarcas en la ambulancia y se

acabó.

Se aproximó al semicírculo de palomas picoteando el suelo. Miss Parker se llevó un índice a los labios, recomendando silencio.

—No es posible que en pleno 62 se encuentre otro ejemplar semejante —comentó Stanfield—. La jungla a punto de convertirse en volcán y usted alimentando tortolitas…

Las aves aletearon inquietas y se elevaron en raudo vuelo.

El motor de la ambulancia roncaba y Helga Gaylor inició los pasos para venir a despedirse. Stanfield la aventó con furiosos ademanes, gritando:

—¡De acuerdo! ¡Hasta pronto! ¡Váyanse!

La ambulancia partió yendo hacia la ruta de descenso.

Miss Parker musitó, desconcertada:

—No comprendo…

—Ni yo tampoco… Puede que su idealismo me haya atontado, maestra. La única persona que conocí, que poseyera una real bondad como la suya, se llamaba «Blancanieves» y me entusiasmó más que a los enanitos. Bien, lo cierto es que me he jurado que ningún salvaje la tocará, ¿sabe por qué, maestra? Porque apenas se asomen por su escuela, los obsequiaré con cuatro balas. La quinta se la dedicaré a usted. La sexta, no me quedará más remedio que encajarla… Bueno, bueno, bueno… Dígame, maestra, ¿son sus discípulos cantando en coro el «Aleluya, aleluya»?

Un griterío escalofriante iba creciendo progresivamente en sonoridad. Eran alaridos agudos y prolongados, como aullidos de lobo.

La jungla se removía, crujiendo los matorrales apartados por los dyaks.

El doctor Stanfield hizo una leve reverencia. Con gravedad.

—Miss Parker, tenga la bondad de entrar en su aula. No tardarán más de media hora en acudir a clase sus discípulos. Van con lentitud hasta que afinen la masa coral. Entonces bailotearán un poquito y acudirán con gran entusiasmo a la escuela.

Los dyaks avanzaban en semiarco.

En la colina petrolera brotaron llamas de un depósito descubierto donde acababa de estallar el primer cañonazo de una batería emplazada en un camión artillero.

Miss Parker, angustiada, musitó:

—Le pido perdón, Stanfield. Debí… irme con usted. No pensé en que usted… se quedaría. He sido una egoísta.

—Como castigo a su inmensa maldad, escriba una docena de veces: «Dame tiempo, Señor, para convertir a mí fe al pecador Stanfield»… Creo que tendremos tiempo, Lilian Parker.

Los dyaks distaban una milla aproximadamente. Y avanzaban con lentitud, seguros de no encontrar la menor resistencia. Sus gritos de guerra resonaban con lóbrega algarabía creciente.

Un segundo cañonazo derribó el poste de una alambrada de la factoría

petrolera.

CAPÍTULO III

El segundo cañonazo preludió un sordo y lejano estrépito de derrumbamiento.

Chic Gardoni exclamó:

—«¿Alora, che cosa é?» ¡Bombas, Red! Pero ¿es que hay dinamiteros por este poblado?

Red Nolan sacudiendo la cabeza, aguzaba el oído.

—¡Burton! —llamó Wilding, enmarcado el rostro entre dos barrotes. ¿Me oye, Burton?

Desde su celda, replicó el interpelado:

—Preferiría no poderlo oír. Pero ya no hay más remedio…

—Usted es un experto, Burton. ¿Son bombas de mano?

—Son baterías móviles del «7,7» —especificó el ex oficial—. Ahora, este tableteo es de ametralladora pesada «Hotchkiss». Disparan al este de la ciudad, a menos de dos millas.

La trepidación de los proyectiles de artillería y el crepitar de las ráfagas de ametralladora tenía intermitencias de silencio. Y en aquellos intervalos resonaba el chasquido seco y restallante de otras armas.

—Metralletas «Browning» de la guarnición, saliendo a ocupar los puestos de defensa del puerto y la ciudad. Ahora, fusiles «Máuser» de repetición —iba aclarando Burton.

Chic Gardoni murmuró:

—Eh, tú, Red… El tipo ese es un técnico en herramientas. ¡Vaya ensalada que están aliñando!

El celador fue a abrir el rastrillo, lo cerró por fuera y se dirigió a cambiar impresiones con el cabo de guardia.

De repente, exclamó Gardoni, encogiendo el cuello:

—«¡Sporcachone!»

Una explosión retumbaba en ecos que parecían ondular por el suelo y las paredes. Siguió una pausa, truncada por lejanos disparos.

—¿Qué fue, Burton? —gritó Wilding.

—Han ido tomando los puntos de referencia con los primeros cañonazos y ahora emplean morteros lanzaminas —expuso Burton inmutable—. Es casi un ataque en toda regla.

—¡Ey, llavero! —increpó Nolan—. ¡Ven acá a abrirnos! No podéis tenernos enjaulados, si están bombar…

Una doble explosión en estruendo consecutivo hizo vibrar el pavimento y del techo se desprendieron cascotes.

El ventilador cesó en sus evoluciones.

—Le atinaron al transformador —comentó Burton.

Zumbaron con agudos estallidos nuevos proyectiles que parecían desflecarse en ecos de globos reventones.

—Tanques —manifestó Burton, hablando sobre sus antebrazos apoyados en la reja—. Los del grupo «Sherman» que llegaron el pasado domingo, Este otro, no. Este era un carro blindado. Llevan cañón de más alcance y ametralladora.

De pronto gritó Wilding:

—¡Oiga, Burton! ¡La guarnición debe estar recorriendo la ciudad!

—Acuden a los puestos ya señalados de antemano para casos de emergencia como el actual.

—Entonces ¡nosotros aquí…! ¡Nos van a sepultar vivos…!

—Nos quedaban unas doce horas de respiro, Wilding.

Un poco antes, ¿qué importa ya? Nigel nos leyó la cartilla y si usted prefiere la horca, yo no tengo prefe…

Cuatro minas formaron un súbito rombo sobre el cuartel de Anduky. Cada vértice adquirió un violento color anaranjado, antes de convertirse en un cráter lanzando al aire cascotes, hierros y maderas.

Dos barracones empezaron a arder. El edificio alojamiento de la Policía Militar, sin ocupantes, se agrietó, en su centro, que se hundió con progresivos crujidos, mientras las paredes laterales permanecían en pie entre nubes de polvo gris.

La cuarta explosión derrumbó la esquina oriental de la prisión, enterrando bajo sus escombros al celador, al cabo de guardia y a los dos soldados. El otro muro aplastó a los dos centinelas.

El rastrillo se estremeció con arpegios metálicos, antes de saltar sus goznes del hormigón de la vigueta superior que cayó con estruendo. Un polvo blanquecino veteado de negro inundó densamente la galería. Michael Burton se aplicaba el dorso del puño bajo la nariz, cerrados los ojos. La onda expansiva le había lanzado contra la pared del fondo. El humo empezó a brotar a ras de suelo en lo que había sido cuerpo de guardia y puerta exterior, convertidos ahora en montón informe y polvoriento por entre el cual surgían las llamas en sus lengüetazos iniciales.

El rastrillo desprendido, fue inclinándose hasta rebotar en el suelo de la galería, esparciendo sus largos barrotes en gavilla.

Varios barrotes repicaron ruidosamente contra las rejas de las celdas. Tosiendo y lagrimeando, Edgar Wilding trató de gritar. No podía.

—Eh, tú, Red… —fue diciendo Gardoni entre todos—. ¡Mira! —y apuntaba hacia la celda ocupada por Michael Burton.

Red Nolan se limpió los ojos con el dorso de la mano y miró hacia donde señalaba su amigo.

De la docena de barrotes formando la reja, faltaban cuatro. Los más

cercanos a la pared enmarcando el lugar donde antes estaba el rastrillo. Los cuatro hierros retorcidos seguían empotrados en el trozo de vigueta arrancado del techo, pero habían salido arrancados con el hormigón, convertido en proyectil por repercusión. Hormigón y barrotes, retumbando contra la celda de enfrente habían creado otro boquete.

—¡Ey, compañero, ey! —vociferó Nolan—. ¡Brecha! ¡Tienes una brecha!

Michael Burton contemplaba el boquete abierto. Como una puerta.

Dos morteros, precedidos sus impactos por el peculiar pitido, martilleaban ahora los restos del cuartel de la policía militar.

Michael Burton abandonó su celda. Donde antes estaba el cuerpo de guardia había ahora un acumulamiento de escombros y un gran espacio libre, por el cual se veía arder el barracón distando veinte metros.

—¡Ey, amigo, ey! —gritó Nolan—. ¡Abre la jaula a los compadres!

Burton iba mirando. El celador se había llevado las llaves, como era su deber…

—¡Burton! ¡Nos van a achicharrar! —apremió Wilding.

Inclinándose, recogía Burton un largo barrote de hierro con la zurda, y otro con la diestra. Avanzó, introduciendo un barrote por entre la reja. Red Nolan lo asió con codicia y empezó a apalancar.

Michael Burton llevó el otro barrote a la celda ocupada por Wilding. Tendiéndole el hierro cilíndrico, comentó:

»—Te ganarás el pan con el sudor de tu frente». Será la primera vez en su vida que aplicará usted el precepto bíblico, Wilding.

Edgar Wilding apalancaba con frenesí.

—¡Duro, Red! ¡Ya cede, «*Santa Madonna*»!

Red Nolan hizo una última contorsión y el portante se desencajó por el paño. Salieron precipitadamente ambos norteamericanos.

Por instinto, imitaron la veloz zambullida de Burton que quedó tendido, entrelazando las manos en la base del cráneo.

El silbido aumentando en su volumen se transformó en explosión, destrozando la celda poco antes ocupada por Burton y la de enfrente.

Wilding parecía insensible a todo, dominado por una sola obsesión. Abrir cuanto antes la reja que representaba la línea divisoria entre la muerte y la libertad.

La polvareda fue clavándose hacia la bóveda y el boquete de salida, y Burton se levantó. Se miró el rasgado pantalón, su única prenda.

—¿Ahora qué, Red? —preguntaba Gardoni insistentemente.

Red Nolan meditaba y su fruncido entrecejo espeso le daba un mayor parecido con sus apodos. Rezongó por fin:

—No conozco este terreno, Chic. Ellos dos, sí.

Edgar Wilding logró abrir. Saliendo, ya no era el *dandy* acicalado. Su impaciencia, mezclando el sudor a la polvareda, le había revestido con manchones de matices grises y negros.

Se aproximó al indiferente Burton que con el dedo gordo del pie, trazaba en el polvo del suelo, varias rayas: el puerto, la colina, la ruta al sur…

—Tengo un refugio cercano, Burton. Por las calles anda la tropa y vigilan los esbirros de Nigel. Venga, Burton. Sígame.

Edgar Wilding caminó apresuradamente hacia los dos montículos artificiales. Los escaló, resbalando en ocasiones.

Michael Burton caminaba tras él, tendiendo el oído. Seguía mentalmente las fases del combate entablado. Los atacantes tenían la primera ventaja de la sorpresa. Pero no podían ser los nativos los que dirigían la acción.

Disparaban sus baterías desde tres puntos bien escogidos y de difícil acceso. Y los artilleros conocían su oficio.

Red Nolan apuntó con el dedo a los dos ingleses y Chic Gardoni asintió. Tenían que seguirlos. Red no conocía el terreno. Y el ex *dandy* había mencionado un refugio cercano…

En el patio, corrió Wilding hacia la franja de setos que separaba el campamento del declive yendo hacia el puerto.

Burton iba contemplando los efectos del cañoneo. Solo quedaba intacta la mitad de la prisión. Ardían los barracones y humeaban los restos del cuartel y alojamiento de la policía militar.

Dos proyectiles de mortero, uno tras otro, trazaron su arco silbante y se abatieron sobre la prisión, remachando donde ya no había paredes.

Un fallo del tirador, pensó Burton, mientras atravesaba el seto.

Edgar Wilding bajaba por el callejón abierto entre los hangares mercantiles. Descendiendo tras él, Burton miró al este. Las llamaradas orientaban sobre las posiciones enemigas.

Un voluminoso «Sherman» cabeceaba escalando los restos de una casa y sus cadenas trituraban en su avance. En la torreta cerrada, el cañón trazaba un semiarco al acecho.

Wilding desapareció en un barracón al extremo de la callejuela. Burton, caminando, miraba hacia el muelle, donde la casamata de tiro antiaéreo se erizaba en tubos silenciosos.

No tenían aviones los sublevados. Todavía no, pensó Burton.

Por el muelle se espaciaban los grupos de servidores de ametralladoras emplazadas en posición de despliegue, encañonando hacia la colina boscosa donde se escondían los atacantes.

Penetró Burton en el barracón y casi pisándole los talones entraron Nolan y Gardoni, resoplando. La puerta era corrediza. La volvió a ajustar Gardoni.

A cada lado del local y al fondo, había fardos de idéntico tamaño, superpuestos verticalmente hasta el techo. Los signos pintados en blanco y sobre la arpillera indicaban que la mercancía era fibra vegetal, empacada

para su exportación futura.



Se lanzó violentamente sobre él...

En el espacio entre los fardos había dos carretillas elevadoras, una báscula, una mesa y dos sillas. En una se sentaba Edgar Wilding.

La luz del sol penetraba por las claraboyas sobre la puerta.

Michael Burton se instaló en la otra silla, cabalgando con el respaldo contra el desnudo pecho. Y flexionando las desnudas plantas impulsó en lento vaivén la silla.

—Aquí, por ahora, estamos seguros, Burton. Pero necesito… su asesoramiento. Los que atacan ¿ocuparán la ciudad?

—Por el momento, no parece. Necesitarían infantería en fuerza de choque invasora. Saben, por otra parte, que a sus flancos tienen los Fusileros de Gales y los gurkas. Los tanques van ascendiendo. Hoy por hoy, se contentarán con destrozar lo que puedan y se retirarán.

Aproximándose, Nolan apoyó las dos manos en la mesa.

—Aquí dentro nos van a cazar como topos. Hay que largarse, amigos.

Wilding le miró fríamente. Dijo:

—Esto es. Lárguese ya.

—No conozco el terreno. Y con las manos limpias, Chic y yo no salimos a la calle. Nos cazarían apenas nos asomemos por dónde hay circulación. El jefe de la «M. P.», ya ha tenido que ver que la cárcel se rajó.

—Eh, tú, Red… Puede suponerse que estamos bajo los restos, digo yo —opinó Gardoni.

—Lárguense los dos —dijo Wilding—. Nadie les dio vela en este entierro. Conque, aquella es la puerta. Y esta es mi casa.

Avanzó más el busto Nolan. Burton alargó un brazo y repiqueteó los dedos sobre la mesa. Impasible, dijo:

—Basta con los de fuera como belicosos y beligerantes, Wilding. Más claro para usted, yanqui. Aquí dentro no hay matones que valgan, sino cuatro ratones que quieren sobrevivir.

—Eso es lo que yo vine a querer decir —aprobó Nolan. Y mirando fijamente a Wilding, añadió—: Tómalo con calma, compadre. Lo quieras o no, estamos metidos en el mismo barco. Si te cogen, te ahorcan, dijo tu vecino. A nosotros, nos llevarían a Frisco para asfixiarnos en la cámara de gas. O sea que, te pete o no, estamos metidos en el mismo barco. No es momento de calentarse ni de atizar rencorcillos.

El cañoneo repicaba ahora sobre el cercano puerto. Una grúa empezó a desintegrarse.

Wilding ondeó la mano como si apartara una mosca. Dijo, mirando al otro británico:

—Usted podría darme una idea razonable, Burton.

—Este almacén es suyo y aquí vendrá Nigel apenas se retiren los artilleros y ametralladores.

—Una ametralladora —silabeó Nolan con expresión ansiosa—. Eso es lo

que nos hace falta para abrirnos paso.

Burton le miró un instante en silencio. Dijo por fin:

—Hable cuando le pregunten. Mientras, cierre la boca.

Red Nolan, crispando los puños, avanzó el busto. Gardoni susurró:

—Olvídalo, Red.

Burton siguió balanceándose, inexpresivo. Pero solo movía el busto. Se mantenía tenso sobre la punta de los pies.

Intervino Wilding:

—Tómalo con calma, yanqui, dijiste tú mismo. Te le repito, por tu bien. Michael Burton es para mí, el único aquí presente que nos puede sacar del atolladero.

Burton denegó con la cabeza, sin dejar de mirar a Nolan. Afirmó:

—No tengo el menor interés en sacar a nadie del atolladero. Cada uno es libre de componérselas como mejor le parezca.

—Escucha, yanqui —aconsejó Wilding—. No soy ningún monaguillo y los encajes los llevan las mozas por las que me encapricho. Si te digo que Michael Burton es para mí el seso en una ocasión como la presente, mejor harás en hacerme caso.

Red Nolan meditaba. Y de pronto le dio un codazo a Gardoni.

—Vamos a descansar un poco, chico. Los genios hablan. Y lo quieran o no, les guste o no, acabarán por reconocer que donde dos viajan inseguros, cuatro se abren paso. Y que se vayan enterando, por si no se dieron cuenta, que nosotros dos somos de peso y tampoco tenemos nada de sacristanes.

Fueron a sentarse contra los fardos. Wilding insinuó:

—Esta libertad a la que aludió, es muy relativa, Burton. Una hora, dos, tres… y registrarán hasta el último hoyo. No podemos seguir en Anduky, porque…

Se interrumpió tendiendo el oído. Un traqueteo se iba aproximando, procedente del puerto. Levantándose, corrió a la puerta, que deslizó con suavidad sobre sus rieles, apenas unos diez centímetros.

Un «jeep» subía por la calleja. En su garfio de remolque se enlazaban la anilla de sujeción de la plataforma rodante transportando una ametralladora pesada.

Corrió lentamente y regresando a su silla, comentó:

—Los «M. P.», transportando ametralladoras hacia el este.

En el silencio que siguió, Red Nolan se dio de pronto una palmada en la frente. Unidas las espesas cejas meditó a fondo, contemplando admirativamente por Chic Gardoni, sentado a su lado.

CAPÍTULO IV

Helga Gaylor, al volante de la ambulancia, murmuró al embragar:

—No podemos dejarles así como así, Luana.

—Lo manda el viejo, ¿no?

La ambulancia atravesó la explanada de Wabuan yendo hacia la ruta y al pisar las ruedas el asfalto, sonrió Luana Kingdom:

—Siempre sospeché que el viejo estaba enamorado de *miss* Parker. Platónicamente, claro. Miss Parker, vestida de otro modo, maquillada y sin los lentes, no sería nada fea…

Se interrumpió y Helga frenó en seco. El griterío acababa de surgir por entre la copiosa vegetación. A lo lejos, interceptando la carretera, dos cuerpos pintarrajeados de blancas estrías agitaban sus lanzas en lo alto.

Formaban la punta oriental del semiarco de dyaks.

Maniobró Helga Gaylor con destreza y en dos avances y retrocesos, la ambulancia enfocó su motor hacia la explanada de Wabuan.

—Allí, por lo menos, tendremos un techo y paredes, Luana.

Angustiada, replicó su compañera:

—Debimos irnos antes, mucho antes…

En el aula, *miss* Parker contempló con desaliento la tarima, la pizarra y los pupitres. El doctor Stanfield encendió su pipa. Y con la primera bocanada de humo, dijo:

—Tengo cincuenta y seis años. Lo menciono para manifestarle que la muerte es para mí un final ineludible, más o menos remoto, pero al que ya me he conformado. He vivido, he amado y he sufrido. Hoy puedo reírme de lo que, más joven, me producía dolor. Pero ¿y usted, *miss* Parker? ¿Ha vivido, ha amado, ha sufrido? No, no… Usted ha vegetado, educando críos ajenos en vez de ocuparse de los propios… Volverá al Limbo del cual nunca se apeó, sin saber lo hermoso que es amar. No importa lo que luego sigue al amor. Lo que importa es sentirlo nacer, alimentarlo con ilusiones en su crecimiento… ¡Vaya, este motor lo conozco yo!

Y salió Stanfield al umbral. La ambulancia se detuvo, chirriando, ante la escuela. En la colina petrolera brotaban repentinas llamaradas, entre tableteo de ráfagas y explosiones.

—¡Los dyaks, doctor! —chilló Luana Kingdom.

—Éramos pocos y parió abuela —rezongó Stanfield. Y elevando la voz, recriminó—: Ha cometido una estupidez irreparable al dar media vuelta, Helga.

—Había dyaks en la ruta.

—Lanzando la ambulancia a toda velocidad hubieran pasado,

muchachas. Ahora, ¿qué? Tres mujeres rozagantes y un decrépito matasanos. Un cuarteto para una elegía anónima. Vayan con *miss* Parker.

Entraron ellas en la escuela. Stanfield abrió la portezuela posterior de la ambulancia y fue buscando hasta encontrar la caja. Extrajo un estuche metálico y una cajita plana.

Era la mejor solución: inyectarlas. No podía ir baleando a una tras otra, como un *gangster* misericordioso, a las tres mujeres, para salvarlas de los ultrajes inevitables si permanecían con vida.

Los alaridos iban adquiriendo ahora melodía de cántico. Divisó Stanfield a unos trescientos metros la hilera de dyaks, bailando en sitio, como si pisotearan uva, al otro lado de la carretera.

Era el ritual. Tenían que aguardar a que avanzasen los jefecillos.

Stanfield introdujo el estuche y la cajita en el amplio bolsillo de su larga sahariana blanca, de manga corta, y entró en la escuela.

—Podemos contar con unos cinco minutos. Los jefecillos no han iniciado todavía su avance. Le recomiendo un sedante. Luana. Yo mismo la inyectaré. Acérquese.

Un griterío repentino se mezcló a un repicar sonoro, como de piedras cayendo sobre la carretera.

Eran gritos salvajes, pero distintos a los de los dyaks…

Salió Stanfield y gruñó:

—Vaya, hombre… Como en las películas aptas para menores. Los malos huyen y los buenos llegan.

—¡Los gurkas! —chilló alborozada Luana Kingdom—. ¡Los gurkas, Helga! ¡Los gurkas, *miss* Parker!

La caballería hindú cargaba impetuosamente, tendido el sable rectamente a un lado de las crines. Llevaban la lanza atravesada en la funda espaldera. Un medio centenar de dyaks había atravesado ya la carretera.

—Todo depende del cristal a través del cual se mira. El alarido de guerra, si procede del enemigo, es bestial e inhumano. Ahora bien, si es del aliado, entonces es marcial y angélico —Stanfield añadió, queriendo set imparcial—: Ni yo mismo escapo a este convencionalismo.

Los gurkas, emitiendo sus gritos de combate, tajaban con ferocidad. El segundo escuadrón pasó del galope al trote, y desmontando, ataron las bridas a los árboles. Eran montañeros especializados en la caza del hombre por la selva. Conservaban el sable enfundado y esgrimían las lanzas. Los gurkas a caballo seguían tajando con certeros mandobles, a diestro y siniestro.

—Es… una horrorosa matanza… —gimió *miss* Parker, cubriéndose el rostro con las manos.

—Usted a su pizarra, maestra —ordenó Stanfield—. Y ustedes, conmigo, a nuestro taller de reparaciones.

Los gurkas a caballo daban ya alcance a los dyaks más adelantados, que distaban unos cincuenta pasos de los «bungalows». Envainando los ensangrentados sables, sacaron las lanzas.

Alancearon.

Proyectándolas como jabalinas, inclinándose luego para, desde la silla, arrancar sus lanzas clavadas. Las hincaban por segunda vez. No tenían orden de hacer prisioneros.

Los gurkas a pie formaban una hilera al borde de la ruta. Los dyaks más rezagados habían salvado la vida y huían por entre la vegetación. El oficial al mando de los gurkas refrenó su briosa montura y puso pie a tierra ante la enfermería. Saludó llevándose los dedos a la frente, a la boca y al corazón. Habló en perfecto inglés:

—Teniente Robert Numrah. Señor, señoritas.

—Muy encantado de verle, teniente —aseguró Stanfield—. Mis enfermeras también. Muy sinceramente se lo afirmamos.

Los negros ojos del hindú barbudo trataron de no detenerse en la ardorosa contemplación de las dos enfermeras. En su turbante lucía la estrella de su religión y los dos galones de su graduación.

—Si nos traen sus heridos, nos ocuparemos de ellos, teniente.

—No podemos, señor. Nuestra intervención ha sido casual. Íbamos más al sur. Tengo orden de acudir al llano de Kuala. Hemos de ponernos en marcha inmediatamente. Toleren que les aconseje que hagan uso inmediato de la ambulancia. Los dyaks se han retirado, pero volverán.

—Iremos a Anduky, teniente. Gracias por todo. Buen servicio, teniente.

Los caballistas, arrastrando las puntas de sus lanzas por el suelo, para limpiarlas de sangre impura, regresaban a la carretera. Los desmontados, volvían a ensillar.

—Señor, señoritas —y repitiendo su triple saludado, el teniente Numrah, dio media vuelta y montando, taconeó.

Los cascos del caballo pisoteaban algún que otro cuerpo pintarrajeado de estrías blancas.

Miss Parker iba inclinándose sobre los dyaks muertos. Increpó Stanfield:

—¡Venga aquí, inmediatamente, maestra! —y bajando la voz, añadió—: Es inútil que vayan a ver si les queda un soplo de vida a estos pobres diablos. Los otros salvajes, los lanceros, no tenían orden de herir, sino de rematar.

Miss Parker se aproximó, llorosa.

—Hemos escapado de una, por casualidad, maestra. Suba a la ambulancia. Por las buenas o por las peores. Se acabaron las contemplaciones.

En la carretera, los gurkas se inmovilizaron en larga columna de a dos jinetes. El teniente Numrah gritó una palabra gutural, bajando a la vez el brazo con brusquedad.

Como autómatas, los jinetes avanzaron al paso que se convirtió en trote al segundo grito gutural.

—Era guapo el hindú —murmuró Luana Kingdom.

—Guapísimo o peludísimo, lo cierto es que nos dio a luz con esta fecha. Al volante, Helga. Usted, Luana, atrás con *miss* Parker.

Miss Parker expuso:

—Obedezco, porque no quiero que por mí culpa, usted… corra un nuevo riesgo, doctor. Déjeme ir a recoger mis pájaros.

—Volarán por la cuenta que les tiene. Suba.

—Mi «Asta»…

—¡Yo voy, doctor! —y corrió Helga hacia el «bungalow de la maestra.

—Ayúdela, Luana. Son cuatro jaulas. Usted, maestra, cuando regresemos me hará el solemnísimo favor de meter todos sus bichos en una sola jaula y de paso, enseñe a su can a ponerse patines.

Cinco minutos después, la ambulancia abandonaba la explanada a toda velocidad, procurando Helga soslayar los cuerpos tendidos. Pero las ruedas, de vez en cuando, hacían bambolear la carrocería.

—No puedo evitarlo —murmuró Helga.

Junto a ella comentó Stanfield:

—Los que son atropellados, ya están insensibles a todo, muchacha. Lo que hay que evitar es toparnos con los vivos.

—Encima de un pupitre había dejado los inyectables y el estuche, doctor. Están ahora en la bolsa a su lado.

—Siempre es preferible un dulce sopor que un balazo, muchacha. Por suerte, los otros salvajes me evitaron… ¡No frene ahora! ¡A fondo! ¡Pise a fondo!

Varios dyaks saltaban al asfalto agitando sus lanzas.

—¡No cierre los ojos o nos estrellamos! ¡Vamos, a fondo, niña!

⋆ ⋆ ⋆

El comentario de Wilding sobre el transporte de ametralladoras suscitó poco después la réplica de Burton:

—Han comprendido ya que sus piezas son inútiles en el puerto y van a formar el cinturón defensivo en la base de la colina. Decía usted que no podemos seguir en Anduky. Comparto su parecer. ¿Qué sugiere? ¿Fletar un yate?

—Tengo una salida de escape segura, Burton. La bahía de Rip Van Dale. Cualquiera de los «tramp» que mojan allí, nos dará pasaje a Australia. Conozco sus patrones y tengo dinero en Australia.

—La bahía de Rip Van Dale… Al otro lado de la isla.

Hay que atravesar la jungla de los Montes Rawasak. Hay que circular por entre patrullas, tanques, fusileros y gurkas, sin contar los kulukai

armados, que nos considerarían apetitosos bocados.

—¿Se puede abrir la boca, sí o no? —intervino Red Nolan, levantándose —. Estáis hablando de un barco que os llevará a Australia. Este barco no nos lo perderemos Chic y yo. Además, nosotros somos de los que pagamos el pasaje, ¿verdad, Chic?

—Como un clavo —asintió Gardoni. No sabía cómo podría pagar Red, ya que les habían quitado todo el dinero en la oficina del jefe «M. P.», pero si Red lo decía…

Aproximándose, Red Nolan apuntó con el índice a Wilding:

—Dijiste algo instructivo hace poco, Wilding. Y Burton también. Si yo ato rápidamente los dos cabos sueltos, equivaldría a firmar un contrato sólido, sin que nadie pueda desdecirse luego.

—¿Cuáles son los dos cabos por atar? —preguntó Wilding.

—Esta topera y la bahía dónde están los barcos que zarpan rumbo a Australia.

—¿Cuál es el contrato?

—No conozco el terreno y necesitamos guía Chic y yo. No conozco la bahía ni el barco que nos pueda llevar a terreno firme. Vosotros dos sois los guías y nos dais el pasaje a bordo.

—¿A cambio de qué? —quiso saber Wilding.

—A cambio del transporte infalible para pasar por entre polizontes, gurkas, fusileros y demás ralea.

Michael Burton miró ahora por vez primera al que hablaba con aplomo.

Chic Gardoni comentó convencidísimo:

—Red lo arregla todo. Hacedle caso y nos salvamos.

—Lo instructivo que dijiste, Burton, se refería a los obstáculos en el camino. Cuando este y yo planeamos el atraco a la «Chemical», me puse a cavilar sobre lo que podía circular por la «Chemical», sin despertar sospechas. Aplicaré ahora la idea a este terreno.

Los traqueteos seguían pasando a intervalos, ascendiendo. En la colina se concentraban los fuegos de los tanques y ametralladoras pesadas. Desde la colina proseguía el intermitente martilleo del muelle.

—Lo instructivo que tú dijiste, Wilding lo dijiste, al regresar de espiar por la rendija. ¿Hay trato firme si resuelvo el problema?

Asintió Wilding. Miró Nolan a Burton, que dijo:

—Presiento tu idea, Red. En la guerra no se pueden usar guantes blancos. Si Wilding te ha prometido el pasaje para vosotros dos, cumplirá. Yo te prometo que llegaréis a puerto de escape y procuraré cumplir. Pero con una condición: somos cuatro forajidos o desesperados, y apretar el gatillo para defenderse es legítimo. No lo será, ni lo consentiré, matar sin motivo justificado. Otra cosa, Red. Va también por ti, Chic, y por usted, Wilding. No admitiré ofensas a nadie. Es nuestra guerra privada, somos cuatro y tres han de obedecer a uno.

—¿Presientes mi idea, dijiste? —interrogó Nolan.

—El paso de los «jeeps» te ha inspirado. Quieres cazar un «jeep» donde van cuatro armamentos.

—¡Cabal! Pero la idea es mía. Como pago del pasaje, Chic y yo nos haremos con un «jeep».

—Chic y tú haréis lo que os diga yo. ¿Conforme con mi mando único, Wilding?

—Por completo. Usted manda, Burton.

—Bien, bien, tú mandas, Burton, pero el tiempo apremia.

—Llámame Mike, Red —indicó Burton con rictus sardónico—. Somos cuatro compinches, unidos por el azar que gobierna al mundo, y anhelamos cambiar de aires. Os presento a Edgar. Podéis llamarle Edgy; es nuestro agente naviero.

Rio Gardoni. Red Nolan se alzó el cinto del pantalón.

—Este es Chic y yo soy Red. Trato hecho. Al asunto, Mike.

—¿Los «jeeps» eran «Willys» con plataforma de remolque, Edgy? —preguntó Burton, impasible.

—Sí. Con dos «M. P.», delante y otros dos, a pie, escoltando la ametralladora.

—Chic, coge aquel machete y corta un fardo —ordenó Burton.

—¿Oíste, Chic? ¡Rápido! —conminó Nolan.

Chic Gardoni se precipitó hacia el machete reclinada entre dos pacas.

—Tú, Red, sacas las fibras. Van enrolladas por mazos.

—«Okey» —y Nolan se dirigió al sitio donde Gardoni rasgaba la arpillera con tajos laterales.

—El empleo de fibras como arma no es sentimentalismo militar hacia ex colegas —especificó Burton—. A manos limpias nos barrerían a ráfagas. Atacarles a machetazos, nos daría el mismo resultado. Y no podemos estropear sus uniformes. Los necesitamos lo más limpios posibles, Wilding.

—De acuerdo. Usted dirige las operaciones. Me permito indicarle que en el «Frenchy» tengo dos automáticas.

—Reprímase. También en el «Frenchy» hay frascos. Y tengo una sed rabiosa. No de agua, precisamente. Pero los «M. P.», llevan metralleta. Es un arma mejor. Ahora, oído atento, compinches: El «jeep» sube lentamente y gira a unos treinta metros, a la derecha. En la esquina donde girará, estaremos nosotros. Todo ha de ser sincronizado, compinches.

Wilding ostentaba una tenue sonrisa oyendo al ex oficial. Nolan y Gardoni escuchaban atentamente.

—El del volante es el más vulnerable. Te lo cedo, Chic, porque eres el más jovencito de los cuatro.

Gardoni miró a Nolan, que asintió gravemente.

—El de al lado del volante es suyo, Wilding. Los dos que escoltan la plataforma remolcada, al llegar a la esquina, se dispondrán a subir a los

estribos, porque ya el terreno es llano hasta la cuarta transversal. De ellos dos cuidaremos tú y yo, Red. El más cercano a la esquina es el tuyo. Red. El otro será mío. Este punto queda perfectamente entendido, ¿no?

Asintieron los tres oyentes.

—Es esencial no ensuciar con sangre ni masa encefálica los cuatro uniformes. Necesitamos la ropa de los cuatro «M. P.», y sus documentos. Aparte de sus metralletas y otros complementos. Dame un mazo, Red.

Tendió Nolan las fibras enrolladas en macizo cilindro de unos diez centímetros de diámetro. Estaban prietamente envueltas en hoja de pitera.

Explicó Burton:

—Es un arma primitiva, pero eficiente, bien manejada. Debe ser empuñada por el tercio inferior, no por el extremo, o se deshilacharían las fibras. No debe golpearse de arriba abajo, por el casco, sino de lado. En la nuca, no, Red. Es golpe de matarife solamente aplicable a un buey que presente el lomo y no lleve casco. El primer golpe ha de darse a un lado del cuello, y aprovechando el impulso en revés, el segundo golpe sube hacia arriba chocando bajo el mentón. Dos sitios en que los «M. P.», no llevan casco.

—Estupendo, ¿eh, tú, Red? —aprobó Gardoni—. Dos golpes bien pensados.

—El tercer golpe, sí que es en la nuca, Red, porque ya la presentarán. Y arrastre al interior del hangar de la esquina que ya habremos abierto a palanca de machete. Hay que mudarse rápidamente. Entre traqueteo y traqueteo, pasan unos diez minutos. Lo hacen para evitar que un proyectil caiga donde estén casi juntos, dos vehículos a la vez. ¿Eh, tú, Red? ¿Oíste, Chic? —y apuntó Burton hacia la puerta, inmutable la expresión.

Un «jeep» anunciaba su paso, pendiente arriba, con el crujido metálico de la pesada plataforma remolcada.

—Han pasado seis, pero disponen solamente de cinco «jeeps» para este transporte. Van y vienen. En marcha, compinches. Cada cual con su instrumento de agresión. El machete lo llevo yo, Chic.

Acercándose a la puerta, añadió Burton:

—Salgo primero para abrir la puerta del hangar de la esquina. Es preferible correr adherido a la fachada de enfrente. No es visible desde el muelle.

Los cuatro fugitivos abandonaron el hangar corriendo velozmente. Para ellos no se trataba de remontar una pendiente, sino del primer sendero hacia la libertad absoluta.

En el hangar de la esquina forcejeó Burton entre la juntura de las dos puertas con la punta del machete. Empleó después la hoja. Rechinaron los resortes de paño y pestillo y se dilató la abertura.

Entraron.

Era otro almacén de muy diversas mercancías. Bidones, cajas, tejidos…

Un cartel exigía «No fumar. Peligro». Había varios extintores de incendios dispersos por las paredes.

Michael Burton se relamió inconscientemente al leer la etiqueta de una de las cajas: «Ballantine. Scotch *whisky*».

—Su cronómetro, Wilding —pidió, tendida la palma.

Se quitó Wilding el reloj de oro con su brazalete del mismo metal, elástico. Se lo ajustó Burton a la muñeca, y dijo:

—Disponemos aún de siete minutos. Este almacén pasa a ser de intendencia y suministro. Cada uno puede aprovisionarse del artículo más apremiante.

Chic Gardoni se abalanzó hacia una caja que contenía cartones de cigarrillos. Red Nolan se aproximó a unos bidones de gasolina, mirándolos pensativo. Edgar Wilding permaneció tras la puerta forzada.

Michael Burton apalancó con el machete, abriendo la caja de *whisky*. Extrajo un frasco, cuyo gollete rompió contra el borde de la caja.

Miró al trasluz el ambarino licor, y bebió un pequeño sorbo. Chasqueó la lengua antes de apurar otro sorbo. Y comentó:

—Para las jornadas que se avecinan, vendrá bien este tónico.

Gardoni castañeó los dedos.

—Eh, tú, Red… Voy a llevarme aquella caja de surtido. Conservas de fruta, botes de leche y latas de sardina. Estómago contento, ánimo jovial.

—¡Atención! —exigió Burton dejando el casco roto en una esquina de la abierta caja—. Tenemos cinco minutos. Es primordial que actuemos a la vez. En caso contrario, el que quedase indemne nos barrería con un simple abaniqueo. Tú, Chic, en la acera de enfrente, apenas asome el morro el vehículo le saltas encima al conductor.

—Un golpe de lado en el cuello como un batazo de béisbol; el segundo hacia arriba bajo el mentón y el tercero en el cogote. Agarro al tipo y lo traigo aquí dentro —recitó Gardoni.

—Tras apalancar los frenos —especificó Burton, e impasible, añadió—: «Okey», Chic. Usted, Wilding, se encarga de Su uniforme. Red y yo sabremos llegar a tiempo para inutilizar a los dos de retaguardia.

Dando palmas en su palma zurda con el compacto manojo de fibras, insinuó Nolan:

—Si me das el machete, acabaré antes, Mike. Puedo fallar con esta panocha, ya que debo recorrer unos cuatro pasos por lo menos.

—Unos seis recorreré yo, Red. Procura meterte en la cabeza que somos cuatro forajidos, pero convertidos en soldados circunstancialmente.

Bebió otro sorbo a chorro y estrelló el casco contra la pared. Rio. Una risa que produjo estremecimiento en el cínico Wilding y leve aprensión a Gardoni. Nolan seguía mirando los bidones de gasolina, pensativo.

Burton cortó en seco la extraña carcajada.

—El alcohol tiene una ventaja. Coloca colores rosas a lo más sucio.

Volviéndose, insistió Nolan:

—Los soldados no pegan panochazos si tienen algo mejor a mano.

—Los uniformes, Red… Piensa que han de estar siempre impecables. Somos soldaditos, con el objetivo de un puerto libre de enemigos. Y necesitamos cuatro uniformes limpios de mácula exterior, aunque dentro vaya mucha podredumbre, apenas los revistamos. Cuando estén aquí dentro los cuatro uniformes, no os precipitéis. Procurad elegir la talla más apropiada a cada corpulencia. ¡Chic! a tu puesto, ya. Wilding, al suyo.

Salieron los dos aludidos. Se oía el rumor del motor aproximándose, ascendiendo la cuesta.

Burton fue a colocarse al centro de la calle. En el puerto, arreciaban las explosiones acompañadas de penachos de humareda mezclada con restos metálicos expulsados por los aires.

Red Nolan se adhirió a la esquina. Mirándole, pensó Burton que el *gangster* yanqui no parecía un soldado a la espera del enemigo, sino un criminal refocilándose.

Y apareció el guardabarros izquierdo del vehículo, iniciando el viraje. Los cuatro evadidos actuaron en perfecta sincronización. Pero Burton no empleó el mazo de fibras. Lo había dejado en el hangar junto al machete. Se abalanzó con las dos manos tendidas.

Aferraron por el cañón y el guardagatillos la metralleta que ante el pecho llevaba terciada el «M. P.». Alzó bruscamente Burton el arma hacia arriba y el acero chocó ruidosamente bajo la barbilla del policía militar. A la vez, asestaba un rodillazo, y al encorvarse el sorprendido atacado, repitió el rodillazo, arrancándole a la vez de las lacias manos la metralleta.

Atrajo por los sobacos al desvanecido mientras Chic Gardoni encajaba los frenos.

En el hangar, fueron mudándose en silencio, con febriles gestos.

—Al volante, Chic. Puedes llevarte la caja de surtido. Siempre callado, Chic. Tu acento nos hundiría. Usted a su lado, Wilding. Tú y yo en los estribos, Red.

Red Nolan estaba abrochándose los blancos botines tobilleras por encima de sus zapatos. Recogió el casco blanco y el brazal con las dos iniciales y un número.

Salieron Wilding y Gardoni. Burton alzó una caja que contenía doce frascos y abandonó el hangar, diciendo:

—¡Rápido, Red!

Nolan se abalanzó sobre un bidón de gasolina. Vertió el contenido sobre dos de los cuerpos en paños menores. Vertió otro bidón encima de los otros dos desvanecidos.

Retrocediendo mordió el arete de una granada de mano que extrajo de la sacocha del «M. P.», que llevaba ahora al costado.

Desde el umbral, lanzó con tino la granada.

Corrió hacia el «jeep» ya en marcha y saltó al estribo, junto al sentado Wilding.

La detonación resonó huecamente en el hangar, por cuyo umbral asomó un soplo anaranjado y quemante.

Mientras el «jeep» tomaba la curva, Michael Burton miró hacia el hangar.

Red Nolan comentó:

—Ha sido un morterazo oportuno, Mike. Ya no encontrarán a cuatro «M. P.», delatores. Si los hubiesen encontrado, buscarían un «jeep» con…

—¡Calla! No abras más la boca, hasta nuevo aviso. Ahora solamente hablamos Wilding o yo. Más poco a poco, Chic. No te persigue nadie. Haz caso de las señales de los que te indican el camino. Poco a poco, Chic. Son colegas nuestros. ¿No ves? Saludan y todo. Échese el casco sobre la nariz, Wilding. Su cara de zorro la conocen mucho. Sí, Red… Haces bien en encogerte. Zumban mucho las avispas de plomo por esta cuesta. Atento, Chic… Te han señalado la izquierda. Pero pasada la curva, vas a tomar la derecha. Es la ruta que conduce a la jungla que atraviesa los Rawasak.

⋆ ⋆ ⋆

Pegados a los muros iban avanzando los componentes de una sección de Fusileros de Gales. Solo tenían ojos para los nidos de ametralladoras que rociaban en fuego cruzado el sendero a la izquierda de aquella pendiente.

—¡Un tanque, Mike! —exclamó Gardoni—. Viene hacia nosotros…

—No viene a por ti, Chic. Sigue.

El «Sherman», desmantelada la torreta, humeaba por el boquete. Bajaba con pesadez. Brotó una llamarada del boquete.

—¡A fondo, Chic! ¡Dale toda marcha! —ordenó Burton.

Era lo que Gardoni estaba deseando. Pisó la seta de aceleración, mientras Burton, en equilibrio, tensaba los músculos, atrayendo la cadena de sujeción del remolque.

Alzó el doble anillo de engarce, y al desprenderse la plataforma, el «jeep» pareció convertirse en una flecha.

La plataforma resbaló hacia atrás, y fue despeñándose en tumbos.

El «Sherman» se inflamó repentinamente y estalló, disparándose en pedazos.

El «jeep» iba ya a todo gas por la ruta de la derecha, alejándose de la zona de combate.

CAPÍTULO V

Helga Gaylor, estimulada por la voz autoritaria del doctor, dio el máximo de velocidad a la impulsada ambulancia.

Un guardabarros proyectó a varios metros a un dyak, lanzándolo como una pelota que rebotó varias veces sobre el suelo hasta perderse por entre los matorrales.

Una rueda pasó por encima de otro dyak. Una punta de lanza dibujó una estrella en el cristal inastillable, al lado del doctor.

En el espacioso compartimiento posterior, Luana Kingdom murmuraba:

—No debe llorar, *miss* Parker. Ya tendremos otra escuela y otra enfermería.

—¿Qué ha sido esto, Luana?

—Baches.

—Este ruido… Un disparo cercano…

—Los Fusileros de Gales —iba mintiendo la enfermera.

En sus jaulas las aves revoloteaban inquietas. Tendido en el suelo, con el peludo hocico sobre las patas, «Asta» gruñía sordamente. Tenía un miedo instintivo, muy razonable.

El doctor Stanfield introdujo nuevamente el brazo y alzó el cristal estrellado en su centro. Contempló el cañón de su revólver aún humeante.

—O el dyak era muy chiquito o soy muy mal tirador. El tití se había colgado del estribo. Por lo menos, el disparo le asustó y nos dejó en paz. ¡Vaya armatoste!

Tras el viraje, Helga Gaylor acababa de frenar suavemente. A unos diez metros había un carro blindado atravesado en la carretera, formando una barrera alta y maciza, de cuneta a cuneta.

En la torreta abierta emergía el busto de un tanquista.

Se aproximó a pie, el sargento-jefe de la dotación del blindado. Y llevándose el extremo de la mano a su negra boina, manifestó:

—Lo siento, pero no pueden seguir viaje. ¿Qué tal, señor? Soy Jack Puncher, al mando del carro.

—Celebro conocerle, sargento, pero, escuche… Los dyaks nos echaron de casa. De Wabuan. Deseamos y pretendemos llegar a Anduky.

—Imposible, señor. He recibido la orden de detener aquí, en este punto, toda circulación que no sea de fuerzas en misión —y señaló a un lado, donde un corto sendero parecía flanquear la colina—. Vea aquella galería minera. Hoy no trabajan en ella, ni creo que trabajen durante algunos días. Es un excelente refugio. Le ruego lleven la ambulancia allí. Pero antes, deben bajar y permitirme inspeccionar su documentación. Órdenes

recibidas.

—Soy el doctor Gerald Stanfield, del puesto de Wabuan. Mí enfermera Helga Gaylor al volante, y atrás viajan la maestra *miss* Parker y mi otra enfermera. Luana Kingdom.

—Lo siento, señor. Cumplo órdenes.

Bajando, quiso saber Stanfield:

—Pero ¿a qué diablos obedecen estas órdenes?

—Hay muchos extranjeros infiltrados. Procurarán emplear cualquier medio de transporte.

Examinó Puncher la documentación del médico. Descendió Helga, que fue a abrir la portezuela posterior. Las tres mujeres se aproximaron al sargento y al doctor.

Adherido a la mirilla del carro, el tanquista artillero silbó antes de decir:

—¡Diantres con la enfermera rubiales! ¡Vaya hembra, Gin!

El cabo de maniobra y ametrallador, descendió dos peldaños y sus ojos quedaron a ras del borde de la torreta. Así no le podía oír el sargento Puncher.

—La enfermera morena no tiene tampoco desperdicio. ¡Tiene un par de… ojazos de muerte, Tat!

—Seguro que la tiesa flaca es institutriz o da clases de algo, Gin.

—No te fíes de las flacas vestidas, Tat. Recuerdo una que parecía una sardina y cuando la vi en la playa, sus curvas eran demoledoras y devastadoras… Mutis. Ahí viene Ponch.

Volvió a crecer el cabo de maniobra. Desde la carretera, manifestó Puncher:

—Sea buen chico, cabo, y dígale al artillero que nos pueden caer encima por cuatro sitios y él solamente hace uso de la mirilla que apunta a las enfermeras. Lo mismo le digo, cabo. No me vigile a mí, sino a los cuatro puntos cardinales, que por ahora siguen siendo: norte, este, sur y oeste. Muchas gracias.

Regresó Puncher a la ambulancia. El doctor gruñó:

—Desconozco los secretos científicos de la alta estrategia, sargento. Pero si nos alojamos en la galería minera, como usted pretende, ¿qué demonios podrá hacer su tanque contra dos centenares de dyaks?

—Barrerlos, doctor.

—¿Esta galería tiene únicamente aquella entrada?

—Sí, doctor. Y varias ramificaciones, pero sin salida. Hay renovadores de aire.

—Sigo reacio. Hágase cargo de que soy responsable de la seguridad personal de tres mujeres.

—Y yo soy responsable del cumplimiento de las órdenes que recibo, doctor. En caso de ataque, mi carro cierra la bocana de entrada. Doscientos

dyaks, aparte del sagrado temor que les inspira un blindado, obtendrían lo mismo que dos o quinientos. No pueden atravesar un blindado. Esta mina es más segura que un fortín, doctor.

—Entonces, considera que es más peligroso circular.

—Así opina el mando central, doctor. Deseo que las señoras queden convencidas de que esta galería es el dispositivo de seguridad más adecuado en muchas millas a la redonda y es el lugar señalado para albergar a todos los viajeros que interceptemos.

—¿Muchos viajeros ya detenidos?

—No son detenidos, doctor. Protegidos. Ustedes son los primeros. No es de presumir que hoy circulen muchos paisanos.

El doctor Stanfield explicó a las tres mujeres el «dispositivo» de seguridad. Parecieron ellas muy convencidas, tras haber oído el aplomo con que el sargento Puncher hizo sus alegatos marciales.

La ambulancia avanzó por el sendero y penetró en la bocana de la mina. Espaciosa, con encofrado a cinco metros de altura y prolongándose unos veinte metros hasta dividirse en ramales y en el pozo de profundización con su caja de descenso a modo de ascensor rudimentario. La ambulancia se detuvo a media bocana y sus cuatro ocupantes se apearon. La luz exterior era difusa allí y un generador alimentaba el sistema de iluminación interior, ahora apagado.

En la torreta, el cabo de maniobra, gemelos ante los ojos, avisó:

—Dos millas al norte, «jeep» avanzando.

El sargento alzó los prismáticos con telémetro que llevaba colgantes del cuello, mientras pasaba por la cuneta, rozando las cadenas delanteras. Enfocó, mientras el cabo de maniobra anunciaba:

—Cuatro «M. P.». «Willys», placa de Anduky, numeración oficial 3.

Y el cabo se dispuso a abandonar la torreta para ocupar el sillón de maniobra y de ametralladora giratoria. El artillero, por rutina, sacó el doble seguro del cañón.

El sargento ascendió por los resaltes laterales hasta introducir las piernas y tocar sus suelas las barritas metálicas que eran los peldaños-soporte.

Se ajustó el doble semiaro metálico con las planchetas vibradoras, al cuello. Pero, incomprensiblemente para sus dos oyentes, no dio la orden de maniobrar y dejar paso libre.

Apoyó una de las planchetas en su nuez. Y el cabo Gingold oyó en sus auriculares:

—Suelte la palanca, cabo. Gradúe a cero. Foco: norte. Objetivo: ruta norte.

El cabo, asido a las manijas de la culata, dirigió la ametralladora a la desierta carretera por cuyas curvas inferiores iba remontando el «jeep». Estabilizó la boca del arma en tiro rasante.

Bajó el sargento la otra plancheta, apoyándola sobre su nuez. En sus auriculares oyó el artillero:

—Cubra retaguardia. Foco: sur. Objetivo: ruta sur.

El largo y delgado cañón apuntó hacia el sur.

El sargento colgó del borde de la torreta el doble vibrador, junto al emisor conectado con los micrófonos de los dos tiradores.

Abandonando la torreta, bajó a la carretera, por el lado norte.

Dentro del blindado, el cabo murmuró:

—Ponch se ha vuelto tarumba, Tat. Tiene tantas ganas de zumbarle a alguien, que nos vamos a cargar cuatro polizontes, al menor descuido.

—Así les servirá de escarmiento, Gin. Los policías, a cazar ladrones y no a jugar a soldaditos.

—Estaría bueno que le pegasen la bronca padre a Ponch.

—No le vendrá mal. Ponch siempre se huele «fregado» a la vista, y disfruta horrores como jefe de ruta en dos millas a la redonda.

En la carretera, el sargento Jack Puncher alzó la diestra.

El conductor del «jeep» miró al sargento sentado en la banqueta posterior. Asintió el que llevaba en las hombreras las dos tirillas de tela *caki*, tensas por la cartulina interior, y con galón plateado.

El «jeep» fue frenando y se detuvo a unos quince metros del blindado.

Jack Puncher avanzó cinco pasos y declaró:

—Documentación, por favor.

El «M. P.», de los dos sentados en las banquetas posteriores, y que llevaba el galón de sargento, se apeó. En el brazal bajo las siglas de las dos mayúsculas, ostentaba el número 14. Ante el amplio pecho se mecía la metralleta colgada en bandolera.

A dos pasos de Puncher, exigió, impasible el rostro:

—Aparta esta chatarra —y señaló el blindado con la barbilla.

—Poco a poco. Mi consigna es parar el tráfico, número 14. Y mi carro se llama «Marisol». No es chatarra.

—Tendrás la consigna de parar a los paisanos. Si los dos orificios que tienes bajo las cejas no pueden divisar a tres pasos de distancia el galón de mis hombreras, que te destinen a pelar patatas con un rodillo.

—Hay extranjeros infiltrados, 14. Me llamo Puncher.

—¿Tengo yo pinta de extranjero infiltrado, Punchy? Tú y yo debemos ser del mismo barrio: Limehouse.

La mención de su humilde barrio londinense suscitó en Puncher una sonrisa nostálgica. El otro sargento reiteró:

—Aparta esta chatarra.

Era el léxico normal en un militar veterano. Pero Puncher era muy sensible en lo referente a su carro, al que había bautizado con el nombre de un hotel playero español, donde había pasado unas inolvidables vacaciones.

—La consigna es general para todos los que circulen por esta zona.

—¿Desde cuándo se le cierra el paso a fuerza aliada?

—La consigna es general para todos —repitió Puncher tercamente—. Sean polizontes o almirantes. Solamente tienen libre circulación las fuerzas con una misión señalada.

—Nuestra misión es acudir a Kuala, para restablecer allí el orden público.

—Enséñame la orden escrita.

—Un tanquista no tiene autoridad para exigirme a mí que le enseñe ni el forro de mis calzones. Tengo prisa. Punchy. Aparta tu chatarra.

—Mi carro se llama «Marisol».

—Pues aparta a tu «Marisol». Desgraciadamente, no podemos pasarle por encima.

—Aguarda un momento. Voy a consultar.

Puncher escaló su carro y Michael Burton regresó al «jeep», acodándose junto a Wilding. Desde la banqueta de atrás se inclinó Nolan.

—Tiene orden de cerrar el paso… Consultará por radio y le darán orden de «vía libre».

—¿Y si no? —quiso saber Nolan.

—Cada acción se supedita al movimiento del enemigo. Deja tu metralleta colgando, Red.

En la torreta, ajustándose el vibrador y el auricular conectado al emisor, rezongó Puncher:

—No puede uno exigirles los papeles a los «M. P.». Como son ellos los que siempre piden los papeles a los demás, se ponen quisquillosos… ¡Cabo! Enchúfeme con Rw-8. Prioridad.

El cabo manipuló en el panel de botones y conectó la recepción con el micrófono de torre. Añadió Puncher:

—Señala posición Carro 19-B. Sargento Puncher pregunta Mando: ¿los «M. P.», tienen libre paso?

Al oír la señal de sintonía del puesto de mando tanquista, el cabo emitió textualmente. La respuesta se demoró un instante y la oyeron el cabo y el sargento:

—¿Padece insolación, Puncher? Repita, pero con sensatez, su pregunta.

—Mi consigna —y habló lentamente Puncher, para que fuera repitiendo el cabo— es exigir la documentación de los paisanos y la orden escrita de marcha, de los militares. He detenido un «jeep» «M. P.», cuyo mando se niega a mostrarme la orden escrita de su misión.

—¡Los «M. P.», no llevan orden escrita! Sus traslados son urgentes. ¡Paso libre!

En la carretera, insinuó Nolan, brillantes los ojillos:

—La torreta está abierta. Unas piñas de mano y adiós barrera.

—Oído al parche, Red. Reprime tus instintos… combativos. Los soltarás,

únicamente cuando yo te lo indique.

Burton se separó del «jeep» y avanzó al encuentro de Puncher que, en la carretera y dándole la espalda, alzó un brazo y lo tendió hacia el sur. Movió el otro en cortos círculos.

El blindado emitió un ronco estridor, iniciando las revoluciones de su propulsor de norias. Volviéndose hacia Burton, dijo Puncher:

—Las consignas son las consignas. Paso libre, 14. Y tráeme un colmillo de tigresa bizca. Dicen que da suerte.

Agitó Burton la diestra en señal de despedida. Puncher volvió a la torreta y ajustándose el semiarco, fue dando breves numeraciones. El carro avanzó pesadamente el morro en diagonal. Retrocedió de cola y volvió a avanzar de lado.

Las cadenas en forma de noria seca, chirriaban, mientras con sus avances y retrocesos, ordenados por Puncher, iba creándose el espacio que permitiría el paso del «jeep».

Semejaba una tortuga prehistórica, pintada su caparazón de alegres franjas verdes y amarillas.

Sentado en la banqueta frente a Nolan, comentó Burton:

—La guerra no es pura matanza, Red, sino aniquilación obligada. Si una trinchera puede rendirse parlamentando, se intenta. Esto se llama táctica.

—A mí la táctica me tiene sin cuidado. Lo que importa es llegar pronto al barco.

—No debería tenerte sin cuidado, Red. Existe un artículo sobre fuerzas expedicionarias —y entornados los párpados, recitó Burton—: «El soldado que sin orden pertinente abriese fuego, habiendo sido impuesto en esta consigna prohibitiva, será sometido a expediente. En caso de reincidencia, será pasado por las armas». No reincidas, Red, no reincidas.

El carro iba adhiriéndose al muro rocoso de la colina.

—Todavía no, Chic. No hay paso suficiente. ¿Me comprendiste, Red?

—Sí, hombre. Pretendes que soy un soldado y que tú eres el oficial y que si disparo sin que me lo indiques, me pegarás un tiro… si es que te dejo.

Wilding se ladeó en su asiento delantero. Tocó en una rodilla a Nolan.

—Dijiste que aceptabas el trato, Red. Yo os doy pasaje. Burton nos conduce y se le obedece.

—¡Todo esto son sandeces! Lo que importa es llegar, como sea.

—¿Zumbándole a un carro, no? Dentro de este bote de conservas hay un cañonero y un ametrallador. Podrías lanzar tu granada con mucho tino, pero mientras, desde las dos mirillas, nos han convertido en polvo. Última advertencia, Red. Prohibitiva. No hagas nada que no te lo mande yo. Y usted, Wilding, no vuelva a actuar de abogado. Me basto y sobro para llevar la batuta. Ya, Chic. Suave. No te persigue nadie.

Desde la torreta, gritó Puncher:

—¿Queréis chapas de dosímetros? ¡Os servirían…! ¡Dyaks por todo el trayecto! ¡Buen viaje!

CAPÍTULO VI

Ondeó Burton la mano en despedida y alzó el cartón de la caja, sacando un frasco ya descorchado. Bebió al gollete, y chasqueando la lengua, dijo:

—Llegó la tuya, Red. Los dyaks son cándidos guerreros de lanza y machete. Para descabezar quieren estar cerca. No arrojan la lanza, porque el dyak que muere sin empuñarla va al lago de los cobardes. Si intentan acercarse demasiado, les zumbas. Tu zona de tiro es la de tu espalda.

Red Nolan se volvió en la banqueta, insertando el índice en el portagatillos.

—Wilding, su zona de tiro la carretera. Yo me cuido de mi cuneta.

—«¡Schfosi maledetto!» —exclamó Gardoni, frenando—. ¿Qué quieren aquellos tipejos indecentes?

A unos treinta metros, unos diez dyaks formaban una compacta hilera, interceptando la carretera. Presentaban sus lanzas, tendidas. Un escudo les cubría el lado izquierdo del pecho. Llevaban unos exiguos taparrabos y numerosos aros y collares de huesecitos.

—Quieren cortarte la cabeza, Chic. Nada más. No les dejes, ¿eh, tú, Chic? Acelera.

Wilding apoyó el cañón de su metralleta sobre el parabrisas. Nolan encañonó la cuneta derecha. Se acodó Burton en la respaldera izquierda. La hilera de dyaks distó unos quince pasos. A cada lado de la carretera, de entre la maleza, surgieron otras dos hileras. Eran los guerreros veteranos, reconocibles por el cinto del que colgaban algunas cabezas cortadas. Recientemente.

—¡Pisa a fondo, Chic! ¡Fuego!

El «jeep» vomitó fuego en forma triangular. El vértice era la hilera que iba barriendo Wilding en semiarco repetido. A cada lado disparaban Nolan y Burton. El primero en cortas ráfagas. El segundo, puesto el mecanismo de tiro en el engarce de bala por percusión.

Chic Gardoni, encogido casi bajo el volante, apretaba a todo gas. Pero el «jeep» parecía una canoa cabeceando contra un escollo en su quilla. Giraban sus ruedas de atrás, mientras las delanteras, independientemente, subían y bajaban, entorpeciendo su rodamiento.

Por fin cedieron paso los obstáculos humanos apiñados como peleles derribados en un «pim-pam-pum» de feria. El «jeep» escoró a una y otra banda antes de emprender su marcha normal.

Burton revisó el peine de munición. Cuatro disparos. Comentó:

—En la sacocha solo tienes cuatro peines de recambio, Red. Cada uno contiene cincuenta balas. Debiste ver que los negritos de los lados se

echaron atrás a la primera ráfaga de Wilding.

—Te metes tú mucho conmigo, Mike —sonrió Nolan, agresivos los ojillos bajo las peludas cejas.

Chic Gardoni, sudando copiosamente, trató de bromear:

—Estos carboncillos son tontos. Querían parar el coche con el pecho… ¡Ey, ey! —arrimó el «jeep» a la cuneta, frenando expertamente.

Un camión, distante unos cincuenta metros, acudía a toda velocidad, avanzando en zigzag y describiendo «eses» que abarcaban la ruta.

—¡Nos va a embestir «il figlio de cane!» —gritó Gardoni.

En pie, Michael Burton, encañonó como un tirador apuntando una pieza a ras de suelo. A la vez, advirtió:

—Disparo yo. Nadie más.

El camión distaba menos de treinta metros y sus ruedas tan pronto resbalaban a la izquierda como a la derecha. El del volante se mecía al compás del bamboleo.

—¡El bastardo está borracho! —rugió Nolan.

El disparo de Burton provocó un doble estampido al reventar el neumático delantero derecho. El camión se inclinó a la izquierda, patinó de lado y pareció a punto de volcar.

Siguió resbalando medio atravesado en la carretera. El conductor maniobró como un novato, acelerando y atrayendo el freno de mano. El motor emitió ronquidos de protesta y acabó por adoptar un brusco silencio. El conductor reclinó la cabeza sobre el volante.

Saltó Burton del «jeep» y con la metralleta en la diestra, indicó:

—Vigilad el toldo. Puede esconder gente.

A dos pasos de la carlinga, conminó:

—Aparte su chatarra y deje paso.

El del volante cabeceó lentamente. Los reflejos del sol arrancaban destellos rojos de su negro cabello. Con la punta del cañón alzó Burton un lado del toldo posterior. La caja de transporte estaba vacía.

El del volante divagaba con excelente acento de Oxford:

—Wabuan repleto de kulukais armados… Dispararon contra mí… No sirvió de nada ser un ingeniero capataz amable… No, Archie, no… Te está bien merecido… ¡Discursearles!… Si están ansiosos de beber sangre de colonos…

Burton inspeccionaba el motor. Halló la avería. Varias balas habían taladrado y segado. El camión había podido seguir, debido a la cuesta abajo. En llano, pasado el primer impulso, era ya un peso muerto.

Su conductor se había callado definitivamente, colgantes los brazos, reclinado el busto sobre el volante.

Desde el estribo, giró Burton el volante. Quitó el freno de mano y saltó. El camión siguió inmóvil, atravesado.

En un viraje, invisible desde allí, aparecieron tres camiones en fila

india. Sin toldos. Repletos de una confusa mezcla de individuos de piel oscura, manteniendo en alto sus fusiles recién adquiridos.

El creciente ronquido alertó a Burton que, volviéndose, gritó:

—¡Vira, Chic! ¡Media vuelta!

—¿Virar? —gruñó Nolan—. ¡Vamos al sur, no al norte!

En pie sobre el asiento, Wilding oteó. Sentándose, comentó:

—Tres camiones con unos cien kulukai armados. No con lanzas, Chic. Con fusiles.

Gardoni ya maniobraba con cierta brusquedad. Saltó Burton a la banqueta. Poniéndose en pie, inclinó Nolan el busto a un lado. Pudo divisar los camiones. Contó rápidamente. No eran pequeños salvajes místicos con lanzas que no arrojaban y machetes que mantenían adheridos al costado.

Los que acudían eran del tipo más civilizado, con armas de fuego y con jefes instructores en el arte de la guerrilla.

El «jeep» presentó el tren posterior y salió embalado. Resopló Nolan:

—¿Y ahora dónde vamos?

—Los del tanque se cuidarán de estos kulukais.

—¿Kulukais? —inquirió Gardoni, más tranquilizado.

—Nativos condenados a trabajos forzados. Los guerrilleros les han libertado dándoles armas. Fíjate bien que son presidiarios fugitivos, Red. Calcula sin esfuerzo la mala baba que tendrán.

—Y claro, no habrá más que esta maldita carretera para atravesar la isla.

—El tanque despejará el camino. Cuando lo avistes, penetra por el sendero a la derecha, Chic.

El «jeep» había encontrado menos dificultad para escalar la hilera de dyaks, aunque Gardoni encogió el cuello. Pero los dyaks supervivientes de los gurka y del «jeep» se congregaban en conferencia de guerra, entre la floresta al fondo del barranco, tras comprobar que de los ocho jefes y ciento noventa y siete guerreros atacantes, ya solo quedaban ciento once guerreros y ningún jefe.

Trataban de elegir jefes nuevos y había un problema; todos se creían con sobrados méritos.

El «jeep» penetró en el sendero conducente a la mina y se detuvo. Apeándose, se dirigió Burton al pie del blindado. Bajaba Puncher.

—¿Novedades, 14?

—Llámame Mike. Vienen tres camiones con unos cien, kulukai fusileros. Te sobra tiempo. Han de apartar un camión averiado. El chofer agonizó atravesando su armatoste.

Avanzó Puncher al recodo del sendero y señaló el «jeep»:

—Mete tu hojalata dentro de la mina, Mike. Déjame hablar. Aquí, ahora, mando yo.

—Todos quieren mandar. Esta es la pejiguera del ejército —comentó Burton.

—Esta es mi posición, y la defensa corre de mi cargo. Mi consigna es bloquear la entrada con mi carro.

—¿Te nombraron socio accionista de la mina?

—Dentro de la mina están la maestra de Wabuan, con las dos enfermeras y el matasanos. ¿Entendiste?

—O sea, que tú bloqueas la entrada del hotel y les vas a dejar paso libre a los kulukai.

—Señor policía, le suplico que se lleve su puerco juguete o se lo prensaré —y desde la carretera movió Puncher los brazos en señales de maniobra.

—Pareces un guindilla aparcando coches, Punchy —y regresando al «jeep», añadió Burton—: Red y Wilding, pie a tierra. Chic, lleva el «jeep» a la mina. Déjalo en la entrada, y vuelve.

El «jeep» recorrió la distancia hasta la bocana y penetró en ella.

—El carro taponará la mina. Dentro hay paisanos.

Los kulukai no van sueltos. Es una manada con pastores. Vi a un oficial malayo en la primera carlinga.

—Es decir, que no se dejarán barrer como dyaks —comentó Wilding.

—Desplegarán al primer pepinazo del carro y tratarán de ocupar este terreno —y señaló Burton el declive de floresta bajando al barranco, que daba frente a la mina, al otro lado del sendero—. Debemos impedirles que lleguen a ella.

Wilding se echó atrás el casco y replicó secamente:

—Declino el honor de que mi esquela diga: «Muerto por Brunei». No vine de recluta para defender el petróleo inglés.

—Y a mí tampoco me va ni me viene en este potaje. Allá ellos. No es mi guerra. Ya tengo la mía personal, Mike —aseguró Nolan.

—Ambas guerras son las tuyas, Red. Si los kulukai despliegan en esta ladera, montarán posiciones de asedio para reventar el carro, ¿comprendes? Nos tendrán sitiados para quitar el carro. Nos conviene pues apoyar al carro, para que nos despeje el camino.

Tardó Nolan un instante en asentir. El carro apareció en el sendero, tras maniobrar para poder tomar el viraje.

—Red y Wilding, a la bocana de la mina. Red, tu boca también la cierras, ¿eh? Porque eres un «M. P.». Chic, conmigo.

Gardoni miró a Nolan que afirmó con la cabeza, antes de irse a la mina acompañando a Wilding.

Gardoni silbó antes de decir:

—Ahí dentro hay dos nenas, puro merengue. Una rubia con un par de… ojazos de película. Y una morena que quita el hipo, Mike. Tienen calor y se pusieron cómodas. Oye, Mike, están…

—Calla, Chic. Eres un inglés, muchacho. Pero hablas como lo que eres.

—Sí que es verdad —sonrió Gardoni.

Se aproximó Puncher.

—La boca de entrada tiene cuatro de alto por cinco de ancho. Mi carro tapona, pero dejaré parapeto atrás, para vuestros canutos. No creo que los kulukai lleguen hasta aquí, pero la vista es la que trabaja, Mike. Subo a mí ático.

El carro siguió avanzando y al detenerse ante la boca bloqueó el acceso. Dejando entre su noria izquierda y la pared rocosa un espacio suficiente para el paso de una persona.

Burton se acodó en la cadena más próxima a la ruta. Señaló el otro extremo a Chic.

Por la carretera, en el recodo a unos ochenta metros, apareció el primer camión. Ajustando el vibrador, transmitió Puncher:

—Tres camiones, artillero. Objetivos 1; 2, 3. Punto de mira: 18 T - 22 V —y graduando el telémetro de los prismáticos, añadió—: Angulo de tiro directo: 20 C. Preparado, artillero.

A espaldas de Burton, murmuró Wilding:

—Conviene que se traiga a Red, Burton. Se ha plantificado en la entrada de una galería donde hay mujeres. Las mira con hambre y casi da asco.

Michael Burton se internó en la mina.

CAPÍTULO VII

El doctor Stanfield, junto al generador, leía los esmaltes escritos. Hizo funcionar las palancas y las bombillas protegidas por globos enrejados fueron encendiéndose.

En la ambulancia, Helga Gaylor y Luana Kingdom terminaron de mudarse. Salieron, vistiendo una blanca camisa, *short* y sandalias. Miss Parker volvió a decir:

—No creo que se prolongue tanto nuestra estancia aquí, doctor.

Stanfield se mesó la larga barba y dijo irónico:

—Hoy soy un decrépito y vetusto carcamal, maestra, pero por si lo ignoraba, fui capitán médico en varias guarniciones de la India, cuando la India era romántica y misteriosa. Conozco la soldadesca, simpática, pero eminentemente agresiva en su galantería. Por esto, les he señalado a las tres aquel ramal. Como sala de espera, salita de comadreo y lo que sea, pero protegida. Lleven allá unas latas de comida y jugos. Merienden.

Luana Kingdom, comentó:

—No hay soldadesca, doctor. Los del tanque no van a venir.

—Hágame caso. Todavía no chocheo. Usted, maestra, tienda su ala protectora sobre ambas doncellas. Yo voy a explorar las afueras.

El doctor Stanfield, desde el recodo del sendero, vio maniobrar el tanque y pasar el «jeep». Miró al sargento «M. P.», que era el más cercano a dónde se hallaba. El sargento, echada la cabeza atrás, bebía al gollete de un frasco.

Stanfield se acarició la barba y se erizó las dos puntas enhiestas del mostacho. Aquel perfil enjuto del sargento bebedor, de poderosos maxilares y sienes rojirubias, le era familiar, pero no lograba situarlo en el recuerdo.

La actual situación le evocaba sus tiempos de médico militar y paseando por el sendero remontó el pensamiento a la época en que era un animoso discutidor, rodeado de oficiales jovialmente cínicos, íntimamente románticos.

Oficiales que parecían tener el prurito de ocultar sus buenos sentimientos para alardear solamente de sus defectos. Su evocación pasó revista a las diversas guarniciones indias. Sonreía a veces, con melancolía. ¿Qué quedaba de aquel médico que se afeitaba a diario y se enzarzaba en constantes polémicas? Quedaba un cincuentón aburrido, misántropo y…

Truncó su filosofar el raudo regreso del «jeep».

Stanfield se internó en la mina y se detuvo ante el ramal, enrojecido por las cuatro bombillas, donde *miss* Parker y las dos enfermeras habían

habilitado una mesa plegable y varios sillines de tijera. Iban «merendando», introduciendo la cucharilla de plástico, directamente en los abiertos botes que cada una eligió. Miss Parker insinuó:

—¿Una taza de té, doctor? Dice Helga que en aquel aplique se puede conectar la tetera especial que trajimos de Wabuan…

—Se puede, pero no estoy para tés, maestra. Buen apetito. No, no tengo hambre, Helga. Ni sed. Ya bebí en la ambulancia. Tengo mi reserva especial. Me temo que se prolongue nuestra etapa. Saquen las camillas y podrán emplearlas como lechos.

—¿Hay alguna incidencia nueva, doctor? —preguntó *miss* Parker.

—Viene más soldadesca. Y recuérdenlo, muchachas. También usted, maestra. Podrán engatusar dyaks, pero les será imposible convertir y mantener en tímido admirador a un soldado, cuyo único pensamiento viene a ser: «Aprovecha todo lo que puedas, chico. A lo mejor, dentro de una hora comes malvas por la raíz». Sigan así, sin asomarse.

Se oían pasos, amplificados por la concha acústica de la bocana. Junto a la ambulancia encontró Stanfield a Nolan y Wilding. Este saludó.

El médico dijo, sin tender la diestra:

—Doctor Gerald Stanfield. ¿Cómo están?

—Magnífico, señor. Mi compañero Red, y yo soy Edgy. ¿Le cerraron el paso? —y con la metralleta señaló Wilding la ambulancia.

—Donde manda Marte, Esculapio se contenta con atender a los combatientes. Si no es secreto militar, supongo que su regreso obedece a imprevistos en el camino…

Red Nolan se había acercado al ramal del que brotaba un tenue resplandor rojizo. Apoyó la zurda en una viga y redondeó los ojillos.

La primera visión eran las torneadas piernas de Luana Kingdom, de perfil. La segunda, Helga Gaylor al otro lado, y enfrente *miss* Parker.

Red Nolan abultó los labios en mohín apreciativo. Luana Kingdom sonrió nerviosa. Helga Gaylor se envaró molesta, y *miss* Parker pensó que aquel pobre «M. P.», tenía un aspecto físico horripilante, con las faces de un chimpancé y los largos brazos de un orangután.

Y el silencio se prolongaba. Los ojillos brillaban y la mueca de los gruesos labios se hacía ya muy elocuente y desagradable para las dos enfermeras.

—Su ayuda, señor, la decidirá el sargento Mike —decía Wilding, alejándose.

Stanfield se aproximó a Nolan, que seguía en su muda contemplación.

—¿Desea comer o beber, amigo? —ofreció Stanfield, secamente.

Red Nolan le examinó vagamente y denegó con la cabeza. Reanudó su examen detallado. Inconscientemente, Stanfield palpó la culata en el amplio bolsillo de su sahariana blanca y avanzó por el ramal, tratando de disipar el «clímax» de malestar que imponía la torva presencia muda de

aquel extraño policía militar.

Apareció Burton. Miró de soslayo, vio las tres mujeres y el médico. Tocó con la punta de los dedos el borde de su casco.

—Red, hay un sitio para ti, esperando. Allá. Gracias, Red.

Nolan se arrancó al poste con un suspiro y guiñó un ojo al pasar junto a Burton. Este dio frente al ramal.

—Usted es el sargento Mike —sonrió Stanfield—. Le presento a *miss* Parker, Helga Gaylor y Luana Kingdom. Me llamo Stanfield.

—Deseo que sea breve su alto en el camino, *doc*. Excusen a Red. Es un poco primitivo y se emboba con frecuencia.

—¿Puedo ser útil en algo, sargento?

—No creo que tengamos que recurrir a usted —y sonrió Burton—. Puede que oigan ahora un poco de ruido, pero habrá pocas nueces. Hasta luego, señoritas y doctor.

Al cabo de un instante de irse Burton, murmuró Luana:

—Debo tener los nervios de punta, pero el primero me pareció un *gangster* y este, aunque guapo, tiene una sonrisa de lobo y pupilas de tigre.

—Vamos, vamos —recriminó Stanfield—. Son guardianes del orden.

Y el doctor pensó nuevamente que aquel rostro le era conocido. Aquellos ojos fosforescentes, los incisivos agudos, la sonrisa sin alegría… ¿Dónde, cuándo…? Era tanta la gente que había visto desfilar que se le hacía difícil situar identidades y lugares.

—Wilding, vaya con Chic —pidió Burton.

Anduvo el inglés de lado para salir y dirigirse al otro lado. Burton se colocó junto a Nolan, acodados los dos sobre la cadena.

En la carretera, el primer camión se había detenido. Solo se divisaba el guardabarros derecho del segundo. El cañón del tanque enfocaba como un largo catalejo al primer camión.

Ladeado el rostro, masculló Nolan:

—¿Por qué no avanzan?

—Los jefes de sección saben que el tubo del carro les puede sulfatar granadas explosivas, rompedoras, Red. Si tienen sentido común, saben que no pueden pasar sobre ruedas.

—¿Y vamos a estar así hasta cuándo?

—Posiblemente, hasta la noche, en que desplegarán y tratarán de hacer volar en pedazos esta chatarra. Faltan unas dos horas, aproximadamente, para la luz de la luna.

Allá en el viraje, de la carlinga del primer camión se apeó cautelosamente el del volante y tras él lo hizo su acompañante. Ambos, protegidos por el lado del camión, quedaban casi invisibles desde la mina.

El del volante pasó al segundo camión. El otro también llevaba botas militares, largo bombacho y chaleco verde sobre el desnudo torso moreno. Pero su gorra plana de oficial llevaba tres pequeños galones de plata. En el

fajín de mallas de plata, enfundaba un corvo sable y en la diestra esgrimía una «Parabellum».

A su imperiosa señal, los kulukai de la caja posterior, más que agacharse se prosternaron apiñados. El líder malayo apostrofó al segundo camión:

—¡Marcha atrás! ¡Comunicad!

En la torreta, el sargento Puncher siguió oteando por sus lentes. Ordenó:

—¡Objetivo 1! ¡17-18-19 T! ¡Andanada! ¿Preparado?

Retrocedía ya el tercer camión, y el segundo iniciaba su movimiento de retirada.

El primer disparo brotó con un ruido grotesco, como el producido por una bolsa de papel, hinchada, reventándose bajo una palmada. Se prolongó en pitido y formó un penacho rojo al estallar estruendosamente en el centro de la carlinga del primer camión, perforando y abriéndose en cimera multicolor de metralla rompedora.

El blindado repercutió a cada retroceso del cargador de recámara. Nolan se adhirió más a la pared, imitado por Burton, que dio una cabezada de aprobación destinada al artillero.

El segundo y tercer cañonazos casi simultáneos al primero, redujeron a astillas el resto del camión, cuyos ocupantes, casi la mitad habían logrado correr a la curva protectora atendiendo la señal de su jefe, antes de restallar el primer pitido.

Los otros dos camiones ya no se divisaban. Una hoguera calcinando restos metálicos, de madera, humanos y caucho, señalaba el sitio donde poco antes había un camión con dieciséis hombres esperando turno para saltar a tierra. Saltaron por el aire unos, y otros se destrozaron proyectados por la expansión hacia el ardiente asfalto.

Los tres líderes malayos, reunidos, decidieron que era preciso esperar la caída de la noche para poder seguir su ruta, en refuerzo de los sitiadores de Anduky. Primero tenían que planear la destrucción del blindado.

De la torreta bajó el sargento Puncher, levemente ufano. Dijo Burton:

—Eres un lince, Punchy.

Tocó Puncher sus prismáticos:

—*Herr Zeiss-Ikon* no falla. Rayitas que se cruzan y blanco impepinable a esta corta distancia, sobre un objetivo inmovilizado —y mirando la declinación solar, añadió—: Tendremos un par de horas de tranquilidad. Hazme un favor, ¿quieres? Uno de los tuyos, vigilando la esquina, por si llegan cafres del norte.

—Red, a la esquina. Tendido. Si vienen por el sur, alzas la herramienta a un lado. Si vienen del norte, levantas el brazo al cielo. El norte es tu espalda, ahora. Te relevarán dentro de una hora.

Nolan se alejó bamboleándose y rezongando entre dientes. Dijo Puncher:

—Parece algo encabritado tu «M. P.», Mike.

—Y tiene razón. Le pagan para circular y ahí lo tienes… Clavado en una mina. Voy a echarme algo al buche. ¿Te apetece, Punchy?

—Nos sobra la pitanza, Mike. Hasta luego.

Ascendió nuevamente Puncher y en la bocana caminó Burton hacia el «jeep». Al reunírsele Wilding y Gardoni, indicó:

—Usted ocupe el sitio donde estaba antes yo, Wilding. Le relevaré dentro de una hora.

Burton hurgó hasta extraer su frasco. Bebió un sorbo y lo tendió a Chic, que bebió ansiosamente. De una caja metálica, bajo la banqueta, extrajo Burton una lata de carne. Hizo girar la navecilla de apertura en torno a la base. Y pinchó con el cuchillo de ancha y corta hoja.

Comiendo mermelada de fresa, boca llena, dijo Gardoni, pastoso, señalando con el cucharón el panel del «jeep»:

—Una «Zenith» Transoceánic, Mike. Yo pensaba comprarme una, mira por dónde… ¡Eh, tú, Mike…! —y con el cucharón señaló hacia el ramal—. Solo me asomé un segundo, pero, *¡mamma mía!*… Agárrame la Rossana Shiaffino y la otra Rossanna, y ahí las tienes.

—En el desierto, un cactus nos parece un rosal, Chic.

—Asómate tú y verás cómo son rosales las dos con pantaleta. La de lentes, quizá en bañador, vete a saber…

Burton se aplicó la hoja de acero a plano sobre los labios y Gardoni calló.

El doctor Stanfield salía del ramal y aproximándose, comentó:

—Los tres cañonazos resonaron mucho aquí dentro y alarmaron a las Evas. Opinan que no tengo conocimientos militares como para tranquilizarlas. Le ruego que les explique que no hay el menor peligro, Mike —y Stanfield guiñó un ojo.

Asintió Burton impasible, señalando con el cuchillo lo que le quedaba en la lata. Y también asintió el doctor. En las guarniciones de la India, Gerald Stanfield, capitán médico, iba siempre afeitado impecablemente. Su cabello, por entonces clareaba, pero era rubio. Hacía ya quince años… Y entonces, tenía veintiocho años un capitán de ojos fosforescentes, fácil sarcasmo amable, cabello rubio rojizo… Un capitán que no era de Academia. En Dunkerque, año 40, Michael Burton era cabo de. Infantería. En África del Norte fue sargento. En Sicilia ascendió en el propio campo de batalla, en plena acción. En el avance hacia París, ya era capitán.

Un capitán «chusquero» decían los otros oficiales, para irritarle. No lo lograban, porque Burton replicaba siempre lo mismo: «Envidia, lechuguinos. Yo me gané a pulso lo que vosotros tuvisteis que estudiar».

Gerald Stanfield acababa de «localizar» al ex capitán Burton, cuya íntima historia en sus varias versiones le merecía mucho respeto. Y decidió callarse. Recordaba la «manía» de aquel capitán: «Si todo el mundo

practicase la religión del mutuo respeto, si nadie ofendiera a nadie, la tierra sería casi habitable».

Dijo en tono campechano Stanfield:

—A mí podrá revelarme la verdad, Mike. ¿Estamos sitiados?

—Lo estaremos por la noche, pero no copados. Los del carro tienen bengalas y cajas de pepinos que tocan a un hombre y hacen papilla a los seis que le rodean.

—Y los sitiadores tendrán «nafta y cordita».

La expresión de argot militar sorprendió a Burton, que pinchando la última loncha de carne, miró fijamente a Stanfield.

—Para ser médico, habla usted como un soldado.

—En la penúltima Mundial del 40, anduve por varios frentes.

—Entonces, no caben paños calientes. Es lógico que los atacantes traerán botellas de gasolina y explosivos con saquito y mecha. Pero es como ponerle un cascabel al rinoceronte… Hay que acercarse y con evitarlo nosotros, no hay problema.

—La ladera frente a la mina es boscosa y dista apenas ocho metros del blindado… Bueno, bueno, bueno… La estrategia para ustedes.

Burton bebió al gollete, se enjuagó la boca y rebuscó en la cajetilla de cigarrillos sacada de la provisión de Gardoni, que cruzados los brazos sobre el volante, intentaba dormitar, sin lograrlo; pensaba en las dos enfermeras y en su imaginación las veía con dimensiones «Cinemascope». En el ramal, las tres mujeres examinaron, cada una a su modo, al que acompañaba al doctor, que decía:

—El sargento Mike es el técnico. Cuando quieran, empiece el turno de preguntas.

Luana Kingdom veía en Burton un atleta maduro, apuesto y sombrío. Le gustaban los atletas desde los dieciocho años a los cuarenta y cinco. Sonrió amablemente, ahuecándose el negro cabello:

—Aquí dentro, en este túnel, aumenta la sensación de peligro, sargento Mike. Si los guerrilleros de Murko logran arrasar la «Herzbloem», se dispondrán a avanzar hacia Anduky, ¿no es verdad?

—Será difícil que logren su objetivo. La factoría está bien defendida.

Helga Gaylor veía en Burton el símbolo de la rudeza impasible, un clásico policía veterano. Preguntó:

—Eran camiones con kulukais armados, ¿verdad?

—¿Tiene usted un periscopio instalado aquí? —inquirió Burton inmutable.

—Me acerqué a la salida y pude ver el viraje… Creo que los kulukais pueden llegar a comportarse peor que los guerreros de la jungla.

—Se han retirado y no podrán entrar aquí —y mentalmente, Burton encontró agradable la presencia física de la rubia enfermera. Pero… sentía resquemor contra cualquier mujer; bellos aspectos, dulces parlas y mente

tortuosa, destructora.

Para *miss* Parker, aquel recio varón uniformado era como un protagonista de novela romántica; su rostro era como una máscara que encubriese una íntima tragedia. Hizo ella su pregunta:

—En conciencia, señor, ¿somos o no somos nosotros los responsables de estas matanzas?

Respingó el doctor:

—Maestra, dele alpiste a sus cotorritas y peine su canelo. Tengo que aclararle, Mike, que *miss* Parker, una excelente profesora para párvulos, tiene propensión a un delirante romanticismo. Considera buenos a todos los seres humanos y afirma que el peor criminal es un corderito si le hablan como es debido.

Miss Parker solamente poseía una sonrisa; dulce y ensoñadora, aun cuando pretendiera ser tajante en sus frases.

—Afirmo rotundamente, doctor y señor Mike, que inconscientemente hubo torpeza en el cumplimiento de nuestra misión, ya que estamos viendo los resultados. Provocamos rencor en seres de naturaleza innata sin maldad. ¿Puedo rogarle su opinión, señor Mike?

—Es mi hora de reposo —dijo Burton, dejándose resbalar sobre la espalda. Flexionó las piernas, y al quedar adosado en la pared rocosa, bajó el barboquejo y dejó caer el casco a su nuca—. Un ruego, profesora. Llámeme Mike. Y una afirmación. Algo hay de cierto en lo que usted dice.

Burton parecía mirar muy lejos, a pesar de estar contemplando a *miss* Parker.

—Un militar no debería emitir sus opiniones particulares, pero en privado, puede exponer sus dudas. Mencionando el posible error con los nativos, profesora, me recordó a un chaval que corría por mí barrio, yendo de puerta en puerta. Canturreaba un refrán sobre su mamá enferma, su papá inválido y sus cuatro hermanitos menores. El chaval tenía once años, cuando iba recogiendo pocos peniques, porque Limehouse es un barrio pobre, y cuando todo el mundo hizo aspavientos al saber que aquel chaval le había atizado una tanda de puntapiés y puñadas nada menos que a un concejal.

Michael Burton entornó más los párpados. Su áspera voz era persuasiva, porque contaba su propia experiencia infantil.

—El concejal se hacía cruces ante el tribunal de menores. Había dado un chelín, todo un chelín, al ingrato arrapiezo. El tribunal opinó que aquel crío terminaría mal, porque aparte dar puntapiés a su bienhechor, se encerraba en un mutismo inquebrantable. No quiso exponer que el concejal al darle el chelín le había dicho: «Tus padres son unos miserables gandules que te hacen mendigar». Y aquel chaval, desde entonces, consideró que el peor delito era ofender. ¿Moraleja, profesora?

—Los franceses tienen su refrán: «No importa lo que se da, sino la

manera como se da». Usted ha creado la semblanza, Mike. Hemos llegado a tierras sin civilizar y les hemos dicho, no con palabras, sino con nuestra altiva actitud: «Sois unos pobres gandules miserables y os vamos a dar un chelín». Y ellos han ido acumulando rencor, heridos por la falta de cariño.

—Exacto, maestra —ironizó Stanfield—. Y ahora, según usted, ¿qué debemos hacer? ¿Salir con palmas de olivo y tortolitas?

La polémica se inició, animada. Burton escuchaba y catalogaba: Luana Kingdom, coqueta insensible a argumentos profundos; Helga Gaylor, aparentemente más sensible; la maestra, sincera y buena. El doctor, superficialmente sarcástico, íntimamente condolido.

En la bocana, Gardoni se aproximó a Wilding. Murmuró:

—Me aburro ahí dentro. Voy a darle palique a Red… ¡Ey! Eh, tú, Edgy… ¿Por qué está tendido tripa abajo Red?

—Por si desde aquel viraje alguien disparase.

—Ah, concho… Entonces, voy a pegar una carrerilla.

Chic Gardoni corrió y vino a tenderse al lado de su amigo, que gruñó:

—Hola, chico. Estoy hasta la coronilla. Tras aquel viraje hay montones de fulanos que atacarán esta noche, porque quieren pasar. ¡Que les dejen pasar, maldita sea! Y así podremos pasar nosotros. Esta noche, aquellos bestias se desparramarán a pie por el barranco, subirán entre los brezales y atacarán. Y nosotros, según el becerro de Mike, a jugar a héroes. No, señor. Ni hablar. Que no cuente contigo ni conmigo.

Chic Gardoni apoyada la barbilla en sus antebrazos cruzados, dijo:

—¿Tuviste la gran idea, eh, tú, Red?

—En este potaje vamos a separar el caldo de las lentejas. Tú hazme caso a mí, y cuando te diga, «arrea», arreas. Voy a hablarle a Wilding. No sé cómo reaccionará. Si tengo que cargármelo, lo haré sin ruido. Luego liquidaríamos a Mike y los tanquistas.

—Eh, tú, Red —protestó Gardoni—. El naviero es Edgy. Si te lo cargas, nos quedamos en tierra.

Red Nolan se dio una palmada en la frente.

—¿Crees que tengo manteca tras la frente, pequeño? Cuando nos cambiamos de ropa, vi a Wilding colocándose un cinto sobre la misma piel. Lo sacaría de su almacén. Lleva dentro billetes largos. Y con billetes largos, cualquier piloto nos dará pasaje, Chic. Fíjate en lo que te digo: si aquel carro en vez de estar ahí, se largase detrás de la colina, todos aquellos bestias pasarían tranquilos, sin incordiar, ¿comprendes?

—Pues, sí y no.

—Ni falta que hace.

—Tú mismo, Red, dijiste que nos hacían falta guías…

—Ya no. La bahía Rip Van Dale está al sur y los tanquistas tienen un mapa detallado. Dile a Wilding que venga, que tengo que hablarle de algo muy importante.

Preparando su levantamiento para emprender el sprint, dijo, de pronto, Gardoni:

—¡*Peccato!* ¡Ya no me acordaba que tú serviste en tanques! —y silbó Gardoni admirado, antes de lanzarse a correr hasta cubrirse tras el blindado.

Acarició las chapas metálicas con afecto. Red tenía razón. Aquel era el transporte ideal, a cubierto de todo riesgo, con el dinero de Wilding y el mapa de los tanquistas.

CAPÍTULO VIII

El rostro zorruno del inglés ostentaba una mayor inexpresividad, cuando se detuvo al lado de Nolan.

—Dice Chic que quieres hablarme de algo muy importante.

Nolan, levantándose, especificó:

—Vamos a hablar en plata. ¿Qué prefieres? ¿Defender la mina o llegar a Australia?

—Ambas cosas se relacionan. No podemos seguir adelante, mientras tras aquel viraje haya un centenar de fusileros kulukai.

—Conviene aclarar un punto, Wilding. ¿Te importaría mucho dejar atrás a Mike?

—¿Vivo o muerto? —quiso saber Wilding con leve sonrisa.

—Como elija él mismo. Repito, ¿te importa o no?

—Empiezo a tener neurosis de guerra. No me agrada esta espera del ataque de un enemigo superior en número, fanático y que echará toda la carne en el asador. ¿Por dónde apuntas, Red?

Y Edgar Wilding se rascó el mentón con el pulgar.

Los ojillos desvaídos del *gangster* acechaban, al decir:

—Yo fui tanquista del 43 al 45.

Y ahora fue Nolan el que se rascó la barbilla, pero con el cañón de su metralleta. Wilding cerró casi por completo los párpados. Quería ocultar el repentino brillo de sus ojos.

—Tú puedes atraer al sargento tanquista, Edgy. Yo pido visitar el interior del carro. Por curiosidad, ¿comprendes?

—El sargento te dejará. Eres un colega. ¿Y entonces?

—Entro. Me cargo, sin mucho ruido, al maniobrero y al artillero, Edgy. Tú deja seco al sargento tanquista…

El sargento Puncher, desde la torreta, gritó:

—¡Cuerpo a tierra!

Wilding y Nolan obedecieron instintivamente.

Los dos kulukais que acababan de aparecer en la curva, apuntando sus fusiles, dispararon. Sus plomos rebotaron a media altura en la esquina rocosa.

Desde el tanque, la ametralladora abrió fuego en corta ráfaga.

Los dos tiradores kulukai se inclinaron y parecieron saludar antes de caer de bruces.

Levantándose, Red Nolan corrió a parapetarse, seguido por Wilding. Procedente de la galería, Burton contempló alternativamente a los dos que jadeaban en busca del resuello normal.

Desde la torreta, Puncher comentó, burlón:

—Tus dos pipiolos formaban una pareja tentadora en la esquina, Mike.

Expuso Wilding:

—Fui a relevar a Nolan y dispararon desde el viraje.

—Vamos al «jeep». Charlaremos —y Burton avanzó por la bocana recientemente iluminada, subiendo en la banqueta de atrás.

Tras el volante, bromeó Gardoni.

—¿Nos vamos a casita, Mike?

Burton señaló con el mentón el asiento delantero y la banqueta enfrente.

—Cada cual en su sitio, compinches.

Wilding se sentó ladeado, junto a Gardoni. Nolan, al instalarse en la banqueta frente a Burton, preguntó hoscamente:

—¿Vamos a jugar a la brisca?

—La corneta tocó a «teórica», Red —y también, como los demás, hablaba Burton en voz baja—. En tiempo de guerra se lee mucho: «Estaba previsto por el Mando». De tanto repetirla, es frase ya sin sentido, pero tiene mucha miga Red. No basta tratar de adivinar lo que hará el enemigo, sino pensar como el enemigo, y…

La metralleta colgando del hombro de Burton, quedó de pronto horizontal y su apagafuegos se hincó en el estómago de Red Nolan, que parpadeó, permaneciendo muy quieto.

Introducido el índice en el portagatillos, añadió Burton:

—Si alguno se pone nervioso, Red, te mueres el primero.

Nolan ladeó con lentitud la cabeza, interpelando a Wilding:

—¿Tu compadre está loco o qué?

Wilding continuó impasible exteriormente. Miraba con fijeza el tenso perfil de Burton.

Chic Gardoni alzó poco a poco su diestra, deslizándola pechera arriba, desde el cinto.

—Baja la pata, Chic. Hay un retrovisor, muchacho. Tu cogote lo tengo tan a tiro, que sería un abuso. A tu amigo Red no tengo que mirarle. Ya le puse la pupila en el buche.

Chic Gardoni volvió a colocar la diestra sobre su cinto, mirando al espejo retrovisor con mueca rencorosa. Prosiguió Burton:

—En determinada época tuve que mandar un grupo de «rijkas». Unos indios montañeros, rebeldes y traicioneros. Como tú, Red. Para sobrevivir, tuve que retorcer mi seso como si fuera el de un «rijka» o un Red, y casi podía adivinarles la mala intención.

Apoyadas las dos velludas manos en la banqueta, Red Nolan elevó los ojillos al techo abovedado, como impetrando resignación ante la injusticia.

—Como no les podía decir a los «rijka» que peleasen a la mayor gloria de la patria, les manifestaba: «Todas las aves de corral y las máquinas de

escribir y coser que rebañéis en el cuartel que vamos a tomar por asalto, serán vuestras». Atacaban con gran entusiasmo. Y nunca les di la espalda. Iban a mis lados y me respetaron desde el día en que uno dijo que yo, puesto a pensar, era tan bandido como ellos. A ti te di la espalda un instante, Red, y ya andabas tramando algo. Contéstame, Red.

El cañón se hincó un poco más en el estómago de Nolan, que encorvándose, refunfuñó:

—Tú eres un sabihondo. Yo no tramaba nada.

—Casi me fiaría de ti, Red —y el cañón pasó a tocar la sien de Wilding —. No me fío ni un pelo de usted, Wilding. Manos quietas, todos.

La metralleta volvió a quedar colgante del hombro de Burton, que alzando la voz, manifestó:

—¿Qué tal, *doc*? Excúsenos, pero intercambiamos opiniones estratégicas, ¿comprende, *doc*?

—Ah, bien, vuelvo a mí gallinero, entonces —sonrió Stanfield.

El médico pasó nuevamente junto a la ambulancia y desapareció en el interior del ramal.

Burton parecía tener el pulgar inserto en la sisa rodeada por la correa de la metralleta. Bajó nuevamente la voz.

—Me enternece vuestra profunda atención, soldaditos. Ya sé que ninguno de vosotros quiere ser héroe. Yo tampoco. Pero no nos queda más remedio. ¿Qué plan tienes para evitarlo, Red? Habla claro. Si tu plan es hacedero, seremos cuatro vivos y no tres muertos. Yo también quiero llegar a mejor tierra.

Intervino Wilding, rápidamente:

—Red me propuso preguntarle si usted quiere estudiar un plan seguro.

—¡Cómo no! Adelante, Edgy.

—Cuando sea de noche, atacarán. Podrán o no terminar con nosotros. ¿Por qué no nos apoderamos del tanque?

—Porque Punchy no nos dejaría. Tendríamos que asesinarles a sangre fría, y ni somos asesinos ni sería en legítima defensa, Edgy. Usted mató para defender su cuenta bancaria. Homicidio comercial. Yo maté para defender mi poesía contra la ofensa de risotadas de escarnio. Homicidio literario. Estos dos yanquis mataron para enriquecerse. Homicidios muy corrientes.

—El tanque significa llegar salvos a puerto, Mike —gruñó Nolan—. Yo sé manejarlo.

—Mientras haya atacantes rondando en asedio, Red, recuerda la gasolina y el explosivo. En cualquier cuneta, echados, aguardan y saltan una noria. Luego es coser y cantar. Reptan y echan gasolina por las rendijas. Los de dentro arden, se abrasan y se encogen achicharrados como calamares a la plancha. Luego estallan como cohetes humanos. Peor que la cámara de gas, Red.

Miró Burton de soslayo a Wilding.

—Usted pasó dos veces por aquella curva. Habrá tres camiones parados y centinelas por las cunetas o entre la arboleda. Mal sitio para un movimiento táctico de avance en una lata. Y a corta distancia, el cañón no sirve. Mi plan es el único bueno. Aguantar aquí y exterminar el obstáculo. Iremos liquidando a los que ataquen y seguiremos camino tranquilamente. Y ahora, compinches, sabemos los cuatro que cuando yo vuelva la espalda, intentaréis liquidarme. Pensadlo. No es táctica. Si disparáis aquí dentro, Punchy os aguarda de portero. Se pondría furioso por esta insubordinación.

Rio Burton. Encogió el cuello Gardoni.

—Bien, compinches, ya que reina un completo acuerdo de convivencia, declaro levantada la sesión. Pie a tierra y pasemos a la galería de nuestra izquierda.

Apeándose, preguntó Nolan, ceñudo:

—¿Qué le pasa a la galería izquierda?

—Tiene raíles, vagonetas, mucha tierra, sacos, palas… Una excelente materia prima, Red.

Los cuatro pasaren al largo túnel abierto en corto ramal de entrada y que doblándose en «T» bifurcada en dos largas galerías de rieles, con vagonetas espaciándose bajo el encofrado.

—Ya sabéis lo que es un saco terrero, soldados. Mejor defensa que un tanque. Tu ramal es el derecho, Red. Tu ayudante es Chic. Para evitar que trabajéis como jumentos, os explicaré el sistema «stajanof».

Una tenue sonrisa, crispada, entreabrió los labios de Wilding. Proseguía Burton:

—Con la pala acabáis de rellenar de tierra las vagonetas. Tienen una palanca que gradúa la inclinación del volquete. Uno presenta sacos abiertos. La vagoneta, en volquete, rellena. Vacía la vagoneta de tierra, se cargan en ella, los sacos llenos. ¿Comprendido, Red?

—¿Cuántos sacos?

—Veamos… Un parapeto que impida a los que suban por la ladera que puedan pisar el sendero ni la carretera, y no puedan acercarse lo suficiente al tanque. Dos líneas de sacos, a oeste y este del carro. Una en el borde de la ladera. Cada línea será doble. Las vagonetas descargadas y cinco sacos superpuestos. Cien sacos bastarán. Usted y yo a la galería izquierda, Wilding.

Wilding se dirigió a la prolongación señalada. Añadió Burton:

—Es un trabajo sucio, pero nos salvará el sucio pellejo, Red. Las vagonetas nos cubrirán, mientras alineemos los sacos. Si de noche no hay sacos, tendremos que dar el pecho, Red. Vuelvo enseguida.

Burton avanzó por el corto ramal de comunicación y desapareció. Gardoni dio un codazo a Nolan. Este gruñó:

—Apechugando, chico. Un buen parapeto es necesario. Luego, ya veremos. No te preocupes. Ya me cargaré yo a ese… sabihondo, cuando sea el momento. Lo tengo en pepitoria.

—¡Vaya trabajo más indecente! —se quejó Gardoni.

Pero echaron paladas de tierra a las vagonetas, con ardor. Había vagonetas a medio llenar ya, con pedruscos terrosos, destinados a pasar por los canjilones de la cadena lavadora.

En la bocana, palmoteó Burton la chapa blindada. Se asomó Puncher en la torreta.

—Vas a tener que apartar tu «Rolls» cuando venga la fila de vagonetas, Punchy. Te haremos un marco de sacos terreros a tu frente, popa y proa.

—¡Caramba, no digo que no! —sonrió Puncher ampliamente—. Para ser un polizonte, tienes talento, Mike.

—Voy a explicarles a mis tres colegas que no podrán abandonar el espacio incluido entre parapetos y tu carro. Si lo hicieran, sucumbirían a una muerte deshonrosa… ¿Cómo se llama huir del enemigo, Punchy?

—Chaqueteo. Abandono de servicio ante el enemigo. Fusilamiento en el acto, como una especie de ley marcial, Mike.

—Eso es. Al que quiera chaquetear, le largas la ley marcial. No son soldados, pero han de serlo, ¿verdad, Punchy?

—¡Claro, Mike! Maniobro para cubrir vuestro jardín.

En los dos ramales comunicantes, la polvareda era intensa. Venteaban los paleadores agitando sus saharianas a modo de toallas. Apareció Burton.

—Un instante de reposo, compinches. Tenéis que saber que existe pena de acribillamiento, que Punchy, el jefe tanquista, aplicará. Aquel que chaquetea y no se parapeta, cantaban los cometas, tragará plomo por el lomo. Una vez colocado el marco defensivo, lleváis latas y botes de provisiones. Y ya estáis en el fortín, donde no pueden entrar los que vengan de fuera ni pueden salir los que estén dentro.

Red Nolan alzó un dedo y puso cara de colegial al decir:

—¿Pipí, mi general?

Chic Gardoni rio ruidosamente. Red era un tío gracioso…

—Aquí tienes letrina. Pero al caer la noche, ya encontrarás huecos entre sacos y vagonetas. No podéis iros para nada del parapeto, Red. Entraréis de servicio apenas montado el atrincheramiento. Saldréis cuando no quede un solo kulukai o el sol nos ilumine.

—Este es el cuento del padre prior —afirmó Gardoni—. «Dice el padre prior que trabajéis, que luego comeremos».

Sonrió Burton. Incisivamente.

—Me elegisteis mandamás, Chic. Ocupo el puesto de Mando. Es decir, apenas haya acción, mi trabajo es acudir al sitio más atacado. Voy y vengo, ¿eh, tú, Chic…? Y ahora, ya somos cuatro para palear, cargar, transportar y construir.

La tierra fue enmascarando sus semblantes y convirtiendo en parduzcas sus ropas.

Cuando las vagonetas y los sacos crearon la doble barricada de tres lados, Nolan y Gardoni se sentaron de espaldas a los sacos, fatigados. Resoplaban, mirando frente a ellos el tanque. En la otra esquina, les imitó Wilding.

Burton entró en la bocana y yendo a la galería de rieles, sumergió el busto y el rostro en el canjilón central de agua artesiana.

Fuera iba oscureciendo. La noche caía rápidamente sobre la isla.

* * *

La jungla, bruñida a trechos por fugaces resplandores lunares, parecía un mar moviente. En el denso azul del cielo las nubes originaban largos intervalos de oscuridad. Y entonces, la fauna emitía con mayor insistencia sus monótonos fraseos.

Piar de aves multicolores, silbidos de reptiles, gruñidos de fieras… Ramitas tronchadas crepitaban en el hondo silencio de la barrancada.

Chic Gardoni ya iba acostumbrándose al concierto nocturno. Apoyado el cañón de su metralleta entre dos sacos formando mirilla, murmuró:

—Eh, tú, Red… Se me antoja que llevamos más de dos horas aquí.

—Y más. No hay prisa, chico. Los del tanque los verán antes que nosotros y darán el aviso. Descansa, pequeño. Siéntate ya, de espaldas y muy tranquilo.

—Tú estás así de fresco, porque ya te chupaste una guerra, pero yo entonces, ¿sabes qué era? ¿A que no?

—Monaguillo.

—*¡Sbagliardo!* ¿Cómo lo adivinaste?

—Lo confesaste una noche que empinabas mucho el codo. Tiene guasa la vida, Chic. Mientras tú tirabas de sotanas, yo andaba rodando en tanque por llanuras italianas y luego por praderas francesas… Aquella sí que era vida, muchacho… Fulano que se me ponía a tiro, le zumbaba yo patas arriba. Era sentirse dueño de todo… No tenías preocupaciones de pagar el hotel ni buscarte mozas… Eras el amo. No lo puedes comprender, Chic. Eras muy niño entonces.

Y Red Nolan miró a lo alto de la colina enlutada por la noche.

—Pedí enrolarme en tanques, porque me gustaba. Avanzabas aplastando. Todos corrían despavoridos. Los mismos «cazalatas» se lo pensaban antes de arrimarse. Era delicioso… No sé cómo explicártelo… Como si estuvieras bien protegido dentro de tu cueva, de donde nadie te iba a sacar vivo, donde nadie podría entrar, porque tú los reventabas a todos antes. Como un hogar, Chic. El mejor hogar que nunca tuve.

Y Red Nolan suspiró nostálgico, contraído el simiesco rostro.

En la jungla, una fiera emitió un prolongado quejido.

Chic Gardoni quiso también contar algo heroico:

—Yo tenía catorce tacos de calendario, cuando los alemanes se retiraban en desbandada de Italia. Eran jabatos, ¿sabes? Algo bestias los veteranos, y no sé por qué me impresionaban. Sabían que estaban perdidos y se retiraban en busca de sus madrigueras, cantando canciones de esas que ponen los vellos de punta, Red. Yo liquidé a uno, desde lo alto de un molino…

Gardoni cerró los ojos. El concierto de la jungla era ya como una parte más de la noche… De vez en cuando, el largo tubo cañonero del tanque describía un lento giro en semiarco. La boca de la ametralladora le imitaba en sentido contrario.

—Es como si lo viera, Red, aquel alemán que vino arrastrándose a tenderse en el pajar del molino. Estaba ya frito. Mis amigos se habían ido y yo no quise seguirles en aquella caza. Bajé a ver al alemán. No era un veterano, sino un mocito de unos dieciséis años. Chapurreaba italiano y me pidió agua. Le di vino, que era lo que tenía más a mano. ¿Sabes por qué le di vino en vez de escupirle, Red? Porque sonreía como un bobalicón y a la vez lloraba. Y mientras viva, recordaré lo que me dijo… Me dio pena, Red.

—Siendo tú un mocoso, no hay mal en ponerse tierno, Chic. ¿Qué te dijo?

—Que se llamaba Helmuth y que en su pueblo, un nombre largo que sonaba a trueno, quedaban solamente mujeres y viejos arrugados. No sabía que estaba frito. Y eso que tenía un boquete en el pecho, Red.

—Esto se llama «entumecimiento». Había tipos con una pierna menos, y tardaban media hora en esterarse. Sigue.

—El tudesco me dijo que apenas llegase a su pueblo le iban a sobrar novias. Iba a ser el único macho. Lo que añadió, fue lo que me reventó. Dijo serio, pero mirándome con afecto: «Tú no matarás a Helmuth. Seremos hermanos, porque la paz viene ya… La siento… Somos hermanos…» Me sonrió, y palmó. Se llamaba Helmuth. Y el balazo que tenía en la pechuga, fui yo… Mi primer tiro, Red.

Le tembló un poco la voz a Gardoni. Nolan se rascó la sien. Gruñó:

—Piensa en otra cosa. Olvídalo. Si no hubieran los kulús esos, ni este puerco tanque, Chic… Tú y yo íbamos a visitar al par de mozas allá dentro. Te dejo la morena, Chic… La rubia para mí —y tras pronunciar varios piropos de grueso calibre, añadió Nolan—: Desde que he visto a la rubia, me tiene obsesionado, pequeño.

—De acuerdo, Red. Pero la morena está jamón también… Oye, nunca le hice la rosca a una inglesa. Mi primo Natale decía que es un cuento eso que dicen que son frías —y Gardoni se palmeó los costados—. Hace fresco, ¿eh, tú, Red…? Oye, mira al inglés. El muy becerro, durmiendo.

—Duerme tú un poco. Ya te despertarás cuando vengan los kulús.

Edgar Wilding intentaba dormir, sin lograrlo. En el 40 había logrado

enchufarse en una oficina de Defensa Civil, en Londres. Su familia logró salvarle de ascensos y frentes. Y se reía él, internamente, al oír las historietas de los combatientes en permiso.

Una la recordaba muy bien. Aquel borrachín con tres pasadores de decoraciones, contando que no se enteraba mientras corría hacia adelante o hacia atrás, entre explosiones y zumbidos.

En cambio, decía que la espera era inaguantable. Estar pegados a un muro en un pueblo a medias tomado, o a la trinchera que iban a abandonar. Viendo pasar camilleros con sus cargas sangrantes. Y en el puente, o en la bocacalle, o en la zona de nadie, los proyectiles y zumbidos cruzándose…

Era una agonía esperar el toque de silbato dando la orden de atacar. En aquella demora, el miedo tomaba el ascensor de bajada, y del cerebro pasaba a la nuez, se llevaba la saliva, estrujaba el corazón, ahuecaba el estómago y llenaba de retortijones las tripas.

El más templado, como el menos valeroso, ansiaban oír la señal de salir corriendo al ataque, a asaltar lo que fuera, pero llegar pronto a lo que llamaban «objetivo a tomar».

Y aquella angustiosa espera ahora la vivía Wilding. Sentía las crispaciones de falsa hambre en el estómago, alternando con suaves pellizcos bajo el ombligo.

Tenía un presentimiento; terminaría grotescamente, como una rata atrapada en un cepo. Iba a morir en un conflicto absurdo, tras unos sacos terreros, en un rincón perdido de la jungla de Brunei. ¿Por qué? ¿En defensa de qué?

Michael Burton aproximándose, se acodó en el parapeto. Comentó:

—Una noche plácida. Buena para ellos. Luna avara y tardan en venir.

—¿No estaba previsto por el Mando? —inquirió Wilding, ácidamente.

—No actúan como fuerzas regulares. Si se dirigían a Anduky, pueden haber decidido esperar refuerzos desde la colina «Herzbleem». ¿Sabe lo que es una descubierta, Wilding?

—Sí, y bórreme de su lista, si pensó llevarme a mí. Aquí, por lo menos, hay sacos protectores. Y un tanque que impresiona a los salvajes.

—Si fuésemos a mirar hasta el viraje y no hubiera nadie, podríamos seguir nuestro viaje, Wilding. ¿No es lo que anhela?

—Llévese a Red, que es ex combatiente. Y por si no hay nueva ocasión de ser endiabladamente sinceros, Burton, ¿puede contestarme a una pregunta? ¿Por qué nunca aceptó en Anduky el empleo que yo le ofrecía?

—Porque supe que usted procedía de buena familia, tuvo estudios y heredó un buen dinero. Un dinero decente que usted ensució. Lo que puede ser perdonable en un Red Nolan, no tiene excusa en un Edgar Wilding. Llámeme puritano y opine que soy la sartén diciéndole al cazo que se aparte, porque le mancha. Pero ya que pide una endiablada

sinceridad, óigala; usted pudo ser un comerciante correcto y eligió ser un distinguido canalla. Es mucha degradación, señor Wilding.

—Ya me juzgó. Atrévase a juzgarse a sí mismo, capitán Burton.

Burton escrutaba la pendiente de la ladera ahondándose en espesa vegetación. No había enemigos a la vista, ni infiltraciones humanas por entre árboles y cañaverales.

—Yo, señor Wilding, de un correccional salté a un cuartel, como pinche de cocina. Ascendí a corneta y tragué muchos libros. De corneta escalé hasta oficial. Si me degradé, no fue por ambición de dinero. Si me degradé, fue por hartura de mala suerte. Dos veces intenté un hogar. Dos veces fracasé. Y me convertí en un lastimoso borracho. Aun así, trazando curvas por las playas de Anduky, me consideraba yo todo un gran señor comparado con usted. Teniendo hambre, señor Wilding, acepté bazofia de un cocinero chino, amable y decente. De usted, hubiese vomitado la langosta que me ofrecía.

—¿Por qué? —y la expresión de Wilding condensaba íntimo rencor.

—Porque usted le dijo a una bailarina que yo era un imbécil orgulloso que lamería su mano, cuando usted me diera el cargo de jefe de almacén. No le vapuleé entonces, porque los chinches huelen mal cuando se aplastan.

—No lloraré si le matan, Burton —sonrió Wilding.

—No bailaré sobre sus despojos. Pero será porque desconozco los bailes modernos. Hasta luego, Edgy.

Se dirigió Burton junto a los dos otros centinelas, y acodado, dijo:

—Ya sabes lo que es una descubierta. Red.

—Andabas tú a gatas cuando ya hacía yo descubiertas con mi tanque.

—Sí. Yo andaba a gatas porque era de Infantería, Red. Ahora la descubierta no sería con tanque, sino a pecho limpio. Tú quieres llegar pronto a Australia, ¿no? A lo mejor, nos pasamos la noche en vela y allá, tras aquel viraje, no hay nadie. Pudieron retirarse, unirse a los del Murko, sitiando la factoría petrolera…

—Y pueden también esperar la hora «mustia» —dijo Nolan.

—Cierto.

—¿Qué hora es esta, la mustia? —inquirió Gardoni, perplejo.

—La que precede al amanecer. Los nervios se han ido tensando, afilados por la espera nocturna, y rondando el amanecer, las facultades se embotan. Duerme, Chic, y no te embotarás. Tu obligación no es permanecer despierto ahora, sino cuando los atacantes llamen a la puerta. Entonces les dirá que no hay paso, en el idioma que todos entienden: el de las balas.

—¿Qué es una descubierta? —indagó Gardoni—. Ya sé que pregunto más que un juez sordo, pero quiero ilustrarme para la próxima greña.

—Descubierta es salir a tantear el terreno, cuando no se sabe fijamente por dónde anda el enemigo. Se avanza con cautela, aprovechando todos los

parapetos naturales.

Si no dispara nadie, es que el enemigo no está ahí, tras la curva.

—Sí, ya… ¿Y si disparan?

—Entonces, hemos descubierto que el enemigo está ahí. Es un servicio voluntario, Red. ¿Vienes?

—No me apetece. Pero puede ir Chic contigo.

—¡Ey, ey! Los veteranos sois vosotros.

—Vete con Mike, chico. No corres peligro. Mike sabe el terreno que pisa.

—Por esto precisamente, Red, no quiero dejarte a solas con Edgy. Os darían malas ideas al estar juntos, tramando necedades. Voy adentro, Red. Si cambias de idea, me llamas.

Una de las mirillas del tanque acechaba. Los otros dos tanquistas dormían.

La jungla ondulaba removida por la brisa.

CAPÍTULO IX

En el «jeep», se acomodó Burton en la banqueta de atrás. Bebió lentamente. El doctor Stanfield se aproximó.

—Un escocés de primera el «Bayllantine».

—¿Un sorbo, *doc*?

—Y también dos —sonrió Stanfield, asiendo el frasco. Tras beber, expuso—: Inyecté un sedante a mis dos enfermeras. Estaban nerviosas. La maestra, en cambio, pimpante como una rosa de plástico. Se siente como una tórtola protegiendo pichones. Siempre anhela proteger a los demás, ignorando que ella está muy indefensa, porque es pura, como Eva antes de brindarle a su varón la dulce fruta. No existen en el mundo dos *miss* Parker.

—Ya que usted lo dice, y siendo un misógino… —se interrumpió Burton.

Fingió Stanfield no haber oído el último calificativo. Dijo:

—Todos los extremos son perniciosos. La maestra rezuma buena fe por todos sus poros y desconoce el humano lindero entre lo sensato y lo irreal. Quería quedarse sola en Wabuan protegiendo su escuela a base de palabras cariñosas. Hablando de otra cosa, Mike… Esta quietud me desagrada.

—Antes de la tempestad, oprime la calma. Los kulukai debieron ir por refuerzos decisivos. Baterías, *doc*. Y si así fuese, no le doro la píldora. Las mujeres y usted sobrevivirán si llegan refuerzos de Anduky.

—Y en Anduky ya tienen sobrado quehacer. Oigo la radio y dan partes confusos… Ya conoce el léxico: «Pronto serán dominados los focos rebeldes». La orden general es que las fuerzas permanezcan defendiendo sus posiciones. Lo cual significa que no podemos esperar refuerzos.

Una extraña sonrisa distendió el enjuto rostro de Burton. Miraba fijamente a Stanfield, que empezó a sentirse molesto.

—Agradezco su discreción, Gerald Stanfield. El cascarrabias Jerry, le llamaban por las vertientes del Himalaya. Usted también me reconoció y guardó silencio. No me preguntó cómo era posible que un ex capitán convertido en dipsómano, apareciese de pronto transformado en «M. P.».

—Yo estoy ya muy de vuelta de los convencionalismos, Michael Burton. Y sin embargo, siempre seguiré creyendo que un hombre que supo bregar con nobleza podrá, por la fuerza de las circunstancias, dar tumbos, pero su fondo noble siempre prevalece.

Burton hizo una mueca escéptica. Stanfield varió de tema.

—Nos salvamos de los nazis y de los levantiscos indios, Mike. Y venimos a encontrarnos aquí en esta gruta. ¿Refugio o tumba?

—Una tumba es el mejor refugio, *doc*.

—Es grotesco que se vierta tanta sangre a cambio de sucio petróleo. Mientras existan subsuelos con nafta, pulularán guerras de mayor o menor calibre. Las habrá mientras quede una gota de nafta bajo tierra.

Asentía Burton. Aquel tema ya lo desarrollaba Stanfield en las guarniciones, donde los oficiales acogían con risas y abucheos sus argumentos.

—En torno a un lago de apestoso aceite, los paquidermos monstruosos de nuestra era, tanques, aviones, submarinos… vienen a beber, con succiones ruidosas, formando remolinos. Los tanques, obesos como hipopótamos, hunden sus lenguas de acero en las sucias olas y, tras saciarse, dan la vuelta y van a escupir llamas sobre hileras de jóvenes belicosos.

—Y sobre manadas de kulukais, que si le agarran le harán rodajas, *doc*. Le consta que disiento de su parecer. Un Gobierno o un pintor de brocha gorda nacido en Austria, declaran la guerra, pensando que si bien morirán muchos, los demás que queden en su país vivirán mejor, dominando.

—¿Dominando a los otros? —gruñó Stanfield—. Aprendamos antes a dominarnos nosotros mismos.

—Yo no supe dominarme, ¿verdad, *doc*? No, no, ya sé que no lo dijo por mí… Cuando allá en los preciosos montes de Cachemira me llegó el rumor de que Evelyn, mi esposa, de frívola pasó a ser desleal, no supe dominarme, en efecto. «Seamos británicos —susurraban mis compañeros entre sí—, seamos caballeros». No supe.

Gerald Stanfield alargó una mano, decidido a palmotear el crispado puño de Burton, en gesto amistoso. Retiró la mano, sin consumar el ademán. Tosió, rebuscó su pipa y pidió:

—Deme un pitillo, Mike. Sus confidencias me honran, pero si ya colocó un esparadrapo en la cicatriz, no lo arranque.

—Nunca pude conversar con alguien cuya honestidad yo reconociese, doctor —y tendió Burton un fósforo al médico—. Las llagas se encarnizan si no se airean, *doc*. Aprovecho para airearlas. Regresé de los verdes montes bucólicos sabiendo ya que era cierto. Evelyn había sido desleal. Pedí mi licencia y así, de paisano, no deshonré el uniforme. Obtuve el divorcio, y así no cometí la vileza de golpear a la mujer que yo elegí como posible madre de mis hijos. Golpeé a una ramera llamada Evelyn.

Burton hablaba como un alucinado.

—Al dejar yo de ser oficial y esposo, fui a visitar a la ramera Evelyn. Deplorable, *doc*, deplorable. Un caballero británico nunca debe golpear a una mujer. Estuve preso seis meses, por lesiones y fracturas inferidas a mí ex esposa.

—Tal vez Evelyn no quiso… no creyó causarle tanto daño.

—Es posible. Usted la conoció. Una exquisita orquídea. Y yo la

idolatraba como un perro basto que reverencia a un perrita de lujo. Cuando la golpeé no era para desahogarme físicamente tan solo, *doc*. Era para hacerme más daño a mí mismo, para curarme por siempre de todo intento de romanticismo. La poesía no puede ser compartida con una mujer, *doc*. Son todas ellas prosa, mucha prosa.

—O nosotros no supimos acertar en la elección, Mike. Por cada Evelyn, habrá miles de mujeres buenas.

—Eso mismo me dije yo al conocer a Clara Bendix. Sí, la maté ayer… Volví a repetir mi error; suponer en ella lo que no tenía. Pedir de ella lo que solo yo poseía; ansia de afecto, de humano calor y de ternura compartida… La sorprendí en brazos de un encopetado millonario. Y ambos cometieron un grave desliz; ofenderme queriendo pactar… Ella dijo que yo debía ser sensato, y él me ofreció unos miles de libras, para empezar una nueva vida… Hice algo vergonzoso, *doc*. Lloré.

El médico tosió, miró a un lado, al otro, y buscó en vano una respuesta.

—Y el encopetado millonario, comprador de cuerpos y almas, se confundió. Ella también. Pensaron que el agua salada de mis pestañas era muestra de flojera y cobardía… Sonrieron.

Aplastó Burton bajo el tacón su colilla.

—Hace poco un centinela me dijo que estas horas tensas provocan una endiablada sinceridad. La mía obedece a otra circunstancia. No tengo escape posible, porque no quiero huir. Lo decidí ya. Pero tampoco quiero irme de esta triste tierra sin que alguien, una persona buena como usted, sepa por lo menos que, si bien maté, no soy un asesino.

—Bien… Usted es libre… Hay horizontes lejanos y el sufrimiento ennoblece y puede rescatar… En fin, no debe hablar como si pensase morir próximamente.

Sonrió Burton y ya no era un rictus.

—O sea que soy libre y hay horizontes lejanos. Le dice esto a un aparente policía militar, *doc*.

—La radio transmitió hace media hora un aviso de la Comandancia «M. P.», desde su cuartel provisional. Recontados los «jeep», faltaban dos. Uno lo encontraron volcado, muertos sus ocupantes. Un comerciante denunció un robo en su hangar, y el subteniente Nigel examinó varias prendas chamuscadas. Dos camisas hawaianas, un traje de lino irlandés, un pantalón tejano con dos iniciales… En fin, dedujeron que los cuatro fugitivos escaparon en un «jeep» «M. P.».

—¿Y sabiéndolo, no nos denunció al sargento tanquista?

—De los otros tres, usted me responde. Y ante quien sea, yo respondo de su caballerosidad, Burton —y carraspeando añadió Stanfield—: No admito su alusión a que no tiene usted escape, Mike. Vamos, vamos… No debe abandonarse a la fatalidad.

La diestra de Burton se apoyó en el hombro de Stanfield y presionó. Al

retroceder, la mano señaló la abertura protegida por el tanque.

—Si emplazan baterías, el tanque tendrá que movilizarse. Usted y su ambulancia con el cargamento de hembras saldrán pitando hacia Anduky. Mis tres compinches y yo cubriremos su retirada.

—¿Y si no emplazan baterías?

—Acudirán refuerzos ingleses de Anduky. En ambos casos, *doc*, yo me quedo por la jungla. Por lo menos, habré sido útil, ya que mis restos nutrirán la vegetación. Quizá de mi carroña nazca un rosal. No me dé el pésame. La muerte, para mí, representará un gran reposo. Ande, vaya a reposar, *doc*.

Apeándose, Stanfield iba a irse. Regresó sobre sus pasos.

—Un hombre no tiene derecho a suicidarse, Burton. Si existe el menor resquicio de luz, debe ir a él.

—Tal vez, muy lejos, en algún lugar ultraterreno, exista un paraíso que no supe hallar en la tierra, *doc*.

Tras la ambulancia, *miss* Parker, oyendo la conversación desde su inicio, ocultándose a instantes el rostro entre las manos, se deslizó hacia la galería.

—Me honré en volverle a ver, Burton. Confiemos en un futuro mejor. Buenas noches.

Al entrar en la galería, caminaba Stanfield cansinamente, entristecido. Las dos enfermeras, en las camillas, dormían plácidamente.

Miss Parker fingía leer. Gruñó el médico:

—¿Otro novelón de capa y tizona, maestra? Usted es un caso. Llora leyendo estupideces contando que la marquesa de Pompadura, defiende su honor marchito contra los embates del conde Capuyeto. ¡Viva un poco su propia vida! Esto es lo que le hace falta. Si yo tuviera veinte años menos, ya le enseñaría a vivir, maestra.

—¿Cómo? —preguntó ella sin malicia.

—Corramos un tupido velo. ¿No piensa dormir?

—No puedo, doctor.

—Yo voy a roncar un poco. Si oye ruidos raros, me despierta.

⋆ ⋆ ⋆

—Eh, tú, Red… Por allá se mueve algo —y tendió Gardoni la metralleta hacia el viraje.

También el tubo del tanque dirigía su ancha pupila hacia el viraje.

Frotándose los ojos, Nolan escrutó y dijo desdeñoso:

—Han avanzado un poco un camión. Y quería Mike hacer una descubierta… Nos hubiesen asado. Vete a llamarle, chico.

Corrió Gardoni al tanque, llamando:

—¡Eh, tú, Mike!

Apareció Burton dirigiéndose hacia el parapeto. La masa del radiador y la carlinga avanzaba, destacándose en la oscuridad de la carretera. Desde la torreta, asomando y enfocados los prismáticos, avisó Puncher:

—Nada de precipitaciones. No es un camión kulukai. Es un «Hartley» petrolero, con la cruz roja y no lleva a nadie atrás. Avanza lento.

Se dirigió Burton hacia el parapeto lateral dando hacia la carretera. Se le reunieron Nolan y Gardoni. Comentó Wilding.

—Si este camión inglés ha pasado, es que se fueron los kulukai.

—Solamente dos rubiancos delante y nadie atrás —anunció Nolan, jubiloso.

El camión sanitario de la factoría petrolera distaba unos veinte pasos. Desde la ventanilla ondeó la mano uno de sus ocupantes, gritando en perfecto inglés:

—¡No estéis allí parados! ¡Id a la «Herzbloem»!

Wilding escaló el parapeto y avanzó:

—¿No hay kulukais por la carretera?

—Vinieron a reforzar el ataque, pero los echamos atrás. Pudimos encontrar un sitio para salir y vamos en busca de sueros, plasmas, medicamentos… Escasean ahora en la factoría.

—Dentro de la mina hay una ambulancia con farmacopea y médico —anunció Wilding.

Y volviéndose, manifestó:

—Que abra paso el tanque. En la factoría necesitan la ambulancia. Le daremos escolta, ¿no, Mike?

Desde la torreta intervino Puncher:

—Avisaremos al doctor y las enfermeras.

El camión, asomando el morro en el sendero, se detuvo.

—Tranquilo, Red —aconsejó Burton—. Déjate de apartar sacos, por ahora.

Al otro lado de los sacos y vagonetas, rebatió Wilding:

—Son ingleses y van en busca de botiquines. La ambulancia estará allí mejor que aquí. Hagamos paso y sacaremos el «jeep».

—*Okey!* —aprobó Nolan, apartando un saco, que Burton volvió a empujar.

Aproximándose, dijo Jack Puncher:

—La consigna exige la documentación. Vaya uno de vosotros a pedirla.

—¡Ya voy yo! —se impacientó Wilding, que dando media vuelta avanzó hacia el camión. Dijo—: Rutina, muchachos. El tanquista quiere ver vuestros papeles.

—Tómalos, pero que aparten ya el parapeto. La ambulancia ha de salir cuanto antes para la «Herzbloem».

Llevó Wilding las dos carteritas, tendiéndolas por encima del parapeto. Puncher, cogiéndolas, proyectó en ellas el haz de su linterna.

—Son dos practicantes de la petrolera.

También miraba Burton, que susurró:

—Alerta, Punchy… Vuelve al tanque…

Puncher le miró. Aviesamente, sin rastro de cordialidad. «Lleno de recelo —pensó Burton. Habría oído, seguramente, el mensaje que captó el doctor…»

—¡Aquí mando yo! —silabeó Puncher.

—Lo cual no impide que este carnet tenga una mancha de sangre reciente.

—Son practicantes, y andan entre heridos…

—Las fotos, Punchy. Allá, los dos rubios, no tienen estas caras.

De repente, Puncher corrió hacia el tanque. Susurró Burton:

—Wilding, adentro.

El camión embaló súbitamente y el que estaba al lado del volante disparó su pistola metralleta.

Se agacharon Burton, Wilding, Gardoni y Nolan.

Jack Puncher se tambaleó, llevándose las manos a los riñones.

Se irguió Burton para lanzar una ráfaga en rociada y arrodillarse de nuevo.

El parachoques delantero del camión chocó contra vagonetas y sacos.

—¡Atrás, Chic! ¡Corred! —gritó Burton, y retrocediendo abría fuego.

Red Nolan y Chic Gardoni estaban ya tras el tanque.

La ametralladora del tanque astillaba la parte visible del camión, cuyas ruedas pugnaban por escalar, empujando. El del volante estaba muerto. El otro, acurrucado, empujó una palanca en la batería colocada en el estribo y saltó a tierra, pretendiendo huir. La ametralladora del tanque crepitó, clavando en el sitio al que huía.

Burton, arrodillado tras el tanque, se cubrió la nuca con el casco. Le imitó Gardoni.

La explosión retumbó con brusca llamarada vertical, elevando por los aires y lateralmente el desintegrado camión, retorcidas vagonetas y rasgados sacos terreros.

El estruendo repercutió por la barrancada tupida y la colina minera se estremeció en su pared roquiza cercana a la carretera.

Nolan y Gardoni, tendidos boca abajo, permanecían inmóviles.

También permanecía inmóvil, sobre un costado, el sargento Jack Puncher.

La explosión amenguó como el eco de un lejano tronar.

Donde antes estuvo el camión dinamitado, se abría ahora un cráter.

CAPÍTULO X

El tanque seguía dirigiendo su cañón hacia el viraje lejano.

El doctor Stanfield, depositado su maletín junto al cuerpo de Puncher, rasgó la tela de la sahariana y la camisa. Miró a Burton, arrodillado al otro lado del cuerpo, y denegó con la cabeza, señalando con la pinza-tenaza los tres orificios letales.

Puncher iba delirando:

—No son «M. P.»… Esta canción, es… No saben Gin y Tat que la radio anunció… Cierro, cierro. Cuatro asesinos fugados. «Muévete, Irene»… Avisé Anduky, cuatro…

Stanfield taponaba con gasa en simulacro piadoso de imposible curar.

—Mike parecía noblote… Somos puercas sardinas, Tat… Cambio carro buen uso por tractor… ¡Madre!

Jack Puncher emitió un suspiro de hondo alivio.

Stanfield apoyó dos dedos en los párpados del muerto. Cerró el maletín. Nolan, junto al parapeto con brechas, buscaba. Acercándose, Gardoni se estremeció señalando un punto entre una vagoneta y dos sacos.

Un fulgor de luna iluminaba el mutilado cuerpo de Edgar Wilding, aplastado y empotrado.

—Lo atropelló el camión —sentenció Nolan—. Se salvó de volar porque le atrapó hincado. Sácale el cinto de la piel, Chic.

—Hazlo tú, Red. Necesitamos el dinero, pero… era un compañero, Red.

—A veces tienes remilgos de monaguillo —gruñó Nolan, inclinándose. Apartó los dos sacos, hasta poder palpar la masa ensangrentada del torso.

En pie, Burton murmuró:

—Vaya a tranquilizar a su tropa, *doc*.

—Celebro que fracasase el intento de hacer volar el tanque.

En la torreta asomó el cabo Gingold y dijo roncamente:

—No puedo cuidarme de Ponch, sargento. Por si asoman los kulukais…

—Yo me ocupo, cabo. Lo llevaré a la ambulancia. Si vienen refuerzos ingleses, Punchy podrá descansar en tierra inglesa. No le gustaría ser enterrado aquí.

—No, claro que no, sargento —y Gingold volvió a desaparecer.

Burton, entre sus brazos, levantó en vilo a Puncher. Lo tuvo que elevar sobre su cabeza, al pasar de lado el estrecho margen entre tanque y pared.

Nolan extrajo una franja de cuero oscuro y rojizo. La limpió sobre un saco, por el cual pasó también las manos, y dijo:

—Ya tenemos el pasaje pagado, Chic.

—No he acabado de entender qué se proponían los del camión. Eran

ingleses.

—También lo era Wilding. Los dos que volaron estarían con los kulukai o los fueron a buscar. El truco era bueno. Traían documentación de ingleses muertos en la petrolera y vinieron pidiendo ambulancia. Si hubiéramos abierto paso para la ambulancia, colaban el camión, se largaban y el tanque saltaba en menudillos.

—Ah, ya… El camión estaba trufado con dinamita. Yo mismo me formé un taco pensando que podían ser cañones disparados por los bestias indecentes que no nos dejan salir ni pasar. Vaya nochecita, Red.

—Ya queda menos.

—¿Sí, eh? Mientras andabas buscando el cinto de Edgy yo estaba cerca del tanquista palmando. Avisó a la policía que estábamos aquí. Los otros dos tanguistas no se han enterado. O sea, Red, que si no nos trinca la bruja nos jeringa la bizca.

—A ver si nos entendemos, pequeño. No tiene nada de escamante que el tanquista dijera que cuatro «M. P.», estaban aquí.

—Palmando, lo dijo claro: «Cuatro asesinos fugados». A poco que puedan, mandan dogos por nosotros. Medita a fondo, Red.

Red Nolan empezó a meditar en lento paseo bamboleante.

En el interior de la ambulancia, Stanfield había desalojado de cajas la camilla superior, pasándolas a la otra.

En la lona encajada en sus soportes, tendió Burton el cuerpo de Puncher.

—Me pareció notar la ausencia de uno de sus tres acompañantes, Mike —dijo Stanfield.

—El camión lo atropelló, incrustándolo en el parapeto. Voy fuera, *doc*.

En la penumbra, Gardoni y Nolan parecían dos centinelas concienzudos, apoyados en el agrietado parapeto.

Burton contempló el cráter, mientras ondeaba un blanco lienzo, que tendió en el suelo. Atrajo con esfuerzo la masa sanguinolenta, envolviéndola en la mortaja que fue tiñéndose de granate.

—Perdió el control con el ansia de llegar a puerto —comentó Burton—. Los dos rubiales del camión formaban parte de la banda que vendía armas a los nativos. Armas que importaba Wilding.

—Pareces acechar el tanque, Mike —insinuó Nolan.

—Los de dentro estarán comunicando al Mando la muerte de Puncher. Les dirán si se mantiene la consigna o hay paso libre a Anduky.

—¿Y si hay paso a Anduky?

—La ambulancia se irá y el tanque recibirá nueva consigna.

Dentro del carro, el cabo Gingold cerró la conexión y meneó la cabeza.

—Vaya papeleta, Tat. Todavía no hay vía libre. Cada puesto debe mantenerse a toda costa…

—Ya lo oí, Gin —y Tackeray acarició las manijas de la culata

ametralladora—. Tú mandas ahora, Gin.

—La orden tiene bigote. Apresar a los fugitivos asesinos, cuando la ocasión sea propicia, pero sin exponer la vida de los paisanos.

—¿Cómo no nos dijo nada el pobre Ponch?

—Debió calcular que ellos defenderían esta posición por la cuenta que les tiene. Encañónales la sulfatadora, Tat. Me asomaré a decirles que han de rendirse.

—Son tres asesinos con sulfatadora, Gin. Si te asomas te fríen, antes que pueda yo barrerlos. La ocasión no es la propicia, Gin.

—Entonces, esperaremos a que se presente…

Resonó la palmada exterior y escaló Gingold los aceros horizontales.

Desde abajo, preguntó Burton:

—¿Paso libre vía Anduky?

—Todavía no. La consigna es mantenerse a toda costa —y cerró Gingold.



—Casi me fiaría de ti, Red

Burton regresó al parapeto.

—Ya lo oísteis. Podéis elegir entre seguir aquí o agarrar el «jeep».

—¿Eh, cómo? —y ladeó Nolan la cabeza, como si estuviera sordo.

—Te vas a poner a pensar. Red, y saldrá lo fatal: una bestialidad. Tú, Chic, estabas cerca del tanquista cuando aludió a nosotros. El tanquista que ahora se asomó ya no era el amable y deferente soldado, sino un juez severo. Pero no nos matarán a sangre fría, Red. Son soldados. Hombres normales.

—Antes dijiste que podríamos agarrar el «jeep» —masculló Nolan—. Pero el tanque no nos dejará salir.

—Si sabes jugar al póker, echa el resto, Red. Yo voy dentro. Vosotros dos os llegáis al tanque y llamáis, diciendo que vais a hacer una descubierta en «jeep», hasta la esquina. Los del tanque dirán sí o no. Cabe la posibilidad de que digan que sí, pensando que los kulukais pueden ahorrarles la papeleta de tener que vigilaros.

—Si nos dejan paso, ¿qué hacemos Chic y yo con el «jeep»?

—Buscad el sitio por el cual podáis escapar. Lo cierto, Red, es que a los del carro ya no los pillas de sorpresa.

—¿Y tú por qué no vienes con nosotros?

—Por la sencilla razón de que no me apetece.

Burton, inclinándose, levantó entre sus brazos el fardo oblongo, cuyo blanco lienzo era ya de color rubí.

—Un momento, tú —conminó Nolan—. El trato fue que nos llevabas.

—A ti, Red, no te llevo ni al infierno. Porque eres un cerdo desgraciado, Red.

La metralleta de Nolan, tensada la correa en el hombro, dirigió su mira hacia el pecho de Burton, entre cuyos brazos, el fardo iba adquiriendo flacidez por sus dos extremos.

—A mí nadie me insulta sin llevarse su merecido, inglés.

—Insultarte es imposible. Red. Hay matices que se te escapan. Wilding iba a ser tu compañero de fuga. Se muere y en vez de primero darle mortaja, lo que haces es limpiarle la bolsa. Es una pena, Red, que no sepas siquiera ser hombre, con un compañero. ¿Necesitas el dinero? Conformes. Pero Wilding necesitaba mortaja.

—¡No era mi amigo!

—Chic, sí, ¿verdad? Y antes quisiste enviarle a la descubierta. Eres un desgraciado, Red. Anda, dale al gatillo, ahora que tienes buen blanco.

Y volviendo la espalda, Burton se dirigió hacia el tanque, elevó la mortaja y desapareció al interior de la mina.

Red Nolan, resoplando, se pasó el antebrazo por la frente.

Chic Gardoni murmuró:

—El tipo tiene riñones.

—¡Lo que tiene es mucha gramática! Es un fulano muy sabihondo. Si le trufo con plomo, los del tanque nos asan, chico. Y oye bien… Le quité la plata a Wilding porque a él ya no le servía para nada y, en cambio, a nosotros sí.

—Bueno, pero, lo decente. Red, era darle primero mortaja, digo yo.

—¡Dijo él! Y, si hubieras ido a la descubierta, mientras, Wilding y yo nos hacíamos los amos. ¿Te has dado ya cuenta, Chic?

—Sí, hombre… Y total, no vamos a discutir ahora… La verdad es que el tipo tiene riñones —reiteró Gardoni, pensativo.

⋆ ⋆ ⋆

Michael Burton había hallado un buen aislamiento. El gran hueco a un lado de la entrada del ramal de rieles. Como un refugio personal, iluminado en sonrosada tonalidad por la roja bombilla del ramal.

Tendido de costado en una lona sobre el suelo, dormía. Y soñaba.

La metralleta se reclinaba en la caja de *whisky*. Burton apoyaba su diestra en el redondo contorno de un frasco, pero en su sueño aquella mano acariciaba un terso rostro femenino. La mujer de su sueño era grácil; sus ojos tenían suave resplandor de azul cielo y su largo cabello era de un rubio claro. Toda ella era claridad.

Su sonrisa poseía mucha dulzura y hablaba bondadosamente:

—… Siempre existe la posibilidad de una redención, Michael. Usted renuncia a vivir, porque se culpa de dos muertes. Ellos mataron su alma, Michael. No sería justo que la ley humana le pida cuentas. Ya sufrió bastante…

Michael Burton sonrió, dormido. Oía perfectamente la voz melodiosa, pero un frunce se fue formando en su entrecejo.

Miss Parker, callándose, siguió sentada en el suelo. Sus pies rozaban la caja de licor.

Michael Burton, despertándose, no movió un solo músculo. Solamente alzó los párpados y sus fosforescentes pupilas contemplaron los labios de la mujer sentada a escasa distancia. Una sonrisa dulce y una voz bondadosa.

—Disculpe, Mike. El doctor duerme cerca de las muchachas. Vine por aquí y en esta especie de gruta le encontré durmiendo. ¿Le molesto?

Sentándose, Burton se apretó el entrecejo con dos dedos. Replicó:

—La veo de color de rosa, profesora. Pero el reloj marca las dos y veinte de la madrugada. ¿Por qué no duerme?

—No puedo… Tengo tantas cosas, nuevas para mí, en qué pensar… Por ejemplo, en su narración de ayer tarde, cuando nos conocimos. La del niño del chelín y el concejal —y se acentuó la sonrisa afectuosa—. ¿El niño era usted, Mike? Perdone la indiscreción.

—Usted tiene derechos adquiridos por su bondad, maestra, y excuse el

calificativo. Así la llama, con cariño, el doctor Stanfield, que es un misógino empedernido. Y dice que usted respira bondad por todos sus poros. Lo bonito es que no me resulta empalagosa, maestra, porque su bondad es natural y le surge del corazón. ¿Por qué tuve que ser yo el crío de marras?

—Dijo usted que el niño se encerró en un mutismo inquebrantable y toda vez que el concejal no declaró su frase ofensiva ante el tribunal, solamente la podían conocer el niño y el concejal. Usted no tiene aspecto de edil, Mike.

Rio Burton sin acritud. Y pidió algo absurdo:

—Por favor, quítese las gafas, maestra.

Miss Parker se quitó los lentes, dejándolos en su regazo. Sus miopes ojos adquirieron mayor anchura y mayor claridad.

—Me sucede algo maravilloso, maestra. ¿Será esta una gruta encantada? Estaba soñando con una criatura deliciosa, que poseía su voz, sus ojos y su sonrisa. ¿La molesto, maestra?

—Me llamo Lilian —anunció ella, como si expresara algo que era necesario saber.

—No podía ser de otro modo. Lilian. Un nombre que se respira como un soplo de aire puro. Será culpa de esta gruta, Lilian, pero vuelve a renacer en mí el condenado cursi que fui por dos veces.

—Si califica de cursilería el ser romántico, hace mal, Michael.

—El mal no está en el calificativo. Lo que me hizo mal fue el ser romántico. He comprendido ya que busqué en mujeres inadecuadas un perfume que no tenían: perfume de alma. Ahora, aquí, como si estuviera muy lejos del mundo, casi vuelvo a creer en las hadas. ¿Está segura de no serlo, Lilian?

Sonrió ella.

—Ojalá pudiera parecerle un hada, Michael.

Se levantó él con brusquedad. Su cabeza rozaba casi la bóveda.

—Usted, de tan ingenua, resulta un peligro viviente, Lilian. Me hubiera agradado conocerla… antes.

—El pasado alecciona y cesa de ser, para convertirse en presente y porvenir.

—Esto lo dirán sus manuales, maestra. La realidad es otra. No pretendo asustarla, pero si los kulukai, tras el fracaso de sus dinamiteros, emplazan baterías… puede que le queden escasas horas de porvenir, Lilian.

—Ya nacemos con este signo, Michael. Un plazo de años, meses, días u horas… Naturalmente, prefiero vivir, pero si otra cosa ha dispuesto Dios, pensemos solamente en el presente, Michael.

Burton miró intrigado a la mujer sentada. Ella rio infantilmente.

—El doctor dijo una vez que estaba muy enojado conmigo, que yo era incompleta. Según él, me falta un tornillo. Luego, quiso enmendar y añadió

que a lo mejor los ángeles eran así. No soy ningún ángel y creo que el doctor tenía razón —y muy seria añadió—: Debe faltarme un tornillo.

—¿Qué es lo que le hace creerlo?

—En la ambulancia hay dos muertos. Usted opina que nos quedan horas de vida. Y no consigo asustarme ni sentir pena. En cambio, llevo largas horas sintiendo mucha pena por usted, Michael.

—¿Por mí?

Se levantó ella, sin darse cuenta de que sus lentes resbalaban de su falda al suelo. Y frente a Burton, tuvo que alzar el rostro, aunque era alta.

—Confieso que espié y escuché, mientras conversaban usted y el doctor. Y en mi creencia, digo como Stanfield: un hombre no debe renunciar a los consuelos que la vida puede siempre ofrecer.

—Deme otra lección, maestra. Entonces, si oyó, ya conoce mi folletín. Y según Stanfield y usted, debo esperar mansamente a que vengan a recogerme para escoltarme hasta la horca.

—Usted es ahora libre de elegir su camino. Váyase lejos y busque la paz de su espíritu.

—¿Dónde? ¿Entre los dyaks? ¿Entre los canguros de Australia? ¿Y para qué? Nadie me inspira el deseo de aguantar más tiempo eso que llaman vida. Lástima que no la conociese antes, maestra. Quién sabe sí…

Y de pronto rio Burton con sarcasmo. Inclinándose a un lado, sacó un frasco de la caja y lo descorchó.

—¿Un trago, maestra?

—No bebo nunca, pero no quiero que lo interprete como un desaire.

—Así se habla. Como la mujer de la Biblia, mansa y sumisa. No tengo vaso. Tendrá que soplar del gollete, maestra.

—Todo se puede aprender, Michael.

Y bebió ella al gollete. Tosiendo al devolver el frasco y llevándose la diestra al costado de su blusa gris. Manifestó:

—Al principio el olor del *whisky* es desagradable. Luego, no tanto.

—Vamos a colocar la alambrada necesaria, maestra. Conviene que no quepan dudas. Soy un asesino, condenado a la horca. No es jactancia, sino la realidad. Maté a dos seres humanos anteayer mismo.

Miss Parker asintió gravemente.

—En Anduky y playas colindantes me conocen por «Cosaco». Con el ápodo dan a entender que bebo como una esponja, que soy un repulsivo borracho, maestra.

—Mi hermano dejó de embriagarse el día en que conoció a la que fue su esposa.

—Usted se las sabe todas, las respuestas. Pero fíjese bien en mis pupilas… Me soplo dos tragos más y leerá en mi mirada el cartelito que dice: «Peligro». Al fin y al cabo, no soy de madera, ¿sabe?

Ella le miraba con curiosidad inocente. Sorbió Burton un largo rato. Y

su voz sonó áspera.

—Lárguese. Su sitio está al otro lado de la barricada. Con las otras hembras.

—Si realmente mi compañía le molesta, Michael, me iré.

—Lo que la salva es el moño, maestra. La soñé con el cabello suelto y me complacía su figura.

—Si puedo complacerle… —y fue ella quitando las horquillas.

Destrenzó y la abundosa cabellera se amplió en aureola. Sin la tensión, el rubio cabello se ahuecó en ondas, suavizando aún más las facciones. Michael Burton respiró hondamente. Sus dedos abrieron la blusa gris.

El busto femenino alentó liberado de su cárcel de seda.

—Tienes cuello de cisne, Lilian. Tu piel de tan blanca, quema. Es suave como pétalos. Tienes fragancia de manzanas y fresas…

El reflejo sonrosado en el semblante femenino desapareció oscurecido por la cabeza inclinándose. Los brazos apretaron el talle y los labios masculinos aprisionaron la dulce pulpa virginal.

La gruta dejó de ser encantada, convirtiéndose en violenta y primitiva. El tenue resplandor rosa se hizo rojo. Los minutos adquirieron intensidad de hondo frenesí.

La gruta volvió a sonrosarse y Michael Burton recogió el frasco. Lo lanzó contra el terroso montón distante unos cinco pasos.

—Te advertí el peligro, Lilian. Creías hablar con un romántico y no soy más que un salvaje sin perdón. Quise desquitarme en ti, de la humillación que otras mujeres… Es una pena, Lilian.

Los claros ojos azules velados por los párpados tenían aún temblor. La voz también:

—Te ofrezco afecto y quiero restañar las heridas que otras te hicieron. Quiero curar tu íntima pena, Michael.

—¿Y qué puedo ofrecerte a cambio, Lilian? ¿Un rincón en la jungla donde no pueda llegar la policía? ¿Un nudo corredizo como porvenir?

—Donde vayas, iré contigo. No eres un fugitivo asesino, sino un hombre arrepentido que desea y no sabe encontrar el camino de salvación.

Crispó Burton los puños. Era su deber acabar de decepcionar a Lilian Parker.

—Si estás loca, yo no. Lárgate, maestra. Vuelve a tu mundo. ¡Lárgate!

—Mi mundo ya es el tuyo, Michael. ¿Dónde voy a ir?

—Vete a pedirle al doctor que te ponga una inyección contra la histeria.

—Tratas en vano de ofenderme, Michael. Te ofendes a ti mismo.

—¡Vete!

—Si así lo quieres, me alejaré, pero siempre estaremos juntos, Michael. Yo vivo en ti como vives en mí.

Michael Burton asió la diestra femenina. La llevó a sus labios y besó con ternura infinita.

—Dios te bendiga, Lilian. Adiós.

En el suelo, los lentes yacían rotos.

En la galería donde dormían las dos enfermeras, el doctor Stanfield incorporándose, cruzó los brazos al entrar *miss* Parker.

—¿Dónde demonios andaba usted, maestra? Esto no es un parque.

Se sentó ella en el sillín, silenciosamente.

—Desgreñada como una Magdalena, perdidas las gafas, sucia de tierra… ¿Exploró túneles, maestra?

—Tengo que confesarle lealmente que si Michael Burton puede huir, yo iré con él.

—¡Ah, vamos! ¡El flechazo! La maestrita se rindió al dominante bruto… Encontró a su dueño.

—Encontré un hombre que ha sufrido mucho.

—Este hombre tan dolido maltrató a puñetazos a una mujer, como aperitivo. Después mató a otra… ¿Tiene usted vocación de oveja degollada, maestra? ¡Por Júpiter! Intente ser sensata, aunque sea una sola vez en su vida. ¿Quiere acompañar a Burton, eh? Y alquilarán una casita muy mona, donde el escapado de la horca, el asesino Burton, colgará cretonas de las ventanas y de los frascos que vaya vaciando.

Ella mantenía la cabeza baja. En su regazo temblaban las manos cruzadas.

—Lamento merecer sus justos reproches, doctor. Pero me iré con Michael donde sea, y me espere la pena o la felicidad. Usted me dijo que lo hermoso era vivir y sentir el amor. Siento que amo a Michael, con los dos amores humanos; el puro y el pasional. Y si él no me correspondiera, yo seguiría protegiéndole porque quiero salvarle de morir desesperado. Estaré loca, doctor, pero quise darle a Michael un poco de esperanza, un chelín de amor, de afecto y ternura. Me basta, doctor.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas y agachó ella un poco más la cabeza.

Dejó Stanfield de mesar su barba y avanzó un paso. Palmoteó el hombro femenino, torpemente. Carraspeó.

—Bueno, bueno, bueno… Yo creo que Allá arriba le harán más caso a un pecador empedernido como yo, si me decido a pedir algo… Pido que usted sea feliz. Y ahora… ¡duerma, caray!

Ella había aplicado la diestra de Stanfield contra su mejilla. Murmuró:

—Intentaré dormir, doctor, ya que usted insiste.

CAPÍTULO XI

Gerald Stanfield se aproximaba a la salida cerrada por el tanque. Una mano le empujó por el pecho, hacia atrás.

—Mis dos compinches saben que usted sabe que no son lo que parecen, sino lo que son… Si se asoma, se lo cargan, Stanfield.

—Está usted borracho.

Burton se instaló en la banqueta del «jeep». Asintiendo. Enarcados los brazos sobre el respaldo.

—Estaré más o menos borracho, lo cual no me impide ver lo que no sé si vio, *doc*. Los del tanque acechan a Red y a Chic. Red y Chic acechan a los del tanque. Y mientras, allá en la loma junto al viraje, han crecido unas ramas y arbustos que antes no estaban. Camuflaje. Tras el telón de verde vegetación están emplazando baterías.

Burton le presentó el frasco a Stanfield, que gruñó:

—No, gracias. Pero usted beba y acabe de alcoholizarse. Yo defenderé este sitio.

—¿Con qué, *doc*? ¿Tirando aspirinas? Las baterías irán machacando el tanque. Por lo menos, esto pretenderán. Pero a la primera andanada, el tanque tendrá que desplazarse. Si usted maniobra rápido al volante de su ambulancia, metiendo en ella su cargamento de mujeres, puede llegar a Anduky.

Los ojos del doctor escrutaron el semblante de Burton. Dijo:

—Red y Chic tratarán de evitar mi salida.

—No. Porque apenas empiecen los pepinazos, Red y Chic saldrán en el «jeep». Conmigo.

—Ah… Bueno, bueno, bueno, Mike… ¿Y *miss* Parker?

—Seguirá dando clases.

—Ella cree… que se irá con usted.

—Caramba, doctor, el hecho de que ella esté loca, no significa que yo lo esté.

—Ella no está loca, Burton. Está decidida a seguirle donde sea… ¡No me interrumpa! Dije cuanto pude para desengañarla. Es inútil. Insiste en que no quiere que usted muera desesperado. Quiere darle un chelín de amor. Es humilde. Valora en muy poco su sacrificio.

—Y yo la valoro en toda su riqueza. Por esto mismo, renuncio a ella. Y no nos engañemos, Stanfield… Dentro de un año, un mes o quince días, ella me olvidará.

—Ella se negará a venir conmigo.

—¡Maldi…! Excúseme, iba a insultarle a usted. Dele una inyección de lo

que sea, pero llévesela, apenas me vaya en el «jeep» con Red y Chic.

—Escuche, muchacho…

—Ni muchacho ni salchicha. Tengo 43 años y muchas canas en los sobacos, aparte de las arrugas del alma. Déjese de romanticismos cursis, matasanos. Desaloje su ambulancia de los muertos y meta dentro las tres hembras vivas.

—Tengo el íntimo convencimiento de que usted podría salvarse y tal vez hallase un sosiego en el amor de *miss* Parker…

—La maestrita se puso tierna y le seguí la corriente. Nada más. Dentro de media hora ya habrá luz suficiente para que las baterías enfilen su punto de mira, sin recurrir al tiro indirecto. Y por favor, a su *miss* Parker le larga un buen narcótico.

—De acuerdo. Pero ella despertará. Y si logramos llegar a un sitio seguro, ¿qué he de decirle?

Burton miró fijamente al doctor.

—Mi graduación de borracho me permite libertades, *doc*. Es casi seguro que Lilian Parker me haría feliz, a cambio de vivir ella un destino que no se merece. Pero esto solamente lo vamos a saber usted y yo, ¿eh, *doc*? Yo le daré algo escrito para ella, *doc*. Y ahora, con toda cortesía, váyase al cuerno, ¿quiere? Tengo que escribir y he de concentrarme.

Carraspeó Stanfield:

—Hago votos para que llegue a buen puerto, Burton.

—Le correspondo, señor.

—Escuche… ¡Por Júpiter! Tratemos de estudiar una solución…

—No la hay. No busquemos paliativos, señor. Puedo ser un asesino, pero no un asqueroso cobarde. Y sería un inmundo sujeto, si aceptase el sacrificio de una deliciosa mujer que vine a conocer tarde… Cuando ya no hay remedio. ¡Al cuerno, doctor! Buenas noches, señor.

Sobre la rodilla, colocó Burton la tablilla de órdenes de un «M. P.», y empezó a escribir.

Gerald Stanfield fue a la ambulancia y trasladó el cuerpo de Edgar Wilding a una galería. Dejó en su camilla el de Jack Puncher.

Y pasó a la galería a preparar el inyectable y despertar a las dos enfermeras.

* * *

Burton tocó con el pie una pierna de Nolan.

—Haz sitio, Red —y sentándose entre los dos, expuso—: Plan de campaña impuesto por las nuevas circunstancias. A unos noventa metros, tras unas ramas cortadas y arbustos segados, ensamblados con alambres, están acabando de montar baterías. Cañoncitos, Red.

—¡Ey, ey! —silabeó Gardoni nervioso, incorporándose para mirar por

encima de los sacos—. ¡No juegues, Mike! Yo no veo nada.

—Ya verás el fogonazo de los pepinos aterrizando por aquí. El asunto no ofrece dudas, Red. Cuando el tanque oiga los taponazos ajenos, se desplazará en busca de su defensa contra la artillería: la movilidad. Dejará libre la puerta. Entonces, nosotros tres, con el «jeep», buscaremos un boyo donde meternos, porque este hoyo ya será una fosa.

—¡Eres un tío grande, Mike! —exclamó Gardoni aliviado. Y nuevamente ansioso, preguntó—: ¿Falta mucho para los pepinazos?

—Los fuegos artificiales empezarán entre veinte minutos y una hora. Eh, tú, Red… ¿Qué me dices?

—Antes me insultabas y ahora… ¡Ah, ya…! Hueles a alcohol. Los tragos…

—Hacen que te vea casi como un hermano. Anda, Chic, al volante.

—Sí, pero los del tanque…

—No se meterán contigo. Anda a revisar, a virar y a enfocar la salida.

Chic Gardoni se levantó presuroso y ondeó la mano alegremente antes de desaparecer tras el tanque.

—Ya estamos en el «jeep» —gruñó Nolan—. ¿Hacia dónde iremos?

—Hacia donde podamos. Cara o cruz, Red. Si han enviado a los kulukai a reforzar los que asedian la petrolera, allá, en el viraje, solamente habrá artilleros tratando de reventar el carro. Podemos probar por allá.

—No me gusta.

—Entonces probaremos por el otro lado y buscaremos un hoyo donde escondemos hasta que los kulukai sigan adelante y despejen.

—Lo prefiero. Hiciste mal en llamarme cerdo desgraciado… La plata de Wilding nos pagará el pasaje.

—Aunque te vistas de seda, Red, el caimán queda. Pero se aproxima la hora cero y vamos a confraternizar. No podríamos vivir juntos, Red, pero a lo mejor sabremos morir codo a codo.

—Lo que quiero yo es llegar a puerto. Chic te creé un fulano con muchos riñones. Un gran fulano.

—Chic es un pobre chaval que tuvo la desgracia de conocerte. Di la verdad, Red. ¿A cuántos ha matado Chic?

—No se estrenó. La faena de gatillo la hice siempre yo.

—No la hagas conmigo antes de llegar a tu puerto, Red.

Rio Nolan, avanzando los labios en hocico.

—Simpático no me eres ni pizca, Mike, pero estamos en el mismo barco, y allá te pudras cuando lleguemos a Australia. Aquello es muy grande y cabemos todos, si nos perdemos de vista. ¿Vamos al «jeep»?

—Vamos. Usted delante, caballero.

—No seas tan desconfiado, hombre —sonrió Nolan—. Están los del tanque.

El «jeep» enfilaba ya la salida. Al volante, susurró Gardoni:

—¿Rumbo, Mike?

—En sentido contrario a los artilleros, Chic. Y creo recordar un entrante enramado a cosa de una milla, en la ruta de Anduky…

—¡Ey, ey! Por allá anda la tropa y la policía…

—Será una etapa. Luego daremos media vuelta cuando, reventado el tanque, desfilen los camiones con los kulukais. Siéntate donde quieras, Red. Encima de mis rodillas, en el suelo o al lado de Chic. Yo voy a pedirle al doctor unas aspirinas.

—Este doctor se chivará si sale de aquí, Mike.

—Toda la isla sabe ya por dónde andamos, Red.

—Yo pensaba que las dos enfermeras nos vendrían bien… por si durante el trayecto tenemos alguna pupita —y rio Nolan.

—El doctor tiene una medicina infalible para calmar a los pacientes que se sientan retozones. Red. Una metralleta. Sigue disfrutando con la imaginación y correrás menos peligro.

La ambulancia también había virado. Tras el volante, dijo Stanfield:

—Las tres van atrás. Miss Parker dormirá unas ocho horas seguidas.

—Deme aspirinas, *doc*. Sí, aspirinas.

Introdujo Burton la mano y echó un sobre doblado, sobre el asiento. Recogió el sobrecito de aspirinas.

—Le entrega esta misiva con mi sincera gratitud a Lilian Parker. Y ahora, *doc*, apenas se mueva el tanque saldremos en el «jeep». Apriete unos tres minutos después. El tanque andará por la carretera. Si en Anduky tiene ocasión de ver al subteniente Nigel, dígale que celebro haberle evitado el disgusto de ahorcarme.

—¿Cree usted que podrá llegar a buen puerto?

—¿Cree usted en Papá Noel? Yo no, *doc*. Adiós.

—Ádi… Buena suerte, Michael, de veras… De veras…

Michael Burton se sentó en la banqueta, frente a Nolan, que dijo:

—La verdad es que no quisiera palmar como un becerro. La enfermera rubia está imponente. No me importaría morir entre sus brazos. ¿Te opones, Mike?

Burton bebió largamente. Se limpió la boca con el dorso de la diestra.

—Yo no, la rubia sí. Hay unos diez pasos desde tus fondillos a la rubia. Con darlos…

—¿Y si te encrespas y me zumbas?

—Somos hermanos, Red. El que no es hermano tuyo es el doctor.

—Déjalo, Red —aconsejó Gardoni—. En Australia tendremos un harén… Eh, tú, Mike, he estado censando que un cañonazo puede derrumbar la salida.

—No seas optimista, Chic.

—¿Y si el tanque no se mueve, Mike?

—Tocas la bocina, Chic.

—No lo tomes a chacota, Mike. ¿Y si el tanque no se mueve?

—Calla, cretino —gruñó Nolan—. El tanque se desplazará apenas suene el primer pepinazo.

Volviéndose en el asiento, ceñudo, dijo Gardoni:

—No vuelvas a llamarme cretino, ¿eh, tú, Red…? Si estás nervioso, toma tila. ¡Faltaría más, hombre…! Estoy hecho gelatina y encima vienes tú a insultarme… Cretino, cretino… ¡Lo serás tú! ¿Estamos?

—No te calientes, Chic. A Red le pasa lo normal mientras se espera el zumbido. Oye, Chic; no te abalances a la que se mueva el tanque. Espera a que te lo diga. Allá dispararán una primera tanda de tanteo, la segunda de martilleo y la tercera de machaqueo. No te metas entre las tandas. Has de contar las tres andanadas, eh, tú, Chic.

—Para contar estoy yo. Tú mandas, Mike. ¡Mira que llamarme cretino a mí…! Parece mentira, Red. Yo te creía mi amigo.

—Calla ya, mocoso.

—Estrangula el volante, Chic —y Burton tendió la diestra empujando por el pecho al ítalo-yanqui, que vuelto el rostro, miraba furioso a su amigo. Furiosos los ojos y triste la mueca—. Olvídalo, Chic. Tu amigo está nervioso. Se le pasará con un supositorio de plomo. Luego os daréis un besito y tan amigos. ¿Un trago, Chic?

—Tengo el gañote cerrado, Mike. No vuelvas a insultarme, ¿eh, tú, Red?

—No vuelvas a insultarle— y Burton avanzó la cara hacia Nolan—. No ofendas nunca, Red, y menos a un amigo.

—Bien que tú me llamaste cerdo desgraciado.

—No eres mi amigo ni una anciana inválida. En el fondo, un cerdo desgraciado casi inspira pena y…

Estalló la primera andanada. Rugiente y atronadora. Pero corta en distancia. Volaron en alto sacos terreros y vagonetas. El tanque crujió como un paquidermo con reuma, al movilizarse.

La segunda andanada tendió una cortina de polvo, piedras y fulgores ante la bocana. El tanque ya entraba en la carretera.

Burton miró hacia la ambulancia. No veía el blanco metal, ni el parabrisas con la cruz roja ni el rostro apenado del doctor Stanfield. Veía unos claros ojos azules y una dulce sonrisa.

Entre los estampidos, creía oír una voz cariñosa.

—¡Ya, Chic, dale! —bramó Nolan.

El «jeep» saltó hacia adelante y describió un cerrado medio viraje.

El tanque había empujado sacos y vagonetas hasta la cuneta más alejada.

El «jeep» entró en el cráter, bajó y subió.

El tanque, en la carretera, avanzaba cañoneando, hacia la loma.

El «jeep» viró sobre dos ruedas, rebotando las otras, y emprendió el camino opuesto a la pesada mole. Las livideces del amanecer daban

matices fantasmagóricos a los contornos. Los estampidos iban quedando ensordecidos allá atrás.

Se inclinó Burton, gritándole al oído al conductor:

—¡Chic, te vas a despeñar!

Gardoni fue frenando su carrera. Añadió Burton:

—Allá, a unos cien metros sobre tu derecha, Chic, aquellos arcos verdes en el llano. Vamos allá.

Era un estrecho llano, en cuyo centro lianas y árboles formaban un arco natural que se prolongaba unos cuarenta metros. El «jeep« penetró hasta su fondo y se detuvo.

—De la carretera casi no nos ven. Estamos en la gloria, Red.

—La enfermera rubia… Ni sé cómo se llama.

—Helga.

—Me hubiese gustado llevarme a Helga hasta el puerto, y según cómo, si daba buen resultado, la hubiera llevado a Australia.

—Mira lo que se ha perdido la chica, caramba.

—Oye, Mike… Convendría echarle ramones y yerbajos encima del cacharro para que no lo vean de la carretera.

—Si quieres trabajar, nunca es tarde, Red.

—¿Vienes, chico? —pidió Nolan apeándose.

—No. Todavía estoy resentido, ¿sabes? —afirmó Gardoni.

Red Nolan empezó a arrancar matorrales echándolos sobre el radiador.

Gardoni murmuró:

—No le ayudo, no.

Por la carretera pasó la ambulancia. Burton cerró los párpados.

Red Nolan lanzó un alarido. Agitaba un brazo y trataba de descolgar su metralleta del hombro.

Pero el grueso reptil envolvía ya su busto. Y ya había mordido.

—¡Eh, tú, Red…! —y angustiado, Gardoni encañonó.

La serpiente atraía, enrollada su cola en una rama.

Burton disparó una ráfaga. El grueso cuerpo escamoso, segado, se duplicó. Enroscado en el árbol, desenroscándose de Red Nolan.

—No mires, Chic. Es una «krybog». Pican y asfixian. No hay más… Siempre van muy solas y distanciadas.

Chic Gardoni miraba, porque no podía apartar los ojos. Se inclinó a un lado y vomitó.

Los kulukai avanzaban por la carretera, dejando atrás el tanque que ardía. El líder alzó una mano. Pararon los dos camiones.

Todos tendían el oído. Un chofer dijo:

—Fue una ráfaga de metralleta. Allá, señor. En aquella hondonada del arco.

Limpiándose con la manga, se excusó Gardoni:

—No lo pude evitar, Mike. Él pobre Red… hinchado como una vejiga…

—Ni se enteró, Chic. La picada le paralizó en segundos el corazón.

—No era un mal hombre Red… Era así, como era. Los papeles le tildaban de asesino lunático, pero él iba de buena fe, creyendo que tenía que hacerlo por obligación. Era así, como era. Me da no sé qué haber reñido con él, como despedida.

En la carretera, dos camiones se pararon ante el llano.

—¡Ey, Mike! ¡Ahí están!

—Están buscando. A lo mejor no nos ven, Chic.

—¿Y… sí… nos ven…?

—Bebe un chupito largo, muchacho. Toma. ¡Bebe!

Burton fue colocando peines de balas sobre la banqueta.

—Están desplegando, Chic. Nos vieron.

—¡«*Porca miseria*»!

—Bebe otro trago, chaval. Yo tengo confianza en ti. Tú verás cómo entre los dos los dejamos secos. Los que vengan por la izquierda, me los tronchas. Yo les daré guadañazos a los demás.

—Tengo… ruidos en la tripa, Mike —trató de sonreír Gardoni.

—Y yo también.

—¿Por qué avanzan tan poco a poco, Mike?

Los setenta kulukai iban desplegando como un abanico, cuyo vértice eran los dos líderes. Avanzaban encorvados por entre la floresta.

—Todavía no, chaval. Están lejos aún. Le zumbas solamente al que veas bien…

Chic Gardoni apuró el resto del frasco y dejándolo caer, sonrió:

—Es raro, ¿eh, tú, Mike…? Pero contigo a mí lado, tengo menos canguelo. Yo tronchаré por lo menos unos veinte, ¿eh, Mike? No podrán con nosotros dos. Somos mucha gente tú y yo, Mike.

Gardoni no lograba encender el cigarrillo. Lo escupió. Burton le colocó entre los labios su cigarrillo encendido. Y le dio una palmada en el hombro.

Un pájaro trinó saludando la aparición del sol.

Remontó en vuelo raudo, al crepitar fusiles y metralletas.

* * *

En la clínica de Anduky, el doctor Gerald Stanfield, echando en el cesto los guantes de goma, enrojecidos de sangre, procedió a lavarse, comentando con aspereza:

—Tres heridas aparatosas, pero no mortales. Perdió bastante sangre, pero es robusto y se repondrá pronto. Tuve una mala tentación, Nigel. En vez de drenar y coser, estuve a punto de abrir más los boquetes de los balazos. Recomponer a un hombre, para que pueda caminar hasta la horca, es hacerle objeto de una broma de mal gusto.

Conrad Nigel replicó impasible:

—No le espera la horca a Burton.

Secándose, el médico miró asombrado al policía, que prosiguió:

—Cuando nos cruzamos, doctor, no tenía tiempo material para explicarle las novedades. Usted traía a sitio seguro a sus enfermeras y a la maestra. Yo deseaba capturar cuanto antes a los fugitivos. Ignoro si conoce el caso que motivó el encarcelamiento de Burton.

—Él se limitó a exponer que no tenía horizonte, porque había matado y se fugó, siendo la horca su único porvenir.

—Esta madrugada hacia las cuatro, un hombre llamado Robert Smithson, herido por un cascote de obús, comprendió que le quedaba poco por vivir. No llamó al reverendo tan solo. Me llamó a mí. Me indicó dónde tenía escondido su maletín, que contenía las joyas de Clara Bendix y el dinero de Rufus Glencoe.

El médico encendió su pipa, y exhaló humo con satisfacción.

—Smithson era un «beachcomber» y rondaba por la casa de Glencoe. Vio cómo entraba Burton, que se enzarzó a puñetazos con Glencoe. Este, por el suelo, se arrastró para empuñar una «Browning» que le arrebató Burton. Momento que aprovechó Clara para golpearle en la cabeza con una estatuilla. Entró Smithson, recogió la pistola, y disparó contra Clara y Glencoe. Se llevó las joyas y el dinero.

Conrad Nigel hablaba con calmosa lentitud.

—Burton al recuperarse, vio los dos cuerpos. La «Browning» estaba junto a él. Quedó convencido que había matado. Y hubiese ido a la horca, a no ser que en sus últimos instantes, Robert Smithson estimó necesario quedar en paz con la justicia terrena para aspirar al indulto de la justicia Suprema.

* * *

Miss Parker, tendida en una camilla, en el sótano de la clínica, se despertó. A su lado, el doctor Stanfield dejó de leer Prensa atrasada.

—Aprovecho su alelamiento para hablar sin que me interrumpa, maestra. Su adorado Michael exigió que usted fuera puesta a salvo. El decidió cubrirnos la retirada, como un paladín moderno en defensa de su amada. Recibió tres balazos, pero quedará perfectamente reparado. Me dio una carta para usted, antes de separarnos. Aquí la tiene. Léala con gran emoción, lloriquee a gusto y encontrará a su romántico Adán en la habitación número 18.

Miss Parker rebuscó en su bolso, hasta hallar las gafas de recambio. Y leyó con gran emoción:

> «Lilian: Me sentí revivir junto a ti. En unas horas escasas, conseguiste lo que ninguna mujer en años, Lilian. Darme calor de

afecto y ansias de ternura compartida. Hubiese sido feliz contigo, si el destino te tuviera colocado en mi camino… antes. Beso tu alma,

«Michael Burton».

⋆ ⋆ ⋆

Michael Burton, vendado el torso, y enturbiada aún la mente por la reciente anestesia operatoria, escuchaba la explicación del subteniente Nigel. A su término, añadió el policía:

—Me complace manifestarle mi sincero deseo de que me considere su cordial amigo, señor. ¿Puedo serle útil en algo?

Cerrados los párpados, expuso Burton:

—Tal vez solicite una plaza en su personal, cubriendo una vacante, subteniente.

—El gobernador estudia la creación de varios puestos en el interior. Uno en Wabuan. Me agradaría aceptase el mando del puesto policial de Wabuan. Tengo el honor de saludarle, señor.

Salió Nigel y el doctor Stanfield indicó:

—La maestra se estuvo acicalando. Regresar a Wabuan, teniéndole por ángel de la guarda, será muy de mi agrado, Burton. Le cedo la palabra, maestra.

Lilian Parker se sentó, mientras Stanfield salía.

Michael Burton tanteó hasta encontrar la diestra femenina.

Y al prolongarse el silencio, murmuró ella:

—Es maravilloso, Michael. Es como un bello sueño que persiste al despertar…

Y siguió hablando, apresada la diestra por el que se durmió, suavizadas las facciones por una intensa serenidad de espíritu.

La paz volvió a Borneo.

FIN

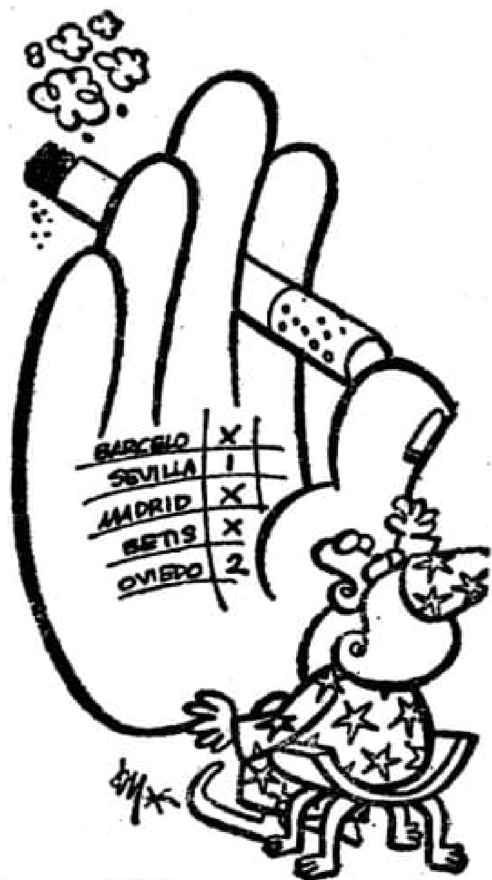
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



MARABU ZAS



PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





COMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE

Es la íntima aspiración de todo hombre que desea destacar en su trabajo.

Cuando tiene usted que redactar una carta, un informe u otro escrito cualquiera, y le asalta la duda...



LA ORTOGRAFIA

colección



MARABU ZAS

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

NOTAS

{1} Barcos sin rumbo ni carga fija entre las islas indonésicas y Australia.

{2} Nativos condenados a trabajos forzados.

{3} Aventureros sin recursos que recorren los puertos ofreciéndose como guías para turistas y exploradores.